AÑO VIII AGOSTO DE 1914 NÚM. 64

NOSOTROS

NOTAS

LA GUERRA

La conflagración tremenda que todos anunciaban como fatal, y en cuya posibilidad, sin embargo — extraña antinomia — todos se resistían a creer, ha estallado, magna en sus proyecciones, espantosa en su desarrollo, oscura en su desenlace, impenetrable en sus consecuencias, tal cual se la preveía. Ha estallado como el rayo, instantánea, y en el momento en que se produjo, inesperada. A fines de Julio el mundo vivía pendiente de un proceso sensacional, cuando Austria lanzó su reto a la pequeña Servia, recogió el guante la grande Rusia, terció Alemania en la contienda, como señora de la Paz y de la Guerra, y ésta desencadenada, fué envolviendo en sus trágicas espiras a Francia, a Bélgica, a Inglaterra, al Luxemburgo, al Montenegro, al Japón, sin que el día en que se vive pueda decirnos qué otro pueblo entrará al siguiente en la danza macabra. El primero de Agosto la humanidad ya sabía que una hora histórica acababa de sonar; pocos días después no le cabía duda que estaba frente a una de las mayores catástrofes que registran los milenios. Por debajo de esta catástrofe ¡qué cosa pequeña y baladí aparece la vida cotidiana del hombre y su pobre literatura!

Como nosotros cuando tenemos que hacer un gran esfuerzo mental para llegar a concebir que los hombres seguían viviendo sus limitadas existencias con el mismo ritmo acompasado, aun en la hora crítica en que Jerjes amenazaba la civilización occidental con sus millones de asiáticos, o los bárbaros irrumpían por todas partes sobre el Imperio Romano, o los turcos golpeaban a las puertas de Viena, o Napoleón levantaba en armas a Europa entera, así nuestra posteridad sólo con gran trabajo logrará figurarse que hayamos podido seguir un tan formidable choque en que la humanidad juega sus destinos, con una serenidad que únicamente la curiosidad altera. Vivimos en plena epopeya y nuestros nietos nos los envidiarán ¡oh ironía!

Se exterminan los hombres sobre todos los mares y en todas las tierras; millones de soldados sólo están en pie para matar o para morir; llueve fuego y acero, se hunden los acorazados enormes, arden las ciudades, son arrasados los campos; por doquier está la matanza, el incendio, la rapiña, la violación; única ley es destruir y asesinar; el hombre ha dado paso al gorila lúbrico y feroz; y, sin embargo, la humanidad sigue su curso, atraviesa la guerra, atravesará acaso la revolución que cual furia vengadora aquélla engendre, conocerá el hambre y el espanto, y de todo ello saldrá en esencia la misma, ni más buena ni más mala, aunque tal vez preparada para alcanzar días mejores.

¿Ilusiones de un ingenuo optimismo? Y bien, sí. Seamos optimistas ante este naufragio de todos los valores morales. Cuando a esto nos han traído treinta siglos de filosofía, veinte siglos de cristianismo, y un tan formidable acopio de civilización material y tantas palabras altísimas: Derecho, Justicia, Piedad, Fraternidad, Paz, Arbitraje...; no se le abren al espíritu otros caminos que el de desesperar definitivamente de la condición y la suerte del hombre o el de pensar que en el crisol de la historia ésto tenía necesariamente que producirse para la depuración del futuro. Y si la humanidad ha atravesado triunfante otras crisis parecidas, confiemos en que salga también de ésta, después de la locura sangrienta de algunos años, con una mayor experiencia para algunos siglos. Seamos optimistas aun ahora que la humanidad penetra en este infierno dantesco, y esperemos que pueda algún día salir de él *a riveder le stelle*. ¿A qué indignarse contra el zar o contra el kaiser, trágicos juguetes en manos del destino? ¿Quién puede lanzar la responsabilidad sobre alguien? La res-

ponsabilidad habría que buscarla en el seno de los siglos y en la baja condición del hombre, que a este duro paso nos han traído. ¿A qué desear el triunfo de ésta o de aquella nación, si ninguna puede legítimamente arrogarse el derecho de ser la única civilizada y la única fecunda de porvenir, y menos en estos momentos? Formulemos votos por la suerte de la Humanidad; deseemos que, ya sea del agotamiento de todos los combatientes, ya sea de la realización de una más grande Alemania o una más grande Francia o una más grande Inglaterra, salga la Humanidad más libre y más feliz, tanto como su condición inferior se lo consienta.

Por otra parte no será éste el último choque. ¿Llegará el día en que los hombres alcancen aquella harmonía social soñada por todas las utopías? ¿O no es el hombre el fin de la evolución de la vida sobre el planeta y sus sangrientas luchas tanto valen para el ser futuro como para nosotros las peleas entre chacales y las batallas de hormigas?...

... En tanto la pobre carne humana sufriente forma montañas sangrientas en los campos de Bélgica y Polonia, y millones de mujeres lloran a sus esposos, a sus hermanos, a sus hijos, y maldicen al cielo que permanece mudo ante el dolor y los *porqués* de nosotros, tristes pigmeos.

ROQUE SAENZ PEÑA

El espíritu se siente confortado ante la unanimidad del sentimiento con que fué acogida por el pueblo la noticia de la muerte del Presidente de la Nación, Dr. Roque Sáenz Peña. Las manifestaciones de su acción de gobernante, por ser claras y casi tangibles, no han escapado a la comprensión y al juicio de sus contemporáneos, y Sáenz Peña no ha necesitado que pasaran los años para que su obra benéfica se advirtiese y celebrase por todos los hombres de buena voluntad.

No nos interesa su vida anterior a su ascensión a la presidencia, que fué la vida de un caballero, la cual si por muchos aspectos se asemeja a la de los hombres de su generación, que se equivocó y acertó como todas las generaciones, por otros se individualiza netamente y se destaca en plena luz. Hasta 1910 Sáenz

Peña fué para el país un político honesto, un diplomático de representación, un publicista distinguidísimo; desde 1910 su nombre se vincula estrechamente a la historia de nuestras instituciones y alcanza tales merecimientos que no han de olvidarlo los argentinos, antes bien han de colocarlo en señalado lugar, junto a los nombres de nuestros patricios insignes.

No le bastó a Sáenz Peña ser un presidente probo y de miras levantadas; saliéndose de los confines de la administración de la cosa pública, en la cual marcó su acción con muchas medidas excelentes, fué su más cara ambición realizar la revolución pacífica que más anhelaba el país en el orden político: el establecimiento de la libertad del sufragio, la reivindicación para el pueblo de sus derechos electorales, sólo existentes hasta entonces en el papel. La ley electoral que podrá ser más o menos perfecta en su mecanismo, lo que poco importa, es obra suya, y, hagamos justicia completa, de su más eficaz colaborador, el ministro Indalecio Gómez: ambos la trabajaron con amor, la sostuvieron con tesón, la defendieron contra todos los ataques y la hicieron triunfar. Pero no paró ahí la obra de Sáenz Peña. Con la convicción profunda de que hacía obra buena y necesaria, predicó con la palabra y con el ejemplo hasta llevar a todos los ánimos la confianza en que el pueblo podría votar libremente siempre que lo quisiese, y alejar de ellos aquel escepticismo que durante tantos decenios tuvieron respecto a las promesas de sus gobernantes.

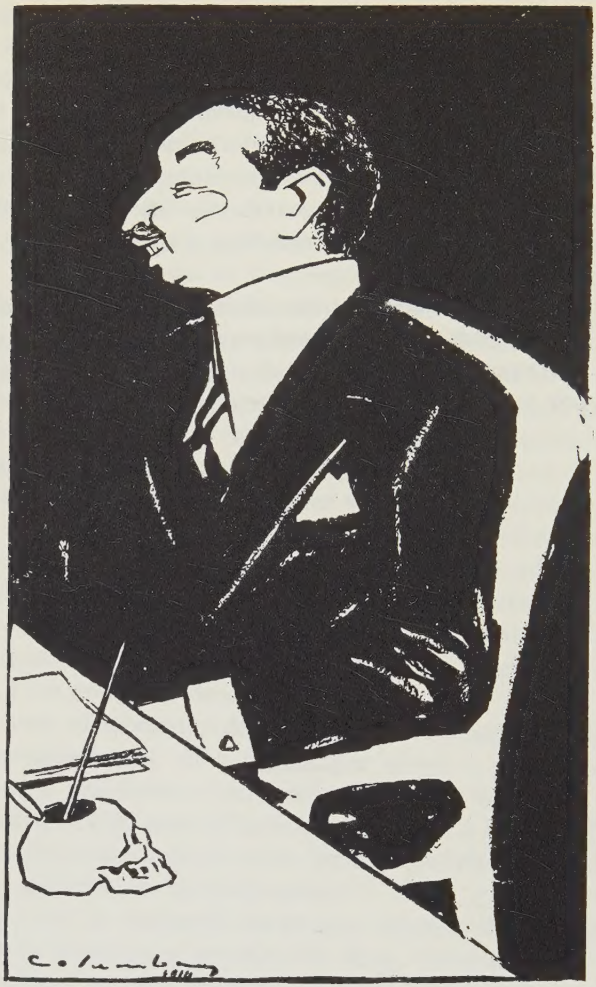
No es este el momento de analizar los resultados de la ley; pero cualesquiera que ellos fuesen por ahora — y nosotros los consideramos excelentes — no cabría dudar de la bondad de la obra de Sáenz Peña, pues el hacerlo equivaldría a dudar del valor moral y político de la democracia, para preferirle la opresión, el fraude, el gobierno de las oligarquías.

Cuando más se pretendió despreciar aquella obra se la calificó de obra idealista o de obra de iluso. ¡Así tenga la república en todos sus días muchos idealistas, muchos ilusos como el malogrado presidente! Nosotros queremos prescindir por un momento de la eficacia práctica de la obra de Sáenz Peña, para contemplar sólo el espectáculo de su lealtad con la palabra empeñada, de su inquebrantable fe en la capacidad política del pueblo, de su tenacidad en la realización de un ideal, y ya eso basta para enaltecer su figura. ¡Políticos idealistas, que tengan una sola palabra y entiendan que la deben cumplir!... Así los hubiera en

todos los tiempos! Idealista sí lo fué Sáenz Peña, para gloria suya, pero no tan iluso como se ha repetido, pues muy lejos estuvo de escribir en la arena movediza: tan bien comprendió el alma de su pueblo y el momento histórico en que le tocó actuar, tan a tiempo vino su reforma — lo que prueba su sentido de la realidad — que por otros se ha pretendido quitarle todo mérito, con las consabidas palabras: "ya había llegado la hora." — ¡Oh, sí! pero las horas históricas no suenan tan a punto, no son tan fatales, que no se las pueda adelantar o retardar de muchos años; de dónde la gloria del Reformador que llega y ordena: "Ahora ha de ser y no más tarde".

Nosotros, que en repetidas ocasiones aplaudió la acción política del doctor Sáenz Peña, lamenta que la República haya perdido un gobernante tan bien inspirado, que trabajó con sinceridad a la vez por nuestra paz interior y exterior.

La Dirección.



José Ingenieros

EL RENACIMIENTO CULTURAL DE CATALUÑA

I. La tradición cultural de Cataluña. — II. El renacimiento literario y artístico. — III. La cultura científica. — IV. Los estudios filosóficos. — V. Política y cultura.

I. — La tradición cultural de Cataluña

España — fuera absurdo negarlo — es una coaptación de estados diversos que la geografía peninsular predestina a vivir confederados. La unidad realizada a fines del siglo XV es pura y simplemente política: cada provincia o región conserva tradiciones propias y tiene intereses heterogéneos. Dentro de la gran patria geográfica y política subsisten las pequeñas nacionalidades históricas y sociales. La unidad de herencia — que es la historia — y la unidad de educación — que es la cultura — dan cierta fisonomía particular a las provincias orientales de la península, que baña un mismo mar desde Perpiñán hasta Valencia y riega el Ebro desde Tudela hasta Tortosa.

Jaime de Aragón tomó a Valencia; los abuelos del valenciano Luis Vives sirvieron en los ejércitos de Aragón; Lulio nació en Mallorca y se educó en tierra firme; Servet dividió sus primeros estudios entre Zaragoza y Barcelona; los intelectuales catalanes figuraron en el partido aragonés en tiempos de Carlos III; hoy mismo, para abreviar, Ramón y Cajal, nacido en Zaragoza, fué profesor en Valencia y en Barcelona, antes de emigrar a Madrid.

En esta Cataluña grande, — floreciente sobre los lados de un equilátero imaginario que tiene sus tres ángulos en Barcelona, Valencia y Zaragoza, — más vasta que la raquítica provincia del mapa político actual, sobra la tradición del pensar hondo y vasto.

En el período de la colonización griega, anterior a la cartaginesa, hubieron en el litoral mediterráneo escuelas y academias. Esas manifestaciones de cultura se acrecentaron bajo la domina-

ción romana, introduciéndose estudios de ciencias y derecho; en tiempos de Sertorio, el vencedor de Sila, fundáronse en Osca (Huesca) varias escuelas importantes, con maestros griegos y romanos.

En los siglos que corren del VIII al XI, bajo el gobierno árabe, la cultura romanovisigoda se extinguió, o poco menos, en la península; solamente en Navarra y Cataluña persistió algún amor por las ciencias y las letras, gracias a la no interrumpida relación con Francia y con Italia. Menciónanse estudios canónicos y de ciencias, siendo indudable que a ellos concurrieron algunos estudiosos del país vecino. En Zaragoza los "Estudios", de origen romano, estaban florecientes en el siglo XII y de ellos se formó más tarde la Universidad. Lérida era un centro cultural de primer orden y en toda la región hubieron notables bibliotecas. La escuela de Montpellier, incorporada transitoriamente a los estados catalano-aragoneses, fué la más famosa de su época para la enseñanza de la medicina.

Aumentadas las relaciones con Francia e Italia a fines del siglo XIII, la región catalana hubo de ellas considerables beneficios intelectuales. Abundaron los trovadores; muchos reyes cultivaban la poesía; la didáctica moral prosperaba. En el siglo XIV hubo una verdadera escuela literaria catalana, cuyos comienzos nada tenían que envidiar a los de la otra escuela que nacía en Castilla. Eran dos naciones, dos mentalidades, dos idiomas, dos organizaciones, independientes. Nadie, por otra parte, pensaba en la unidad política peninsular, ni la reunión de dos o tres coronas bastaba para fundarla, siendo tantas las existentes. El mar y la montaña habían perdido su valor político. Los estados catalano-aragoneses habían traspasado los Pirineos y se extendían por Francia, al mismo tiempo que en Italia y Sicilia a través del Mediterráneo. En cambio los estados castellanos veíanse obligados a compartir el resto de la península con otras dos nacionalidades: la musulmana y la portuguesa.

En 1300 Jaime I fundó en Lérida la primera Universidad catalana, para que los estudiantes no estuviesen precisados a asistir a la de Tolosa. Carlos IV constituyó, a mediados del siglo, las de Huesca y Perpiñán. En Zaragoza fundaron los mudéjares una Universidad en la morería, para enseñar medicina, filosofía y ciencias. En Valencia hubo escuelas superiores desde tiempos de Jaime I, convertidas en Universidad en 1500. Barcelona tenía una

academia de ciencias dsde principios del siglo XIV, convertida en Estudios Generales en el siglo XV.

Siguen creciendo en los estados catalano-aragoneses las influencias italiana y francesa en la literatura, la árabe en la teología y la judía en la medicina. Culminan las letras en el reinado de Alfonso V, a impulsos de ese contacto con variadas culturas extranjeras; la influencia provenzal en la poesía catalana es pronto suplantada por la italiana. Antes del siglo XV comienza a refluir sobre Italia la cultura de Aragón, cuyos dominios llegaron a poner una pica en Grecia, en el episódico dominio de Atenas.

Los más grandes nombres de la filosofía española, en la hora augural del Renacimiento, fueron de esta región peninsular; no quiere ello decir, como suele pretenderse erróneamente, so color de catalanismo, que haya existido una particular filosofía catalana, ni que hubiese una lógica propia del pensamiento filosófico local, distinto del español; ninguno de los dos tuvo características colectivas.

Después del teólogo y moralista Oliva, abad de Ripoll y bibliófilo consumado, el magnífico Lulio acompañó la evolución europea de la escolástica; Vives se asoció al humanismo de Erasmo; Servet precedió a Harvey en la ciencia del Renacimiento. Y son de esa época luminosa el catalán Pennafort, docto y laborioso, el valenciano Vicente Ferrer, todo fervor y piedad, el famoso Juan Fernández de Heredia maestro de cronistas, y Bernat Metge, autor del "Sueño" magistral, y Francisco Eximenés, moralista de firmes principios, y el ilustre médico filósofo Arnoldo de Vilanova, y otros que son honra de la cultura catalano-aragonesa. Corrían décadas brillantes cuando Alfonso V traducía personalmente las epístolas de Séneca y gustaba de terciar en controversias de teólogos y moralistas, siendo su par en agudeza de ingenio.

Gloria es de Barcelona aquel Raimundo Sebunde cuya fama trascendió a Europa y fué entregada a la posteridad por la apología de Montaigne, fecunda en disputas. Y de Zaragoza lo es el doctísimo teólogo y moralista Pedro de Luna, el antipapa, que se retiró a Peñíscola para legarnos sus "Consolaciones de la vida humana", de hondo sentido estoico y cristiano. Y en toda la región, más vasta, de Montpellier a Calatayud, floreció la escuela teológica y científica luliana; y frente a ella, todos los escolásticos antilulianos, que remataron en el catalán Nicolás Eymerich, apa-

sionándose por los más abstractos problemas que el pensamiento humanista planteó allende los Pirineos.

Nada faltó en aquella luminosa efervescencia cultural de Cataluña. Para que el cuadro fuese completo, hubo un ingenioso personaje de novela picaresca: Anselmo de Turmeda, ¿escapado de una página del Gil Blas de Santillana?, verdadero Doctor Sangredo de la teología, que engañó a cristianos glosando libros moros y engañó a moros glosando libros cristianos.

Esa tradición cultural tuvo su lógica en la historia catalano-aragonesa. No es por accidente que las primeras prensas alemanas, entradas a España, a fines del siglo XV, llegaron a Valencia, Barcelona y Zaragoza, antes que a Salamanca, Toledo y Avila.

Todo ello se agostó, es cierto, al realizarse la unidad política bajo la hegemonía de Castilla, convertida en teocracia al servicio del fanatismo religioso. ¡Triste hora, aquella, cuando solamente se permitió el cultivo crepuscular de la escolástica, que el Humanismo y el Renacimiento acababan de expulsar de Europa!

De esa España tuvo un gajo Cataluña, con Gaspar Lax, de Sariñena, cuya absurda ignorancia indignó, con razón, a Luis Vives cuando le frecuentó en París. En el siglo XVI la literatura catalana prosperó sin sentir influencias castellanas, particularmente la poesía. Pero entrando el siglo XVII las cosas cambiaron; el monopolio del comercio de Indias en favor de Cádiz y Sevilla, restó importancia al litoral mediterráneo. Por ese entonces comienza a interrumpirse la tradición cultural de la Cataluña grande, que ya se limita a presenciar la gloria literaria de Castilla, ofreciéndole una inmarcesible corona por manos de Boscán.

La España de los Habsburgos dió entonces al mundo su maravilloso siglo de oro literario. Proscribió, en cambio, las ciencias de la naturaleza y cegó las fuentes del renacimiento filosófico, sin tolerar ninguna heterodoxia de la teología dogmática. Tuvo, en otro sentido, dos altos exponentes de su psicología colectiva: la mística y la novela picaresca, los dos géneros más españoles de toda la historia cultural de España. Después las letras agonizaron; en torno de su lecho de agonía reunió el destino tres nombres de grandes pensadores: Quevedo, Saavedra Fajardo y Gracián.

Esta España — no la heroica, no la pintoresca — es la que en particular nos interesa; en ella tuvieron parte preeminente los estados catalano-aragoneses. Esa es la buena tradición, la de la

España cultural, la que honraron los pensadores y los filósofos, la que tuvo ciencias y artes florecientes, expulsadas por una intolerancia que ningún español moderno intenta justificar.

Sin cultura y sin trabajo no hay, no puede haber, ideales que embellezcan y enaltezcan la vida. No ideales abstractos y agónicos, anclados en la rutina, sino ideales vivientes y vivificadores, nacidos de la experiencia y que señalen la perfección de lo por venir.

No es creíble que el trabajo y la cultura sean fuerzas divergentes; por el camino de la pereza nadie llegó a la sabiduría. Ofendería a Cataluña quien le negara ideales porque tiene la virtud del trabajo. No creemos a los forjadores de sofismas; no es verdad que si allí está el trabajo, en otra parte ha de estar la cultura.

Es ridícula cierta pretensión de los pobres holgazanes que confunden su estado con la sapiencia ascética, dando a entender que todos los pueblos ricos y laboriosos son forzadamente ignorantes y prosaicos. La Incultura y la Pobreza — dice la historia — suelen ser simultáneas en la decadencia de las naciones.

El renacimiento iniciado en Cataluña es un aspecto particular del hondo afán que se advierte en todos los centros universitarios españoles. Antes de examinar sus manifestaciones, digamos que su eficacia exige una completa renovación de ideales. El Trabajo, antes repudiado como ocupación servil e indigna de caballeros, debe mirarse como fuente del mérito y base de la dignidad humana; los valores de la cultura, excluídos de toda influencia por el advenimiento de los políticos profesionales, deben reasumir el primer rango en la nueva ética cultural.

II. — El renacimiento literario

La literatura española cuenta entre sus clásicos pocos nombres catalanes. Merecen tal rango Boscán, Capmany, Cabanyes, Balmes, Bartrina y Milá, sin duda alguna. ¿Por qué son tan contados? La razón parécenos sencilla: los catalanes, desde el siglo XVI, han conservado un espíritu colectivo abiertamente anticastellano; no se han entregado a cultivar las letras españolas porque nunca dejaron de considerarse nación conquistada. Aceptarían, por razones geográficas, ser una nacionalidad autónoma, confederada

con las demás de la península; pero no renuncian, en manera alguna, a ser una nación. Y consideran que el primer signo distintivo de la nacionalidad es el uso del idioma propio.

Políticamente, el concepto es justo; culturalmente, no podemos comprender las ventajas de cultivar el catalán y no el español, siendo este último el idioma de 20 naciones y más de 30 Universidades.

Se opone a este hecho una objeción cuya lógica es respetable. Nuestro idioma tradicional y usual — dicen — es el catalán. La manera espontánea y fecunda de escribir, es hacerlo en el idioma en que se piensa. Si pensamos en catalán no podemos escribir en español, que es un idioma extranjero. Y de elegir un idioma extranjero para traducir lo que pensamos, elegiríamos el italiano, el francés, el inglés o el alemán — para nosotros tan extranjeros como el español — pero que tendría la ventaja de corresponder a naciones cuyo ambiente cultural es más vasto e intenso que el de España.

Razón o sofisma, es respetable por su lógica. Por otra parte, si el razonamiento fuese absurdo, los únicos perjudicados serían los mismos escritores que lo enuncian. Ellos no lo creen.

En el siglo XVII dejó de existir la literatura catalana, absorbida por la de Castilla. Pero cuando ésta vino a menos, prodújose, a fines del XVIII, el primer renacimiento literario catalanista. En 1788 fundóse en Barcelona una Academia de Jurisprudencia, que fomentó el estudio del derecho regional. Contemporáneamente constituyóse una Academia de letras, "La Comunicación Literaria", cuyos miembros tenían estricto compromiso de escribir solamente en catalán.

La crisis política, por que pasó España al poco tiempo, fué desfavorable a este movimiento localista, que era, a un tiempo mismo, literario y político.

El germen siguió latente hasta hace pocas décadas, en que floreció con robustez inesperada. Este renacimiento cultural, que ha dado en llamarse "catalanismo literario", ha coincidido con el desarrollo del "catalanismo político". Algunos consideran que la reaparición del idioma catalán en las letras fué un hecho espontáneo, natural; otros creen que fué una deliberada manifestación del regionalismo político.

Hubo, como veremos, una y otra cosa. Es indudable la espontaneidad de la poesía dialectal, — como la tienen otras regiones

de España; no lo es menos la significación política del catalán "adoptado" por juristas, eruditos y periodistas, que antes habían escrito en español y después lo siguieron escribiendo. Lo que se consideraba dialecto de una provincia española fué elevado al rango de idioma de la nación catalana.

Entre las fuerzas iniciales de este doble movimiento fueron decisivos algunos hombres de vasto saber. Grande, entre todos, el doctísimo erudito Milá i Fontanals, maestro del eminente Menéndez i Pelayo, quien exploró las fuentes de la antigua cultura regional; la tradición histórica fué vivificada por Bofarull, la arqueología por Piferrer y la filosofía por Llorens. Contáronse claros ingenios entre los iniciadores del catalanismo literario: los Balaguer, Rubió i Ors, Monturiol, Permanyer, Aribau, Adolfo Blanch y otros.

El primer florecimiento fué poético; la restauración de los antiguos "juegos florales" reanudó la tradición que, con Ausias March, se remontaba al siglo XV. El nombre de Jacinto Verdaguer, autor de la admirable "Atlántida", trasciende ya las fronteras peninsulares; hay una estrecha concordancia entre su humano lirismo y su vida dramática. Su ingenuo temperamento de apóstol pareció rayar, muchas veces, en desequilibrio.

La serena y clásica musa del mallorquín Miguel Costa y Llobera, reapareció con más precioso estilo en su coterráneo Juan Alcover, francamente elegíaco. El humorismo simplón de Apeles Mestres, siempre subjetivo y romántico, conviértese ahora en versos agudos y sonrientes por obra de José Carner. Sobra en Jeroni Zanné la virtuosidad que falta en el valenciano Teodoro Llorente. Se empreña de pensamiento la poesía de Maragall, de Alomar y de Corominas, tan meritorios por otros conceptos.

Estos tres nombres merecen especial mención. Juan Maragall es un lírico inquieto, desbordante de fantasía y de sentimiento, intenso en la expresión y penetrante de fe: cree todo lo que dice y su convicción se transfunde en quien lo lee, animador verdadero, encelador febril. Gabriel Alomar tiene menos temperatura y mayor erudición; no es tan lírico, pero su pensamiento es más denso; poeta y prosista, es un escritor emersoniano. Pedro Corominas tiene un valor más ético y profundamente educativo, a manera de un estoico conmovido por ideales modernos.

Los prosistas han sido numerosos, no desdeñando algunos la poesía: Massó i Torrens, Pous i Pagés, Santiago Rusiñol, Pin i

Soler, Iglesias, Prudencio Bertrina, Victoria Catalá, Ruira, Casellas, para citar solamente algunos. Entre los más recientes destácase por su ingenio agudo y la agilidad de su estilo Gabriel Miró, experto novelista y autor de crónicas muy gustadas.

La historia literaria es cultivada con gran brillo por Rubió i Lluch, que es ya un maestro respetado, y por el laborioso bibliófilo Miquel i Planas; ejercita la crítica literaria, con singular competencia, Manuel de Montoliu, quien se inclina a poner la cultura científica como base de toda labor literaria.

El teatro regional, iniciado por Soler, se honra con las producciones de Guimerá, Rusiñol y Vilanova; crece a su lado la figura del celebrado Marquina, cuyo alto vuelo lírico prefiere volcarse en los moldes castellanos.

Diversas facetas presenta en su personalidad de escritor Manuel Santos Oliver; su vasta cultura y su reposado pensamiento, confiérenle un puesto conspicuo en las letras catalanas. Hay en sus escritos políticos la preocupación de las causas hondas y los efectos lejanos. Es galano en sus escritos literarios, robusto en sus incursiones sociológicas y eficaz polemista.

Demasiado numerosas son las Academias de varia índole, aunque, en las más, la importancia de los trabajos no corresponde a la pompa del título. Entre los institutos de cultura descuellan el "Institut d'Estudis Catalans", el de "Estudios Económicos" y el "Ateneo Barcelonés", dotados de excelentes bibliotecas. El "Institut de cultura y biblioteca popular per la dona" es muy simpático como iniciativa y muy rudimentario como realización. Existe una "Casa de América" y varios aficionados al hispanoamericanismo, resuelto casi siempre en iniciativas de penetración comercial. Ha cultivado en serio los estudios americanistas Federico Rahola, procurando agregar un aspecto cultural a las relaciones entre los países de habla española.

La prensa catalana, en conjunto, es deficiente. Algunos diarios salvan, sin embargo, su buen nombre: "La Vanguardia", "La Veu de Cataluña", "La Publicidad", "El Día Gráfico", etc. Otros son ridículos, desde el título y el formato hasta el criterio y el estilo.

Aparecen numerosas revistas técnicas, bastante discretas, sin ser sobresalientes. Entre las publicaciones de cultura general son de primerísimo orden los "Anuaris de l'Institut de Estudis Catalans", y la óptima revista mensual "Estudio"; en la actualidad cuentan entre las más interesantes de la península.

Muchas y grandes imprentas lanzan al mercado millones de volúmenes anuales, impresos, en mucha parte, por cuenta de editores sudamericanos. Trátase en general de obras europeas traducidas al español. Si se exceptúa la literatura local y los libros de texto, la producción de autores españoles llega a representar el tres por ciento de los libros impresos, correspondiendo la mitad de ese porcentaje a autores catalanes que escriben en español o en su propio idioma. La mayor parte de las obras impresas para "ultramar" es desconocida en las librerías peninsulares.

*

Sin la menor pretensión de competencia, agregaremos algunos datos sobre las bellas artes.

Considerada en su conjunto, la pintura catalana carece de características. Los pintores tienen sobrada imaginación poética: parecen literatos que escriben con el pincel. La falta de una gran escuela tradicional, pues no hubo en Cataluña un Velázquez, un Goya, un Greco o un Murillo, deja a cada artista un margen infinito de individualidad; si alguna influencia general puede observarse, es el gusto helenizante y la afición a revivir el sentimiento naturalista griego. Habiendo visto cuadros de Brull, Llimona, Galofre, Urgel, Ribera, Fabrés, Rusiñol, Barrau, Borrell, Ramón Casas, Mas y Fondevila, Meifren, Cusi, Masriera, Casas Abarca, Riquer y otros, fuerza es reconocer la importancia del floreciente núcleo de pintores catalanes, no obstante la ausencia de características comunes que constituyan propiamente una escuela.

Honran a la escultura los nombres de Blay, Clará, Llimona, Clarassó, Aché, Campany, los Oslé, Arnau, cuyas maneras respectivas son heterogéneas.

Es indudable que entre las artes ninguna culmina tan alta, en Barcelona, como la arquitectura. En pocas ciudades europeas — que en esto no entran en parangón las españolas — se observa tal afán de originalidad: verdadera inquietud creadora que aun no acierta a plasmarse en un nuevo estilo. El nombre de Gaudy es ya universal en su arte, por La Sagrada Familia y la Casa-Parque Guell; obras muy meritorias han ejecutado Puig i Cadafalc, Luis Domenech y Montaner (autor del Hospital San Pablo), Sagnier, Domenech i Estopá, y diez más. Si Alemania asombra al mundo con su arquitectura pública monumental, Cataluña no

puede olvidarse en cuanto respecta al palacio de habitación privada. Algunas fachadas suelen exceder de originales, rayando en lo absurdo; en cambio los vestíbulos, salones e interiores suelen ser novedosos y de exquisito gusto.

En todas las iniciativas edilicias se nota cierta agradable megalomanía; los proyectos urbanos sobre reforma del ensanche, debidos a León Jaussely, son dignos de estudio y sorprenden por su dionisíaco optimismo.

Es superfluo hablar de cultura musical, de los célebres coros y del Palacio de la Música Catalana: su fama es mundial.

*

Cerrado este breve paréntesis de información artística, fuerza es reconsiderar la significación del "catalanismo-literario", entendido como restauración del idioma nacional de Cataluña.

Cundió primero en la poesía y tuvo de su parte la erudición; en esos dos géneros conserva aun cierta preeminencia. En sus momentos de mayor expansión consiguió invadir otros géneros literarios: la novela y el teatro, aunque sin llegar nunca a excluir el idioma castellano. En el periodismo tuvo ínfima representación, hasta la fundación de *La Veu de Catalunya* y los *Anuaris* del Instituto de Estudios Catalanes, dos iniciativas directamente asociadas al catalanismo político, en su expresión reciente.

La vuelta al catalán ha sido escasa en la naciente producción científica, sociológica y filosófica; en su casi totalidad, como veremos, se expresa en el idioma de Castilla. En la prosa literaria (no periodística), decae ya visiblemente el uso del catalán: dato de información editorial que no admite rectificaciones.

El balance es simple, en suma. Poesía, periodismo político y erudición, continúan con el catalán. Otros géneros literarios: equivalente uso del catalán y el español, cada día más inclinado a favor de este último. Producción científica, sociológica y filosófica, cultura universitaria, casi exclusivamente españolas.

El porvenir dirá si es vital el "catalanismo literario" y si tiene una función política en el nacionalismo catalán. En el peor de los casos, si todos volvieran al uso del español, se reconocería que ha sido un grandísimo estímulo en favor de la cultura literaria. Y, en ese sentido, podemos decir que contribuyó en primer término al "renacimiento cultural" de Cataluña, que es muy diferente cosa.

III. — La cultura científica

Manuel de Montoliu, en sus "Estudios de literatura catalana", dedica un entero capítulo a señalar la desproporción entre el florecimiento literario y la cultura científica en Cataluña. La observación es justa; pero es necesario agregar que refleja un aspecto común de toda la cultura española. Debe hacerse otra limitación a ese juicio; las "ciencias de papel" (erudición, historia, derecho, etc.), han sido siempre, y son actualmente, copiosas en toda la península. Las que escasean son las "ciencias de la naturaleza", las destinadas a observar y experimentar sobre la realidad que rodea al hombre. Toda la cultura española, desde el siglo XVI hasta el XX, puede simbolizarse en una frase: sobran archivos y escasean laboratorios.

A pesar de estas reservas sigue pareciéndonos exagerada la opinión de Montoliu. Quien observe con interés la vida intelectual de Barcelona, no podrá suscribir sus afirmaciones: "nuestra cultura está aún divorciada de la del mundo contemporáneo, faltándonos el lazo de unión definitivo entre nuestra mentalidad y la del resto de la Europa civilizada: la cultura científica". Sin comparar nuestra exigua información con la profunda de Montoliu, debemos hacer justicia a cosas y personas que conocemos, pues revelan un movimiento científico digno de respeto.

El renacimiento cultural se inició en la poesía y trascendió efusivamente a las letras y las artes, poniendo en ellas alguna marca original y duradera. En las ciencias no puede ocurrir lo mismo por una razón muy simple: las ciencias no se improvisan. La inspiración artística puede ser episódica o accidental; las investigaciones científicas exigen institutos, métodos y disciplina de trabajo. En un poema vuelca su ingenio un hombre excepcional; en la determinación de una ley científica colaboran generaciones. Unamuno escribe lo que sale de su caletre; nada podría descubrir Cajal si otros no hubieran perfeccionado el microscopio y organizado los métodos histológicos. Esto quiere decir que la originalidad científica es siempre y necesariamente distinta de la literaria; resulta absurda la aplicación de igual medida a dos asuntos absolutamente heterogéneos. Por estas razones creemos lícito atribuir tanto valor cultural a los estudios psiquiátricos de Giné y Partagás, a los bacteriológicos de Ferrán, a los pediátricos

de Martínez Vargas, a los biológicos de Turró, a los fisiológicos de Pi Suñer, — para citar a los que mejor conocemos y podemos juzgar con alguna competencia — como a las poesías de Verdaguer y Carneu, o a los dramas de Guimerá y Rusiñol.

*

Acaso una insuficiente competencia haya desviado nuestra atención de otras ciencias naturales; parécenos que la renovación científica iniciada en la Universidad de Barcelona, se percibe más acentuadamente en los estudios médicos, cada día más inclinados hacia la enseñanza clínica y la investigación experimental. El cambio es muy sensible en pocas décadas. Es notoria la popularidad de José de Letamendi, cuyos aforismos y escritos, por su recto sentido moral, alcanzaron gran boga en todo el mundo médico de habla española; su nombre señala el fin de la vieja escuela, pues en sus refranes y consejas campea un burdo empirismo que es la antítesis de los verdaderos métodos científicos. Con espíritu amplio y generalizador, éstos fueron eficazmente propiciados por los Jaime Pi Suñer, Salvador Cardenal, Giné i Partagás, Rodríguez Méndez, J. Valenti Vivó, maestros de alta envergadura, cuya obra fué secundada y continuada por los Coll y Pujol, Suñé y Molist, Carulla, Martínez Vargas, Vallejos Lobón, Fargas, Bartrina, Augusto Pi Suñer, Celis, distinguidísimos todos en sus especialidades respectivas y algunos ya respetados fuera de España.

Bajo su dirección modernamente orientada, fórmase actualmente una generación nueva de estudiosos que honran a la escuela médica barcelonesa. ¿Podría aplicárseles justicieramente las palabras del distinguido crítico citado?

Los estudios biológicos y experimentales, iniciados hace ya algunos años [1], encamínanse a un brillante desarrollo por la fundación de la Sociedad de Biología, cuyos trabajos son editados por la sección de Ciencias del "Instituto d'Estudis Catalanis". Los del año 1913 constan de cincuenta monografías presentadas por Agustí, Alomar, Alzina, Balasch, Bellido, Carrasco, Darder,

(1) Ver: Augusto Pi i Suñer, "Las nuevas instalaciones biológicas de Barcelona", comunicación a la Asociación Española por el progreso de las Ciencias, Junio de 1913.

Dargallo, González, López, Marimón, Nubiola, Ors, Peyrí, Pi Suñer, Sayé, Turró, Verderau y Vidal. (1)

En este orden de investigaciones científicas son de notoriedad europea los trabajos del célebre bacteriólogo Jaime Ferrán, las investigaciones antroposociológicas de J. Valenti Vivó, la doctísima labor del higienista R. Rodríguez Méndez, los originales estudios fisiológicos de Augusto Pi Suñer y las publicaciones de histología y neurología del profesor Carlos Calleja, nombres que honran a la ciencia catalana en el extranjero. Podrían, sin duda, citarse algunos más.

*

La patología mental — materia que menos ignoramos — desamparada en España por la enseñanza oficial, alcanzó en Cataluña mayor brillo que en otra región alguna de la península. (2) El admirable "Instituto Pedro Mata", de Reus, honra a toda España e inmortaliza el nombre del verdadero creador de la patología mental española. Dirígenlo el eminente profesor Rafael Rodríguez Méndez, ya rector del claustro barcelonés, y el ilustre mentalista Arturo Galcerán Granés, presidente de la Sociedad de Psiquiatría y Neurología de Barcelona.

Después de Pedro Mata son dos catalanes los representantes más conspicuos de la clásica lucha entre la vieja psiquiatría supersticiosa y la nueva psiquiatría científica, que ha durado siglos. La locura, considerada como una maléfica posesión del alma por misteriosas fuerzas invisibles, pasó a ser, poco a poco, una perturbación funcional del cerebro, cuya anatomía patológica vamos conociendo mejor día por día.

Esas dos corrientes, teológica y anatómica, estuvieron representadas en la renovación de la cultura catalana: Pí i Molist, el admirable cervantista que analizó los primores del Quijote, y Giné i Partagás, que en doctísimas obras y conferencias introdujo el criterio científico moderno en la patología mental.

Para el primero, de acuerdo con sus creencias, la locura era una desintegración total o parcial del alma; para el segundo, de

---

(1) "Treballs de la Societat de Biología, 1913", Barcelona, 1914.

(2) Ver escasos datos en Luis Comenge, en Rafael Rodríguez Méndez, prólogo a los escritos póstumos de Giné Partagás, y en Galcerán Granés "El concepto de la locura a través de los siglos", Barcelona, 1914.

acuerdo con su experiencia, las enfermedades mentales dependían de alteraciones estructurales o químicas del cerebro.

En los últimos treinta años el laboratorio y la clínica se han pronunciado por Giné y Partagás, preparando una concepción naturalista de las funciones de la mente; hoy, todos los psicólogos, toman los datos de la biología como fundamento de sus estudios. Los filósofos que no ignoran la ciencia llegan a afirmar que la psicología biológica es el eje de la moral, de la lógica y de la estética, que antes fueron ramas de la filosofía especulativa.

Son vecinos de la escuela catalana dos valencianos ilustres: el sabio psicólogo Luis Simarro y el doctísimo psiquiatra José M. Esquerdo. Y vecinos suyos son también los zaragozanos Ramón i Cajal y Gimeno Riera, el más grande neurólogo y el más moderno mentalista de los maestros aragoneses. Concebida la Cataluña grande, en sentido histórico y cultural, entrarían ellos en la misma unidad en que otrora se fundían los nombres de Lulio, Vives, Sabunde, Vilanova y Servet.

En la propia Barcelona son mentalistas muy respetados Antonio Rodríguez Morini, director del Manicomio de San Baudilio y de la excelente "Revista Frenopática Española", Francisco Xercavins, Bravo y Moreno, Giné Marriera, Emilio Briansó, Coroleu, Riu y Matas, Martín y Juliá, Albiñana y Sanz, Odón Moles, Galcerán Gaspar, etc.

*

En otros dominios de las ciencias naturales, — por lo poco que conocemos y nos atrevemos a juzgar, — son dignos de grande estimación el matemático Terades, el físico Fontsaré, el eximio criminologista Eugenio Cuello Calón, el geólogo Almera; nuestra ignorancia nos excusa de callar otros nombres acaso igualmente meritorios, aparte de los que mencionaremos al ocuparnos de los estudios filosóficos.

*

Los problemas económicos y sociales, básicos para toda sociología, alcanzaron mucho lucimiento en tiempos de Carlos III. Suelen recordarse varios nombres: Masdeu, Cadalso, Cobarrús, Piquer, Forner, Capmany, Campos, etc. Durante los comienzos del movimiento catalanista las preocupaciones políticas distrajeron de los estudios económicos y de la investigación propiamente sociológica. A fines del siglo pasado fundóse un Instituto de So-

ciología, presidido por el sabio profesor Valentí Vivó, pero languideció rápidamente. La "Biblioteca sociológica internacional" difundió un tanto este género de estudios y algunos volúmenes de autores españoles llegaron a publicarse en la "Biblioteca Moderna de Ciencias Sociales" dirigida por Alfredo Calderón y S. Valentí Camp.

Una fermentación sociológica, digna de mencionarse, acompañó en Cataluña al movimiento anarquista, que, conviene no olvidarlo, contó durante diez años con las simpatías más decididas de mucha juventud intelectual, diseminada actualmente en otros partidos y facciones. Algunas revistas de sociologia ácrata reunieron esos esfuerzos inquietos; entre los pocos libros de alguna originalidad o eficacia, recuérdanse todavía los de Tarrida del Mármol, leidísimos en toda Europa.

Cuenta entre los eruditos de cuestiones sociológicas Santiago Valentí Camp, autor de "Premoniciones y reminiscencias" y de "Atisbos y Disquisiciones", editadas en la Biblioteca Sociológica Internacional. Su libro "Vicisitudes y Anhelos del Pueblo Español" plantea y analiza los problemas vitales de España, resolviéndolos en sentido paralelo al que señaló Joaquín Costa; no obstante su redacción fragmentaria y su escasa unidad, puede contar entre la docena de buenos libros que la sociología política produjo después del desastre del 98. Además de los volúmenes que ha publicado, es propulsor de varias iniciativas encaminadas a la difusión de la alta cultura, dirigiendo o asesorando traducciones europeas y ediciones españolas. Su última obra es el primer volumen de un estudio fundamental sobre las sectas y las sociedades secretas a través de la historia, comprendiendo desde las creencias de las primitivas civilizaciones hasta las últimas modalidades del sindicalismo contemporáneo.

Hemos leído varias referencias a una "tradición pedagógica catalana" que pretende ampararse bajo el heteróclito abolengo de Lulio, Vives, Rexach y Balmes; no podemos nombrar, acaso por ignorancia, ningún pedagogo catalán contemporáneo. No conocemos otro nombre que el de Francisco Ferrer, cuyas opiniones pedagógicas parécennos de una absoluta insignificancia; su título para el monumento de Bruselas es un fusilamiento absurdo.

Estos breves datos bastan para demostrar que las ciencias no están proscriptas de Cataluña, aunque los resultados de su labor metódica y creciente sean menos llamativos y sonoros que los de la producción artística y literaria.

IV. — Los estudios filosóficos

El pensamiento filosófico catalano-aragonés, entrado a la penumbra desde el comienzo de la hegemonía castellana, vibra apenas en el siglo XVI, con Joaquín Setanti, y no intenta resucitar hasta el XVIII. La escuela de Cervera no alcanzó a poseer maestros ilustres; perdióse lo más del tiempo en estériles discusiones entre el viejo aristotelismo de la primera escolástica y el ampliado por la segunda.

Disputábanse la hegemonía del claustro los domínicos, los capuchinos y los jesuítas, partidarios respectivamente del Tomismo, del Scotismo y del Suarismo. En los últimos tiempos la enseñanza tornóse ecléctica y absurda, amalgamándose nuevas influencias postcartesianas con las precedentes direcciones escolásticas.

Dos de los tipos más representativos de la alta cultura peninsular en el siglo XIX, se formaron en los claustros de Cervera: Jaime Balmes y Ramón Martí d'Eixalá. Más que ellos, sin embargo, sirvió a la causa cultural de Cataluña Francisco Javier Llorens, maestro eficaz y sugerente; sus "Lecciones de Filosofía" serán editadas en Barcelona cuando cesen de oponerse a ello las autoridades universitarias que las tienen secuestradas, pretextando que no son bastante ortodoxas (?). Podrían mencionarse aquí el nombre del docto Milá i Fontanals, no ajeno a la filosofía, el del escolástico Comellas i Cluet y el del positivista Pi i Margall. La obra de un krausista José Soler y Miquel, fué periodística y su póstumo volumen de "Escritos" carece de significación propiamente filosófica.

Entre los contemporáneos, varios escritores tienen conquistado un puesto firme en los dominios de la filosofía renaciente.

Es justo indicar que, los más, toman su fundamento en diversas corrientes de la filosofía científica: positivista en Gener, biológico-pragmatista en D'Ors, biológico-nietzcheísta en Ruíz, psicológico-biológica en Turró y físico-naturalista en Comas Solá. Esta concordancia en poner la cultura científica como premisa necesaria de la especulación filosófica, nos parece del mejor augurio para el florecimiento de los estudios filosóficos en Cataluña. La corriente teológico-tradicional, no obstante el honrosísimo precedente del gran escolástico Balmes, tiene aquí menor significación que en el resto de España.

Un soplo de vida y modernidad se advierte en toda la obra de Pompeyo Gener, cuyo serio y continuado esfuerzo merece el reconocimiento de la nueva generación catalana; su nombre cuéntase entre los más conspicuos cultores del positivismo científico en la península. Pensador jugoso y original, fácilmente se nota que llegó a la filosofía con una sólida base científica y con una vasta erudición, que nunca dejó de aumentar. Algunos de sus libros cuentan entre los más interesantes de la España nueva y su reputación trascendió los límites de la península, donde su independiente criterio le mantiene ajeno a todas las camarillas políticas y universitarias que tanto influyen en la estimación de los valores culturales. Su obra de juventud, "La muerte y el diablo", sin ser una obra propiamente doctrinaria, le dió rango como filósofo y fué honrada con un prólogo de Littré. Sus "Heregías" son obra de varón y de español, llenas de ese hondo sentido ético y político que animó los escritos de Joaquín Costa, el vencido Sarmiento de España; Gener, como Costa, puso la ciencia y el trabajo como bases para el renacimiento de su patria liquidada, afirmando la necesidad de una renovación cultural fundada en las ciencias naturales. Cuenta en su haber otros libros muy leídos en todos los países de habla castellana, como "Amigos y Maestros", "Inducciones", etc. En el más reciente, sobre la vida y obras de Miguel Servet, presenta al gran humanista español en lucha abierta contra los dos fanatismos cristianos, encarcelado por los católicos y quemado por los protestantes. Gener es una mente europea.

La personalidad multánime de Eugenio D'Ors acrece diariamente su autoridad moral y su eficacia entre la nueva generación de Cataluña. Su curiosidad sin fronteras y su poliédrica cultura le permiten transfundir savias personalísimas en su "Glosario", especie de Suma periodística en que comenta día a día la nota más actual en el mundo de la cultura; fácil es comprender que la unidad no es un atributo esencial de esa labor sobradamente extensiva.

Ciertos trabajos de raigambre biológica le acreditan de pensador naturalista; ello no obstante, sus inclinaciones literarias y su acicalamiento estilístico dan a algunos de sus escritos recientes un tono imaginativo y menos técnico. En "La Bien Planada" esas cualidades se subrayan: es una abstracción simbólica e idealista de la realidad eterna, en que el arte se amplía en humani-

dad. En algunos de sus escritos reaparece un concepto alegórico, "el hombre que trabaja" y "el hombre que juega"; diríase que en ellos se humanizan y trasmutan, metafóricamente, la experiencia y la imaginación, formas esenciales de toda la evolución biopsíquica. Hombre de acción por el pensamiento, teoriza con el ejemplo vivo de su formación cultural; sabe encender en sus lectores la confianza en el esfuerzo propio y su orientación ética es, más o menos, pragmatista. Gala de estilo y sumo arte de ingenio ha revelado en su último ensayo "De la amistad y del diálogo", digno de figurar en un volumen selecto de Montaigne.

De carácter heterogéneo son los escritos del alienista Diego Ruíz. Con su obra de juventud, sobre la genealogía de los símbolos, adquirió merecidísima notoriedad; pocos nombres, en su tiempo, podían citarse en España que le aventajaran en el camino de la filosofía. Tras un paréntesis poco fecundo, ha dedicado sus más recientes escritos a la propagación multilingüe de una "ética del entusiasmo", marcadamente iconoclasta y optimista.

Algunos fundamentales problemas de sociología biológica y de psicología social han sido tratados por Ruíz en términos líricos, cuyo sabor nietzcheísta es acentuadísimo, principalmente en el "Kosmogogischer dialog". En su interpretación psiquiátrica de la historia se plantea la sociología biológica, simbolizando a las razas en "parejas humanas" y estudiando las leyes de su constitución y disolución; estudiando la función biológico-social del genio, adhiere a la doctrina que ve en él una fuerza de resistencia contra la degeneración determinada por la imitación y la rutina; la expansión individual de las personalidades intensas y capaces de reaccionar contra el medio domesticador, (es decir, la llamada voluntad de potencia), se manifiesta por el Entusiasmo, y es la clave de una ética de los hombres superiores. El "superhombre" conviértese en doctrina más propiamente biológica en Ruíz, que anuncia el advenimiento del "Ultravertebrado"; en su opúsculo "Das Ueberwirbeltier" derrocha el autor gran ingenio y logra mucha eficacia su estilo, aunque científicamente no vale el "metantropo" hipotético de Morselli o el "ultrahombre" imaginado por nuestro Ameghino, para callar de otros que han dado fórmulas biológicas similares.

En su última forma [1], el tono lírico y el estilo torturado, dan

(1) En la "Revista de América", París, Abril de 1914.

una impresión de nietzcheísmo literario; Ruiz, que había comenzado por donde pocos terminan, parece terminar por donde muchos comienzan. El bello decir, original y dionisíaco, prima ahora sobre el grave pensar; y en vez de escribir obras de filósofo, ha creído más sencillo anunciarse como filósofo antes de escribirlas. Hay volcado, en todo ello, mucho corazón e inspira una firme simpatía. Se comprende, así, que la eficacia de sus recientes propagandas sea mayor entre las gentes de letras, siempre inclinadas a reemplazar los valores lógicos por los valores estéticos, como si las vías intuitivas de la Belleza pudieran sustituir a los caminos experimentales de la Verdad. Pasar de éstos a aquellos, como ocurre a Diego Ruiz, resulta interesante y permite una mayor originalidad personal; pero la filosofía corre el riesgo de ser tanto menos filosófica cuanto más se adentra en el estetismo. Esto no significa que un mal filósofo sea preferible a un buen poeta, ni lo contrario; quiere decir, simplemente, que la literatura y la filosofía son cosas distintas, por su método y por su finalidad. Y se comprende que literatura no quiere decir buen estilo; aquella distrae de filosofar y éste ayuda a hacerlo bien.

El recientísimo (1914) volumen "Los Orígenes del Conocimiento", de R. Turró, del Laboratorio Municipal de Barcelona, estudia la formación natural del conocimiento de acuerdo con los principios de la psicología biológica: en el curso de la asimilación nutritiva el organismo va adquiriendo una "experiencia trófica" que es el punto de partida de la "experiencia sensorial", base del conocimiento y de la lógica humana. En esta dirección no conocemos, en la bibliografía española moderna, ninguna obra que pueda comparársele; en la misma filosofía biológica europea merece contar entre las producciones más sistemáticas, por su riguroso y excelente método. Se comprende sin esfuerzo que el autor ha entrado a la filosofía con el capital de una severa disciplina científica, adquirida en muchos años de laboratorio; y se notan en la obra los beneficios de esa ventaja fundamental.

Una exposición técnica de los principios de la filosofía científica ha sido efectuada, sinópticamente y con encomiable precisión, por José Comas y Solá, del Observatorio Fabra [1]. En este terreno, como es natural, queda poco campo librado a la fantasía, consistiendo el mérito de tales trabajos en coordinar sistemática-

(1) José Comas Solá: "Ensayos de Filosofía Científica", en la revista "Estudios", Barcelona, 1914.

mente las leyes e hipótesis más legítimas que pueden inferirse del estudio de las ciencias físico-naturales.

En el dominio particular de la estética merecen recordarse varios estudios monográficos del profesor José Jordán de Urries; más que a exponer una doctrina personal, están encaminados a comparar las diversas corrientes que se agitan dentro de la nueva estética experimental, convirtiendo en una ciencia psicológica lo que antes fué una disciplina especulativa.

Esta información sería incompleta si olvidáramos algunos estudios de historia de la filosofía publicados por eruditos meritísimos, que continúan la obra del gran Milá; entre ellos descuella Antonio Rubio y Lluch, afanosamente consagrado a restaurar las fuentes de la cultura catalana medioeval, y su discípulo A. Calvet, autor de una excelente monografía sobre Anselmo de Turmeda.

Interesantes estudios de ética y psicología del pueblo español viene publicando Carreras y Arnau, catedrático en la Universidad de Barcelona. Con mucho ingenio y doctrina ha desentrañado "la filosofía del derecho en el Quijote", en un libro que todo cervantista leerá útilmente; ha emprendido, además, una serie de estudios monográficos sobre los antiguos filósofos de Cataluña.

V. — Política y cultura

Dentro del catalanismo, en sus comienzos, predominó la corriente literaria y anarquista. En la actualidad es francamnte político y conservador. Su programa efectivo — que no podríamos juzgar — es bilateral. Por una parte, obtener una situación privilegiada dentro del organismo político español; por otra, derivar hacia un regionalismo conservador todas las fuerzas populares inclinadas a los partidos de izquierda.

En este último sentido se ha iniciado una política de iniciativas sociales cuyos resultados prácticos son francamente nocivos a la cultura catalana. El miedo al terrorismo anarquista ha excedido los límites de la legítima defensa social, oponiéndose indirectamente a la elevación moral de las clases más incultas y numerosas. La represión de los desórdenes de 1908 fué seguida por una tácita concentración de los elementos conservadores; todo lo

que estaba encaminado hacia la cooperación y el sindicalismo ha sido obstruído, procurando sustituirlos por la beneficencia y la caridad. Esta substitución del naciente derecho obrero — reconocido y consagrado en casi todos los países civilizados — por la antigua concepción de la filantropía teológica y feudal, importa un retroceso en el nivel de la educación y la cultura populares. ¿Pan y toros...? Es imposible creer que se haya pensado volver a esa fórmula. No se podría impunemente dar máquina atrás, de esa manera, sin comprometer seriamente la elevación moral de las masas que son los cimientos vivos de la vida pública en Cataluña.

El número de instituciones de beneficencia es considerable, aunque muy desigual su eficacia; en muchos casos "puede aumentar la miseria en vez de curarla o extinguirla". Trátase, en general, de patronatos, asilos, consultorios, escuelas, etc., administradas por religiosos y costeadas por las clases conservadoras con el propósito de sustraer las masas obreras a toda propaganda sindicalista o libertária. Aquí, como en todo el mundo, el mendrugo de pan que da la caridad no tiene por miga la educación social del obrero; antes tiende a mantenerle en la ignorancia y la miseria, que a la larga andan juntas. Las principales instituciones de carácter social son prolongaciones de la Curia y "laboran constantemente en pro de las reivindicaciones católicas de las clases sociales más necesitadas" (1). Este espíritu confesional las convierte en instrumento de reacción; es tan nocivo, socialmente — y más nocivo, culturalmente — que el otro sectarismo, liquidado en Barcelona con el fusilamiento del director de la Escuela Moderna.

Faltaría a mi probidad si ocultara que Cataluña no está exenta del fanastimo religioso que tanto obstruye el renacimiento cultural de toda la península. Hay quien procura hacer un "catalanismo teocrático", sin otro resultado que restar al catalanismo las simpatías de las gentes liberales.

Es fuerza reconocer la importancia de esos obstáculos que se oponen, acaso involuntariamente, al renacimiento de la cultura catalana. Bienvenido el misticismo cuando llega a producir un Raimundo Lulio; bienvenida la exaltación cristiana si llega a culminar en un Miguel Servet; bienvenido el dogmatismo toda vez

---

(1) Véase Ramón Albó y Martí: "Barcelona caritativa, benéfica y social", II volúmenes, Barcelona, 1914.

que aporte a su propio dogma luces nuevas como las de Jaime Balmes. Pero la superstición vulgar, sin fe y sin ideales, sólo puede ser un obstáculo a todo renacimiento cultural, alejando la hora hipotética en que una raza de hombres ilustrados pueda converger a cualquiera grande obra de solidaridad y de civilización.

El peligro más grave que amenaza a la renaciente cultura catalana es su solidaridad con el regionalismo político. (1) ¿Los Milá, los Llorens, los Verdaguer, habrán trabajado, pensado y cantado para que los políticos profesionales se aprovechen de su esfuerzo? Estos han estimulado, de mil maneras, el catalanismo literario; pero es indudable que, en la rendición de cuentas, no son los poetas y los pensadores los que obtuvieron beneficios del movimiento.

El mundo de la cultura debería mantenerse ajeno a las contigencias del mundo político. Son dos profesiones distintas. No quiere esto decir que los hombres de pensamiento deban confinarse en un ascetismo contemplativo, negándose a actuar sobre la vida social; significa, solamente, que la actividad de los pensadores debe intensificarse en torno de iniciativas culturales, encaminadas a formar grandes núcleos de población moralmente superior, cuyos ideales puedan contener en el porvenir los excesos de la política profesional.

Las ciencias y las letras nada pueden ganar complicándose con los intereses de partidos o facciones, cuyos destinos son siempre efímeros y transitorios. La lucha por la intensificación cultural debe ser superior a las disputas de los partidos y mantenerse ajena a ellos. La política, siempre actual y oportunista, no puede olvidar los problemas de hoy, mirando al éxito; la cultura debe preparar los problemas de mañana, mirando al ideal.

Podríamos reducir todo esto a una fórmula sencilla: Los valores de la política son actuales y de partido; los valores de la cultura son perennes y de la nación.

José Ingenieros.

---

(1) Sobre la significación global del movimiento puede leerse, en primer término, el magnífico libro de Valentín Almirall "El Catalanismo", y los menos interesantes de José Torras y Bagés: "La tradició catalana", de Durán y Ventosa: "Regionalisme y Federalisme" y de Enrich Prat de la Riba: "La Nacionalitat Catalana".

POESIAS

Quedamente...

Me la trajo quedo, muy quedo, el Destino,
y un día, en silencio, me la arrebató.
Llegó sonriendo; se fué sonriente;
quedamente vino;
vivió quedamente;
queda... quedamente desapareció!

Abril 25 de 1913.

Diálogo

El Desaliento:

¿Porqué empeñarse en buscar
a quien se quiere esconder!
Si Dios no se deja ver,
alma, cómo le has de hallar?
Y aun pretendes lograr
que esa esfinge que se esconde
y calla, te diga donde
recobrarás a tu muerta!
Ilusa, llama a otra puerta,
que en ésta nadie responde!

La Esperanza:

—Hay que empeñarse en buscar
a quien se quiere esconder.

Si Dios no se deja ver,
alma, le tienes de hallar
por fuerza!
Y has de lograr
que esa esfinge que se esconde
y calla, te diga donde
recobrarás a tu muerta:
Si la Fe llama a una puerta,
el Amor siempre responde!

Septiembre 20 de 1912.

AMADO NERVO.

Madrid.

---

(1) Del próximo libro *La Amada Inmóvil*, (versos a una muerta).

UNA VUELTA AL MUNDO

Conferencia dada en el Consejo Nacional de Mujeres el día miércoles 27 de mayo de 1914

(Conclusión)

Dice la leyenda, pareciendo fabulosa narración, que el paraíso terrenal de la Biblia estaba situado en la isla de Ceylón: quizá a ello coadyuve con todas sus fuerzas el clima encantador y la estupenda vegetación. Tocáronme noches sin nubes y frescas, días brillantes y de sol, frías las mañanas y muy agradables las tardes: la llegada había sido seductora, porque la isla parece oculta en el velo de una niebla que se rasga delicadamente para dejar admirar los valles cuajados de vegetación y las alturas cubiertas de plantaciones de te, con el mar que se diría viene lenta y coquetamente a estrellarse con la playa, levantando altísima espuma. Colombo es una delicia como residencia invernal: el centro antiguo de la ciudad es sumamente pintoresco, debido quizá al curioso árbol de la lluvia — cuyas hojas se cierran a la noche, guardan el rocío y, al calentarse al amanecer, se abren y dejan caer una garúa finísima — que por doquier adorna a Chatham street y demás calles principales, cuajadas de gentes de todos los países del extremo Oriente, con sus trajes nacionales, pero entre mil se echa de ver y descubre el ocre singhales. Alojábame en el Galle Face Hotel, edificado a la extremidad de la carretera marítima, en uno de los más apacibles, amenos y recreables sitios, en una posición ideal, y cuya suntuosidad es cosa que se deja entender porque lo patrocinan los turistas más exigentes, que arrancan a huir del invierno europeo para gozar la felicidad de la eterna primavera de esta isla, y vienen dispuestos a sepultar en olvido las preocupaciones y sólo pasar la vida en sones, bailes y danzas: de noche, los salones que

dan al amplio jardín, cuyos canteros van bajando suavemente la pendiente de la playa hasta ser lamidos por las olas murientes del mar, trócanse en lugares de saraos estupendos, y hace milagros la música de orquestas escogidas, lanzando a la numerosa concurrencia en brazos del baile con un entusiasmo tal que he solido quedar por cautivo horas enteras, repantigado en un asiento en el jardín cerca del mar, — debajo de altísimas palmeras, de cuyas hojas más elevadas pendían innumerables lamparillas eléctricas, cuyas luces de colores dan vaivenes a una parte y a otra al balancearse las ramas por la leve brisa, y por instantes mudan curiosamente colores, como el camaleón, — y he contemplado deslizarse, como si se les fueran los pies muchas veces, por senderos y canteros de musgo admirablemente cuidado, a parejas interminables, ondeándose todos y moviéndose a un compás con elegancia suprema, en los giros rítmicos del vals. Bajo aquel cielo azul esplendoroso, percibiendo el oído sólo el eco amortiguado de la música, regalados los ojos con la visión de una luz suavísima, aquel divino baile de hadas en el jardín encantado, apenas interrumpido por el lento y constante ruido del mar al mojar finísimamente el césped con la espuma de sus olas, para retirarse con lentitud como si buscara las tinieblas de la noche y volver con diligencia al poco andar, producía un efecto mágico y singular...

Pero lo más interesante, en la estadía de Ceylón, es la excursión a la capital, Kandy, situada en lo alto de la montaña y a la que conduce un ferrocarril que, al ascender constantemente, pone a la vista los paisajes más variados y sorprendentes, sobre todo a partir de la estación Rambukhana, con el valle encantador de Dekanda, el estupendo monte Allagalla, el paso de la "roca sensacional" donde parece lanzarse el tren en el vacío; y la visita al soberbio jardín botánico de Peradeniya, que es una maravilla por la hermosura y lozanía con que campea la flora variadísima y de desarrollo increíble que allí se admira: sobre todo, sus árboles de caoutchuc, el del algodón rojo, sus canteros de flores de colores no soñados. Kandy se vanagloria ante todo con su lago preciosísimo y, a uno de los costados de éste, aquel templo legendario que guarda el diente sagrado de Buddha y donde acuden constantemente peregrinos de todos los rincones de los países budhistas: he visitado el Dadlada Maligawa rodeado por grupos compactos de fieles que se detenían larguísimo rato para hartar

sus ojos en las groseras esculturas de madera y los frescos ingenuos de las paredes, en los cuales han matizado con diversidad de finos y hermosos colores todos los tormentos del infierno para cada clase de pecadores; mientras tanto, constantemente vibraba en los oídos el monótono ruido del tam-tam y de otros instrumentos, que los lamas están siempre tocando para con su sonido excitar los ánimos a devoción; y en montón confuso se veía a numerosos vendedores de flores, con las eternas guirnaldas de doradas caléndulas, cuyo penetrante perfume tenía el poder de casi marearme, y los cuales estaban atentísimos a cada fiel, pues todos compran su guirnalda y la depositan después como ofrenda al pie del ídolo favorito: pero aquí, a la vez que la caléndula de color oro, merecen igualmente buen lugar los pétalos blancos y amarillos de la hermosa plumiera, o el blanco jazmín y el oleander. Ese día los sacerdotes, con sus trajes amarillos, hacían compañía violenta con los elefantes, emparamentados con telas de colores vistosos, y en los cuales habían venido algunos altos personajes indígenas, vestidos de blanco y oro, con una gorra elaboradísima, en medio de un séquito ataviado igualmente con trajes de tintes brillantes, y todos con el rostro encendido y sonrosado con la prisa del camino. El espectáculo era de una teatralidad extraordinaria. Cruzamos por un estrecho corredor y otra escalera, no menos angosta, hasta penetrar en el pequeñísimo santuario donde se guarda tras siete llaves el *palladium* de Ceylón, que varios millones de seres veneran: en el primer momento se requería ser más que un lince, pues el diente de Buddha se vislumbra apenas sobre una mesa de plata maciza, a través de una serie de tabernáculos y de barrotes de metal, dando vueltas en torno suyo un alambre de oro, como si se encerrara a dormir en el fondo de una gran flor áurea del lotus simbólico, siendo todos los tabernáculos también de oro macizo, ornamentados con rubíes magníficos, perlas, esmeraldas y ojos de gato, y en el recinto asombran valiosísimos ex votos de príncipes y reyes, con una imagen de Buddha cuya enormísima esmeralda desalienta la admiración. Cerca de allí se halla el pabellón octogonal, que hace callar a los infieles con la biblioteca budhista más preciada del mundo, cuyos libros manuscritos están escritos sobre hojas de palmas, en pali y sánscrito, encuadernados con cordones que permiten examinar hoja por hoja, no dejando rincón que no se mire y remire, y cubiertos con tapas de metal repujado, adornado de joyas preciosas.

A la vuelta a Colombo encontré que reinaba intensa agitación porque acababan de publicarse oficialmente bandos notificando que, al mes siguiente, los buzos iban a comenzar la cosecha de perlas, bajando al fondo del mar en el cercano golfo de Mannar para recoger las ostras que encierran la codiciada "perla oriental": pero no podía demorarme para presenciar el espectáculo, pues debí embarcarme en el vapor *Osterley,* rumbo al continente australiano.

De mi viaje a Australia y Nueva Zelandia prefiero no decir ahora nada: he dictado sobre él un curso especial en mi aula de sociología, en la Facultad de Filosofía y Letras, y alguna de las conferencias se ha publicado en opúsculo separado, de modo que tal vez ande en boca de todos; y sería incurrir en repeticiones, ofreciendo relativamente poco interés para gran parte de las personas que en este instante me escuchan, el volver a recordarlo. Por otra parte, ese mundo, malgrado encontrarse en el Oriente, presenta más caracteres europeos que orientales, y, sin necesidad de engolfarme en la profundidad del secreto, fácilmente alcanzo que lo que más despierta la curiosidad — y es natural que así sea, sobre todo tratándose de un público especialmente femenino, como el que hoy llena este local — es la faz exótica de aquellas civilizaciones: el tiempo empleado ya en esta conversación, no obstante la benevolencia del auditorio, va en camino de sobrepasar el límite de la tolerancia que puede pedir un conferenciante, por más que benévolamente se le haya dado cédula en blanco, y no querría abusar en modo alguno de la paciencia de mis oyentes. Básteme, pues, decir que, llegado a Fremantle, en la Australia occidental, visité detenidamente a la capital Perth, reembarcándome para venir a Australia sud y detenerme en Adelaida, de donde pasé por ferrocarril al estado de Victoria, para conocer a Melbourne; de ahí tomé el vapor *Leongana,* que me condujo a la isla de Tasmania, para trasladarme hasta Hobart, partiendo de allí en el vapor *Mocraki* hacia la isla de Nueva Zelandia: desembarqué en Bluff, me demoré en Invercagill, estuve en Duneddin y Christchurch y me quedé especialmente en Wellington, la capital de aquel dominio, desde donde recorrí la región maravillosa de los geysers; después, en el vapor *Tahití* regresé a Australia, y entre Picton y Nelson pude presenciar el curiosísimo fenómeno del pelorus Jack, ese delfin-piloto que, desde tiempo inmemorial, escolta y guía a cada vapor apenas se pasa el faro de

Stephen's island, siendo visible de a bordo, esa noche, por la intensa fosforescencia que se forma al rededor de su cuerpo, lo que le hace asemejar a una especie de torpedo eléctrico que aparece y desaparece sobre las ondas; por último, fuí al estado de Nueva Gales del sud, permaneciendo en Sydney, de donde el vapor *Prinz Segismund* me transportó a Queensland, dejándome en la ciudad de Brisbane. En parte alguna del mundo, mejor que en Australia, una población más simpatiquísima ha reducido el problema de la vida al fin deseado: alcanzar en lo posible la felicidad, sacando preciosos intereses de las bellezas naturales, asiendo la ocasión por el copete para gozarlas con el frenesí del *picnic* y del *camping,* poniendo en custodia grandes parques naturales o artificiales, y dando calor a la existencia por el uso práctico de todos los encantos imaginables: yo echaría una cerradura de golpe a esta parte de la conferencia si quisiera recordar sólo algunos paseos inolvidables, como un precioso *billy tea* en el espléndido parque nacional de Adelaida, cierta jira en yacht por la soberbia bahía de Sydney, una admirable excursión en *mail coach* a la cascada hermosísima de Russell, en plena Tasmania, y la espléndida recorrida en automóvil por la región de los geysers en Nueva Zelandia. Es realmente lástima que no me sea posible trazar aquí un retrato en pequeño del dilatado viaje, resumiendo siquiera las impresiones generales, pues, aparte del aspecto sociológico, la naturaleza entra con blandura engañosa en el alma, ya que no puede ser más pintoresca: pero veda y pone ley para que no se haga, el breve tiempo de que aun debo disponer.

Antepuse a las demás la línea de vapores alemanes, al dar el último abrazo a Australia, porque íbaseme el alma por recorrer las posesiones germánicas de la Melanesia, que hacen ahora su entrada a la vida civilizada y en las cuales cabe todavía procurar saber lo oculto del porvenir de las razas primitivas de Oceanía. He estado en el archipiélago de Bismarck y descendido en su capital Rabaul, el único punto del globo donde se fatiga las selvas cazando el preciado pájaro del paraíso, cuyo plumaje vistosísimo y único, de color oro puro o de matizado azul, es tan codiciado por las señoras elegantes, que se les va el alma tras él; la población es hermosa pero reducida, pues hay apenas un puñado de blancos, vestidos todos uniformemente con traje de brin blanquísimo, que usan sin ropa interior y mudan varias veces al día,

ya que el clima tropical y la penetrante humedad de la atmósfera enfrenan sus deseos de otra indumentaria; en cuanto a los indígenas, hermosísimos tipos cobrizos, no se ponen a buscar los pelillos de la ropa ni se ofenden de las arrugas del vestido, pues tan sólo se acicalan con un reducido taparrabo algunos y los más, ninguno: pero, los hombres sobre todo, se distinguen por darse al cuidado y regalo de su persona con profusión de aros y brazaletes en brazos y piernas, y por la manera de componer su cabello, hacerlo trencillas, enrizados y copetes, acicalándolo con largos peines tallados o plumas vistosas, y poniendo la gala en sus armas variadas; los alemanes han disciplinado una tropa colonial curiosa, y se sirven de ella como de milicia segura: una compañía vino a hacer la guardia al costado del vapor mientras se efectuaba la descarga, y miraba entre ellos unos mozos robustos pero que no se escondían debajo del uniforme, ya que, fuera del consabido paño a la cintura, visten únicamente el cinturón con cartuchera, la gorra militar y el fusil, pues sólo los oficiales se presentan con el peculiar vestido de brin blanco. Después estuve en Nueva Guinea, en la capital Friedrich Wilhemshafen; y de allí fuimos a las islas Carolinas, bajando en Jap; más adelante visitamos Angaur. En toda esa región no es necesario ser gran computista y calculador para ver que los blancos se cuentan con los dedos de la mano, y son los que andan siempre con el timón en la mano, pues dirigen los establecimientos comerciales e industriales, pero la población indígena tan hallada está ya en su nueva vida que resulta fácilmente gobernable: por lo menos en las costas, porque aun no se ha explorado casi el interior de dichas posesiones, habitadas por tribus de caníbales, en guerra constante unos con otros y que suelen poner en aprieto a los poquísimos europeos que intentan reconocer las comarcas vecinas. Conservo en mi gabinete de trabajo una concha recogida en la isla de Siar entre las chozas de una aldea de caníbales, que una expedición militar alemana había desalojado pocos meses antes para tener sujeta la región, y a donde fuimos con el capitán del vapor y algunos pasajeros, en una lancha a nafta, para conocer de cerca la guarida de aquellos indígenas temidos, ya que estaban quitados los estorbos del camino... Es aquella la vida salvaje en todo su esplendor, donde se vive con libertad en cumplimiento de sus apetitos desordenados, pero siempre con la fascinación del peligro constante y desconocido, en medio de razas cuyo idioma difícilmente se alcanza a

dominar, pues cada tribu tiene el suyo, y bajo un clima que gasta y consume por lo terriblemente cálido: causa admiración ver a ese puñado de hombres, resueltos sin vuelta ni rodeos a transformar lentamente esos lugares, avanzando todos a un tiempo con igual precaución al interior, organizando con prolijidad valiosas plantaciones, sobre todo de cocoteros, cuya copra hoy alcanza precios que compensan cualquier fatiga; explotando los fosfatos naturales, pues no es tan secreto su venero que el hombre no lo halle; dominando poco a poco a la naturaleza, cuya vegetación renace con un vigor desesperante en el sitio mismo que se ha limpiado el día anterior, lo que obliga a una labor constante, sin descanso, abrumadora. Pero los alemanes, venidos los últimos a distribuirse por el mundo, han tenido que tomar lo que las otras naciones antes habían desdeñado, y edifican con tenacidad admirable su imperio colonial sobre tan flacos cimientos; a pesar de todos los pesares, luchan encarnizadamente contra tanto obstáculo, hacen sus conquistas y emprenden sus hazañas. Es preciso haber visitado estos parajes para comprender lo heroico de la brega: la mujer blanca se muestra más desesperada, pues todavía no resiste al clima mortífero y la tisis la derriba antes del primer año, y cualquier ventacico la lleva tras su soplo; pero la hermosa samoana, llena de vigor y encanto, aclimatada a esas regiones, se pone tan a los antojos del blanco que está sirviendo de base para la formación de una raza mestiza, la cual será más europea que indígena. He tenido conversación y pláticas con no pocos de aquellos centinelas avanzados de la civilización, y uno de ellos, dueño hoy de una plantación considerable cuya cosecha de copra le representa una fortuna anual, hablando a solas conmigo me confesó que suele dar de vez en cuando un paseo por Europa, pero tan grande es la tristeza que lo consume que siente la nostalgia de la Oceanía, lo penetrante y excitante de su existencia semisalvaje y el estímulo de la lucha misteriosa y sempiterna, cuya pasión con su inmensidad llena todo su ser, de modo que retorna a esas islas perdidas en el Pacífico y sólo allí se considera verdaderamente feliz!

Me encaminé después a las islas Filipinas, desembarcando en Manila, y he quedado asombrado ante la transformación material que la dominación yanqui ha introducido desde que el tratado de París, a raíz de la guerra hispanoamericana, le diera en 1898 la

posesión de aquel histórico archipiélago de las 3.000 islas. Manila es un mostrador especialísimo, por ser el único punto del Extremo Oriente donde la civilización europea y el culto católico, desde fines del siglo XVI, han estampado rastros imborrables: la parte de "intramuros", en la cual queda en pie su histórica muralla, presenta un aspecto medioeval único, y en sus tranquilísimas calles parece continuar viviendo a pata llana la vida de siglos anteriores; sus iglesias son interesantísimas, sobre todo la de los jesuítas, en cuyo interior hay una decoración de madera tallada que es una maravilla de arte. Todo en aquella parte imprime en la cosa sellada la figura del sello de la dominación española, y los norteamericanos deliberadamente han conservado la marca de esa reliquia histórica. Fuera de los bastiones viejos, los barrios filipinos son característicos, con la vida especialísima de su calle Escolta; los típicos "carretones", que sirven para el transporte de las mercaderías; las "carabelas", para llevar pasajeros hacinados en ellas como racimos de uva; y las "carromatas" curiosas, que requieren una destreza especial para treparse a ellas; por doquier el buey filipino, el carabao, resulta el elemento principal de tracción; en cuanto a la población que por las calles circula, aparte del enjambre de chinos y de no pocos hindus, singhaleses, y gentes de las diversas partes de Oriente, se reconocen con toda seguridad las diferentes clases de filipinos, desde el *tao* de la región boscosa hasta el "ilustrado" de la clase superior; estarse quedo una hora en el viejo puente de España, es ver a vista de ojos una verdadera representación cinematográfica, por la variedad enorme de tipos humanos que incesantemente van por allí norabuena su camino adelante. Las casas, construídas con la conocida estera *nipá,* en los barrios de extramuros, no hacen armonía con los edificios de sólido material de la ciudad de intramuros; las tiendas chinas son, al parecer, arcas de Noé, y los vendedores ambulantes se diría forman legión, pregonando toda clase de artículos, desde el característico sombrero de paja hasta dulces del sabor más extraño. El barrio de Binondo es, en esto, filipino puro, con callejas en las cuales dos personas no caben de frente, y que parecen abovedadas por los techos salientes de ambas aceras, como en la calle de los chinos: las tiendas de la calle de Rosario y San Fernando, con los mostradores donde se exhibe la *piña,* son igualmente curiosas. Pero la transfiguración sanitaria norteamericana ha llevado ya a buen puerto su am-

biciosa pretensión, creando hermosísimos barrios modernos, con clubs, hospitales y un soberbio hotel en la plaza de la Luneta, donde la música militar a diario congrega una concurrencia numerosa; algunas avenidas, como la de Babumbayan, son realmente magníficas, y el nuevo bulevar marítimo, de Manila a Cavite, aparece como uno de los más pintorescos imaginables. Todo luce, sin embargo, carácter español y el sello religioso que las numerosas congregaciones católicas le han impreso: el tagalo olvida sus preocupaciones, su "majira", cuando el "padre" lo conforta poniendo fuerzas en su corazón, y vive feliz en sus casas de estera, a cuyo interior puede la vista, desde la calle, llegar de cabo a rabo. Lo que es estupendo, en la rápida mudanza del actual régimen — que no ha economizado para lograrlo — es la red de caminos carreteros, que permiten recorrer gran parte de la isla de Luzón en automóvil con una facilidad tal que ni los de Francia o Inglaterra, tan constantemente cuidados, hacen comparación con aquellos: he ido a Fort Mackinley, por ejemplo, donde se ha dispuesto la fábrica del barrio militar, cuarteles y casas para la oficialidad, y pocas veces habré andado con mayor velocidad, aparte de lo pintoresco del paisaje y de lo interesante de las aldeas indígenas que se atraviesan, en las cuales hormiguean las criaturas, y donde las mujeres, de aspecto resuelto y de mirar desenvuelto, parecen desempeñar el papel prominente. De las alturas del barrio militar se domina un panorama espléndido de la ciudad y del puerto: siempre la memoria me está representando haber presenciado, desde el punto citado, una puesta de sol sobre la bahía, que constituía uno de los espectáculos más hermosos y de una singularísima melancolía, en esa hora, siempre emocionante, del crepúsculo vespertino, al desaparecer el sol tras los altos picos de las montañas, colorearse de púrpura y oro el firmamento, y extenderse sobre las aguas silenciosas el manto augusto de la noche que se aproxima lentamente... No creí que Manila pudiera ejercitar una seducción tan grande, ni que brindara con un interés tan subido y tan singularísimo su vieja ciudad de intramuros, que quise andar al sabor de mi paladar, y el eco todavía responde al extraño sonido de mis pasos sobre el pavimento en el letargo profundo que constantemente reina en aquellas calles, a primera vista sin habitantes, durmiendo un sueño fantástico, como si todo estuviera en catalepsia y los pocos seres con que se tropieza se mo-

vieran automáticamente en un ambiente de otras edades, ajeno a la realidad o producido por la ilusión traicionera del opio o del haschich: se diría que hacen vueltas las gentes con aire de sonámbulos. En cambio, en extramuros, sobre todo a la hora del cierre de las fábricas tabacaleras, levanta polvareda una turbulenta invasión de gentes, principalmente de alegres muchachas filipinas, que parecen bien, muy rebien, con su blusa almidonada y de forma arcaica por sus mangas amplias y durísimas, con el *jusi* y la *piña* y el *sinamay* que, para ellas, están sobre todas las cosas: y es de ver su jovial contento — que no deja quejoso con razón a nadie — en los curiosos "bailujos", que tratan de atajar a uno apenas se han dado dos pasos...

De allí enderecé el camino a la posesión inglesa de Hongkong, largándome nuevamente a la mar en el vapor *Thongwa*. Inglaterra ha convertido aquel punto en uno de los lugares de más intensa vida comercial y en morada donde con gusto se viva, y en centro donde se descanse, pues es una de las ciudades más bonitas, más pintorescas y llena de atractivos: la bahía, espaciosísima, tiene gentil hermosura, y la ciudad, edificada en las laderas de colinas que apenas permiten un par de calles horizontales y hacen de las demás lindísimas sendas que suben y bajan, y parecen empinarse sobre la coronilla de las estrellas, o caminos con escalones y zigzags, tiene forzosamente que ser recorrida en palanquín, y los coolíes por doquier van corriendo a más y mejor para ofrecer ese cómodo medio de transporte: el trepar al jardín botánico, en esa forma, constituye un paseo delicioso. Las calles principales, sobre todo Queen's road y Des Vœux, tienen un extraño aspecto británico y chino combinado, mientras que el barrio netamente chino saca a luz los misterios de la vida del celeste imperio. En cambio, se sube como con alas de viento al Victoria peak en el tramway de cremallera; el Jubilee road es un lugar de ensueño, a propósito para fabricar en el aire vanas esperanzas; y sólo al volver nuevamente a la parte central, los letreros colgantes y salientes de cada casa dan a entender que es chino el núcleo de la población, además de ser frecuente tropezar en plena calle, a guisa de escarmiento, con chinos ladrones o malhechores acomodados en el suelo, con los pies y manos en el cepo y un gran letrero en signos chinescos sobre el pecho: detrás, un soldado sikh representa la autoridad inglesa que ha impuesto la pena y ejecuta el su-

plicio en lugar público; y los demás chinos — con o sin trenza, pues ya aquí se nota que hacen de esto cuestión política — contemplan el espectáculo con el ojo indiferente de quien a ello está habituado desde niño y por más pesada que sientan la mano del juez. Para mí fué esa la primer visión del régimen chino y no se hartaban mis ojos de mirarla, por ser un gobierno europeo quien adoptaba procedimiento semejante. Eso, los palanquines y los jinrickshas, — livianísimos tilburies que corren ligerísimamente, arrastrados al trote de coolíes infatigables — insinúan el carácter propio del Extremo Oriente.

Y tan es así, que de allí me dirigí a Cantón en un vaporcito, entrando en el río de la Perla y desembarcando en un típico *sampan,* para dar la vuelta otro día por ferrocarril hasta el barrio inglés de Kowlong, situado frente mismo a Hongkong, del otro lado de la bahía. En Cantón cogía la hebra de la China; en el río, cuajado de millares de juncos y sampanes, tiene su vivienda una considerable población flotante, que allí vive y duerme; en la ciudad misma hormiguea un millón de habitantes en sus calles angostas y llenas de industrias, pues aquél ha sido el centro comercial del país, y todavía hoy es la ciudad más industrial y de vida más intensa de la costa del Pacífico asiático. No fué el barrio europeo — por hermoso que sea — en lo que más entretuve y cebé la curiosidad, sino la ciudad misma, con sus mil templos y el variadísimo espectáculo de sus calles: días enteros gusta uno de pasear holgazaneando, columpiado en palanquín por dos vigorosos coolíes, y andábame vagando a la flor del berro por los barrios populosos, entrando en sus innumerables negocios, deteniéndome en aquella típica calle Ha Gao Pao, donde instan con halagos las tiendas de las sederías más delicadas y escogidas; en la otra calle Sai Loi Tso Té, donde ponen asechanzas los negocios de muebles negros con incrustaciones de nácar y mármol; en la Dai Sann Gei, que trastorna con la tentación de sus marfiles, curiosidades y piedras preciosas; en todas partes la muchedumbre es compacta, rumorosa, y despidiendo un conjunto de tufos y hedores, de que resulta un olor intolerable que atemoriza la respiración y se pega de tal modo al viajero, que éste se siente desfallecer en aquel mundo especialísimo, de una vitalidad extraordinaria y del aspecto más pintoresco imaginable. Aquí el mando tuvo y el palo, el llamado partido republicano chino, que encabeza

el enérgico médico Sun Jat Sen, y, como signo exterior de la tendencia reformista, la población ha cercenado, con una gentil tijereteada, sus largas y características trenzas: de aquí partió la revolución que, obrando prodigios de valor y portentos de bizarría, derribó la secular dinastía mandchu. Y es ésta una ciudad profunda y típicamente china, y ha fundado instituciones que demuestran en verdad es exponente de aquella cultura, como su soberbio templo de los 500 ídolos, la típica pagoda de las flores y la singular casa de los muertos, donde, en pequeñas capillas funerarias, es costumbre conservada antiguamente que se depositen los restos de la gente pudiente, la cual les sirven constantemente manjares y los regalan con ofrendas, hasta que el adivino sagrado indica el lugar y momento de enterrarlos en algún sitio del campo, obligando a demostraciones de lutos costosos, lo que explica como las campiñas chinas se encuentran esmaltadas de tumbas, que siempre respeta el labrador al romper la tierra: en aquella casa de los muertos se ve a los lamas budhistas, en el traje blanco de duelo, recitar en alta voz preces que leen en libros manuscritos, y a su lado hay vendedores de toda clase de objetos de papel, como flores, figuras, vasos, etc., que los deudos compran para colocar al lado de los cadáveres. Pero el templo cantonés más característico es el Sing Wong Min, "templo del terror", que da muestras de la gloria celestial con sus pinturas murales curiosísimas, en las que se descubre la ira de Dios con todos los tormentos del infierno budhista, y en cuyo rigor y variedad la fértil imaginación del artista chino ha puesto con sus colores en perfección las escenas más indescriptibles, los refinamientos más sutiles de crueldad, dejando pálido cuanto el Dante ideó de más espeluznante en su *Divina Comedia.* Ahora bien: introduciéndose en los templos y los yamens o andando por las calles y entrando a las casas de venta, se pone atención en una cosa: la hartura y contento de las gentes, por más sórdidamente que aparezcan vestidas; la ausencia absoluta de ebrios, y una especie de alegría ruidosa y comunicativa; se diría que andan baldíos, mano sobre mano, por la ciudad; todos parecen satisfechos con su existencia y si, del punto de vista pintoresco, la visible desaparición de la trenza llama aquí la atención, en cambio las mujeres no han podido transformar sus pies ridículamente prensados y que las obliga a caminar como si se valieran de piernas de palo, llevando a peso de plata los pasos que mueven; cierto es que ahora se ha prohibido se deforme así

a las niñas, pero no se puede modificar el "lirio de oro", — como el poeta chino llama al pie anquilosado — de las mujeres formadas, que cifraban antes en esto su coquetería, como las señoras occidentales parecen asentarla en comprimir el pecho con el corsé europeo; pero todos, hombres y mujeres, son de baja estatura, de cutis amarillento, descubriendo sus ojos antes de tiempo que son solapados mercaderes y nada dormidos. El guía me hizo andar yendo y viniendo por los diversos talleres donde el afamado artífice cantonés talla maravillosamente en el marfil una serie increíble de figuras y labra, muy de su mano, objetos de una curiosidad tal que se diría constituyen piezas de museo; los de los habilísimos bordadores de telas preciosas, que sacan de un dechado muy primorosa labor; los que con las plumas de ciertos pájaros hacen trabajos de una delicadeza inaudita, dejándolos iguales y perfectos; el hecho es que el viajero queda medio corrido, medio atolondrado, y es menester sacar fuerza de flaqueza para resistir a la tentación de comprar y comprar, a precios que parecen ridículamente exiguos, los objetos más fantásticos y los artículos más perfectos.

No puede ya crecer el recuerdo sumamente simpático que de Shanghai conservo: los días pasados allí tuvieron la virtud de darme a entender que es aquel uno de los lugares más hermosos del mundo entero, porque la parte europea — el grupo de las concesiones inglesa y norteamericana, y el de la francesa — ha sido puesto tan lucido y en buen orden, con una perfección tan extraordinaria y con servicios públicos de vialidad, iluminación, paseos, etc., que se realizan con precisión tan admirable, debido a la emulación internacional, que puede decirse osadamente y a boca llena que aquel es un modelo edilicio como no existe en Europa misma. La calle marítima del Bund y su continuación, el quai de Wampoó, es simplemente espléndida; el Foochow road reune los negocios más lujosos, iluminados por la noche con una profusión de la que no se tiene idea, y haciéndoles compañía las casas de comida y de te, en las cuales cantan las famosas "Sing-song girls", de manera que hay un concurso de gente que va de un costado a otro, deteniéndose mucho en teatros, y tiendas, cafés y fumaderos de opio; el famoso Maloó, que es una avenida típica, y el Bubling well road, conducen por los barrios de quintas y villas, habiendo cada cual rivalizado en construir una vivienda que sea una joya arquitectónica y en cuidar jardines tan bellos,

que se detiene el paseante a contemplarlos. Los clubs se envanecen de su confort y lujo, al lado de los cuales los más afamados del Pall Mall de Londres empalidecen: los que he conocido — el alemán del club Concordia y el inglés del Shanghai Club — son de primer orden. He asistido a carreras en el magnífico hipódromo del Bubbling Well road, que pueden parangonarse con las inglesas de Ascot o con el despliegue de elegancia que caracteriza a las francesas de Longchamps; y en el Astor House me parecía encontrarme en el hotel más *swagger* de la capital más exigente. Shanghai es un lugar donde se ansía vivir, tan magnífica es la planta urbana y tan refinada es la existencia. Por supuesto, al lado de la parte europea está la ciudad china, con su dédalo de calles que reproduce la impresión inolvidable de Cantón... No he escrito en el agua — porque he perpetuado, en una curiosísima placa fotográfica, el cuadro instantáneo producido — la memoria de cierto paseo en automóvil por allí: el chauffeur, que era muy diestro, blasonó de poder aventurarse en los barrios chinos, por más que temía el alboroto consiguiente, pues jamás se había hecho tal cosa; picóme la curiosidad, y por más que creyera que aquello era más bien bravear y hacer locuras, lo alenté y enardecí con el resultado de que se lanzó despepitado a las angostas calles chinas, echando a volar atrevidamente a la gente que acostumbra llenar la calzada, y causando terror y espanto en los vendedores de toda clase de objetos, cuyos mostradores volantes, colocados en las aceras, se veían amenazados por el monstruo de nafta; a poco andar se golpeaban unas cosas con otras como si hubiera estallado una revolución, pues clamaban atropelladamente todos, pero sin hacer cara al enemigo inesperado, hasta que, malgrado la habilidad del conductor, nuestro auto entró de rondón en una encrucijada en la cual no podía ni avanzar ni retroceder... Se presentó entonces un agente chino de policía, según declaró serlo — descalzo, de aspecto bonachón y sin gran solemnidad — y, en inglés champurreado, con nosotros, el *pidgin english* del Extremo Oriente, y en chino voluble con el gentío que nos rodeaba, trató de explicar y sacar de este aprieto a la situación, que comenzaba a tornarse peligrosa: fué en ese preciso momento que se tomaron varias fotografías, tanto de adentro como de afuera del automóvil, en medio de la curiosidad de las gentes, que se acercaban a examinar el auto o la máquina fotográfica, pero con sosiego y calma, comentándolo todo entre

ellos y atendiendo a las exhortaciones del agente, nuestro improvisado protector: fué obra muy dificultosa salir del apuro y regresar al barrio europeo, con el jocoso epílogo de que, al dejar la parte china y despedirse de nosotros el policiano imperial, echando a rodar la honestidad, sencillamente nos pidió su propina por el servicio prestado...

Debía ir como de molde por ferrocarril a Nanking, la antigua capital de la parte sud del celeste imperio. En esta ciudad desaparece ya la singular nota de los barrios europeos, como si súbitamente se los sorbiera la tierra: a pesar de ser puerto abierto al comercio internacional, apenas se permite residir allí a un centenar de extranjeros y el Bridge House Hotel toma un carácter muy distinto del de los hoteles de Shanghai. Siendo aquél el centro intelectual de China, por sus librerías y su universidad, hallé establecida una curiosa práctica: la de conceder a los estudiantes, como privilegio, que sean los únicos que sirvan de guías a los poquísimos viajeros que hasta allí se aventuran, con lo que se les hace fácil y llevadero practiquen el idioma extranjero que aprenden y, al mismo tiempo, trazan y ordenan con toda perfección sus conocimientos históricos y literarios al mostrar los diversos institutos y templos, y explicar su significado. El estudiante chino que llevé por compañero hablaba pasablemente el inglés y satisfizo a la demanda cumplidamente con una erudición a toda prueba, pues daba respuesta concluyente y con lujo de detalles a mis numerosas preguntas, comentando sutil y eruditamente las ruinas del barrio mandchu, las tumbas de los reyes de la dinastía Ming y el singular simbolismo de la "avenida de los espíritus" que a ellas conduce y se encuentra flanqueada por enormes estatuas de piedra, representando animales de toda clase y mandarines con diversos trajes: ardían llamas de amor en su pecho por la historia de su país, y, desde lo alto de la construcción elevada por el emperador Tsaitien para la conmemoración anual del gran fundador de la dinastía Ming, formó con breve relación un retrato perfecto de la suerte de ésta y las pasadas glorias de Nanking, en términos de verdadera elocuencia. Me acompañó después al enormísimo edificio donde, en millares de celdas, venían periódicamente a enclaustrarse más de 20.000 aspirantes al mandarinato, para sujetarse a los complicados exámenes que debían darles derecho al codiciado título: allí, en uno de los pabellones altos, tomamos nuestro lunch mientras me exponía las peculiaridades de

aquella institución china que, para cada función pública, exigía un previo examen y sólo acordaba ascensos a los más competentes... Llevóme después a conocer las industrias locales, sobre todo la del género "nankin", tan conocido en el mundo entero, haciendo que todo lo cerrado a nosotros se franqueara; y como por doquier íbamos dando tumbos con ruinas, pintó de pies a cabeza, lenta pero expresivamente, desde el cuadro de la terrible rebelión de los Taipings, que destruyó en parte la ciudad a mediados del siglo pasado, hasta la última revolución llamada republicana, que estableció en aquel punto la sede del gobierno provisorio y tuvo la ciudad que pasar por todo y sufrir especialmente porque allí se desarrolló una lucha encarnizada. No podía imaginarme yo, ni aquel estudiante podía tampoco sospecharlo, que pocos meses después otra nueva revolución de las provincias del sud contra las del norte tendría su desenlace en nuevas y sangrientas batallas en Nanking y causaría nuevos estragos y ruinas: la fortuna se le ha mostrado enemiga y contraria.

Deseaba costear el famoso río Yangtsé, rival del Amazonas y del Missisipi: por eso, de Nanking preferí la vía fluvial hasta Hankau y me embarqué en el vapor *Kiang-yu*. Los días que duró dicha navegación, comparable en ese trecho a la del Rhin por los recuerdos históricos de poblaciones y ruinas a ambos costados, y por las bellezas naturales del trayecto, han quedado atravesadas en el corazón para siempre: ningún momento cesaba ni descansaba de admirar el paisaje y el capitán, un inglés comunicativo, — la murmuración de a bordo le adquirió el título de mala lengua — cuidaba de llamar mi atención hacia los lugares más renombrados, sobre todo en Siaskushan, que es una altísima isla de granito, en la cima de cuyo monte hace la coronación una elevada pagoda, la cual, por estar erigida en una de las vueltas más pintorescas del río, a todas partes parece ha de mirar. Bajamos en Kiuchiang, porque estaba yo interesado en adquirir, como recuerdo, alguna pieza de la cercana manufactura de porcelana de Tschinteschen; visitamos después los diversos lugares donde el vapor atracaba, pues todo se le iba en hacer paradillas, y cargábamos chucherías de todas las poblaciones, admirando su incesante actividad y las variadas industrias de sus bazares. Por fin arribamos al deseado Hankau y, al gozar del descanso y quietud del Hotel Boemer, alcancé a descubrir un reducido suburbio europeo, colindante con la inmensa ciudad china, siendo ésta en

realidad tripartita porque sus barrios se derraman por los dos otros costados del río, que allí se corta por medio y une con el río Hankiang, de modo que Hankau, Wutschang y Hanyang, componen una masa de población que pasa del millón y medio, morando la comercial mayorista en la primera, la comercial minorista en la segunda, y la de funcionarios administrativos en la tercera: la concentración de diversas vías fluviales convierte aquel punto en un foco activísimo de movimiento comercial, pues hasta él arriban transatlánticos y las embarcaciones de cabotaje de las más ricas regiones del imperio, lo que ha centralizado allí principalmente el comercio del te, que los rusos parecen haber logrado monopolizar. En la ciudad china fuí invitado al curiosísimo club de la corporación Shansi, al cual pertenecen los banqueros de dicha provincia, y pude conocer el templo venerado del dios de la guerra Kuan-ti: por lo demás, el mismo dédalo de calles angostísimas, la misma multitud de gente por doquier, e igual multiplicación de negocios de todo género.

Como no podía perder un punto de tiempo, me fué imposible seguir mi inclinación de continuar por el río Yangtsé hasta las grandes cataratas, y tuve a pura necesidad que tomar el tren a Pekín, en el nuevo ferrocarril recientemente construído y que atraviesa de N. a S. la parte central del imperio. Eramos varios los pasajeros que debíamos partir por el expreso semanal del viernes para llegar el domingo a Pekín: el tren salía a las diez de la noche y, como cada ricksha no conduce sino una persona, resultó que andábamos a la hila, con un trotecito algo picarillo, formando una caravana sumamente pintoresca porque cada coolíe llevaba un farolito chinesco de colores y, como son de velocísima andadura, parecía la nuestra una procesión fantástica al recorrer las calles sin alumbrado en dirección a la estación... Deploro carecer de tiempo para poder referir con particularidad las peripecias del viaje por ferrocarril, pues la región atravesada es característica: es la llanura de la famosa "tierra amarilla", de una fertilidad asombrosa y que viene llevando la carga de la repetición de cosechas sucesivas desde innumerables años atrás, sin mostrar señales de cansancio ni de agotamiento: esa capa de *loess* tiene centenares de pies de espesor y ha venido acumulándose durante siglos, formando una planicie inmensa y que imprime su suelo amarillo al país entero, pues por eso adopta ese color como epíteto y sobrenombre, y así se ufana de su río amarillo, su empe-

rador amarillo, y hasta su bandera es amarilla; a ambos lados de la vía, toda la población que pasábamos tenía las paredes amarillas, y el aire mismo parece amarillo con el polvo! Ya entonces se perfilaban los prodromos de la lucha política entre el presidente Juan-shi-kai y su partido conservador, y Sun-Jat-Sen y su fracción reformista, con mayoría en el flamante parlamento chino: el primero, apoyado sobre todo en las provincias del norte, más imperialistas que republicanas; el segundo, en las del sud, más republicanas que imperialistas; a fin de ganar por la mano al otro y en previsión de los sucesos que luego se produjeron, el primero despachaba tropas hacia el sud, que venían enhiladas en largos convoyes militares, monopolizando casi todo el material rodante disponible y constriñendo a nuestro tren expreso a prolongadas demoras en casi todas las paradas, y a las que, quisiera o no, hubo de condescender; como el malestar político había trascendido a las poblaciones rurales, ese recelo frívolo y miedo sin causa sacaba a todos de su quicio, provocando una concentración inusitada de gentes en las estaciones, y se habían dejado guarniciones en guarda de las mismas: los que afluían a éstas querían entrar de hoz y coz en cualquier convoy para huir, y cometían la animosa temeridad de asaltar aun a los trenes de carga, sin pensar en boleto y sin que los guardas del ferrocarril ni la fuerza pública pudieran impedirlo, tal era la avalancha humana de hombres, mujeres y niños, que abría las puertas de los vagones, falseaba las llaves y quebrantaba los candados. Y era tal el terror con que atropellaban que no se les ponía cosa delante, y los he visto treparse como moscas a los techos de los coches, ubicarse en los intersticios de la carga y aun colgarse de las cadenas que unen un vagón al otro: preguntándole yo al inspector de nuestro tren — que era un belga muy atento — cómo podría impedirse el desastre que un movimiento cualquiera del tren de carga tenía que producir, arrojando al suelo a muchos de aquellos infelices, a quienes aquello los traía atontados y locos, me respondió que eso sucedía a diario y que nadie se preocupaba de ello, porque era tan enorme el número de habitantes y tan absoluto el desdén por la vida, que tal cosa carecía de importancia... Me tocó, en efecto, ser testigo de una de esas temidas arrancadas de raíz de un tren de carga y ver rodar por el suelo, entre las ruedas, a varios chinos — sin poder distinguir la diferencia que hay de uno a otro, ni si eran hombres o mujeres, pues su traje es idéntico —

todos los cuales fueron molidos, quebrantados y hechos pedazos, sin lanzar ellos ni un grito y sin que los demás tampoco dieran voces. Estoicismo, sin duda, pero que denota una impasibilidad llevada a su más extremo grado: ignoro si vencen con la razón el dolor, pero demuestran ser absolutamente indiferentes; o — y esto no me atrevo a afirmarlo — como locos y sandios no miran el peligro.

En Pekín me alojé en el Hotel des Wagons-lits, cuya espléndida construcción es ornato y hermosura del barrio de las legaciones, y brinda con todo el lujo y comodidad de los primeros hoteles europeos: la costumbre inglesa de mudar de traje caballeros y señoras para comer, da un aspecto de fiesta perpetua a las reuniones de la noche, pues nadie se desenreda de la ocasión ni sale ya a esa hora, viniendo a la casa con gran priesa artistas hindús, japoneses y otros, para dar muestras de las habilidades más increíbles como funámbulos, prestidigitadores y encantadores de serpientes. Es aquella la ciudad quizá más interesante del universo entero, y sus actuales divisiones de ciudad tártara, imperial, prohibida, exterior, etc., con sus murallas que las separan materialmente, muestran el secreto de un régimen al cual el nuevo estado de cosas va dando zancadillas: se sostiene que no pocas de sus calles son sucias y están sin pavimentar y que, en ciertos barrios, el hacinamiento de viviendas es extremo, pero cuando se contempla la ciudad desde lo alto de la "torre del tambor" o de las murallas que circundan el barrio de las legaciones, por los ojos se ve que en realidad es un conglomerado de jardines, pues casi cada casa es dueña de un espacio dedicado a jardín o huerta, en lo que quizá se halla la razón de la extensión enorme que exige este millón de almas, que nunca dice: esto me basta. Más todavía: se comprueba que casi todas las casas son de un piso; se echan de menos las chimeneas de cocinas y si se mira con cuidado y atención parece como si la mayoría de las gentes tuviera la bucólica en las cocinerías ambulantes que, en plena calle y con hornillas portátiles, constantemente están preparando manjares a cuyo olor se diría resucitan los muertos; mirando con particular atención las ventanas, se observa que no hay vidrios en las aberturas y se conoce de lejos que se pega una hoja de papel delgado, para dejar pasar la luz e interceptar el viento; los techos son de teja o de paja; se descubre fácilmente la antigüedad de los solares y las residencias más acomodadas no pueden divisarse

desde la calle porque están protegidas por un alto muro, detrás del cual se hallan a la mano los jardines y los pabellones; se alcanza a ver aun desde lejos que la limpieza de las casas no es muy exagerada, y queda descubierto y manifiesto que una vez construído un edificio no lo reparan ni cuidan, pues las paredes y techos parecen a la vista de todos con un visible aspecto de abandono, y en las huertas y patios se traslucen las vislumbres horrendas de montones de basura o de objetos rotos y usados; por doquier se repara en las calles los arcos denominados *pailos,* que perpetúan la memoria de cualquier hazaña o acontecimiento público o privado. Es preciso, por otra parte, andar en ricksha, y los coolíes que las arrastran con presteza y resistencia singulares, son de una destreza única, pues, sin moderar su trote habitual, orillan los pantanos, cruzan por donde se creería que la más experta mula no lo haría, y el viajero, suavemente mecido por aquel movimiento rítmico al cual pronto se acostumbra, columpiándose el cuerpo con vaivenes, a lo de vas o vienes, olvida que es un ser humano quien así lo lleva y tira. Atravesar los umbrales de los barrios de negociantes de curiosidades y ser conducido como de la mano, al través de callejas, zaguanes y corredores, a los diferentes negocios de toda clase de artículos, desde los trajes bordados hasta el *cloisonné* afamado, bien valido lo vale: esta última industria tiene talleres notabilísimos, como el situado en la calle Lao Tien Li, donde ninguno de los detalles de la fabricación, en todos sus estadios, se pierde de vista, y maravilla la seguridad, la limpieza y perfección, con que se dan buena maña con su trabajo; hay una calle especial de bazares, la Ta Shi Lai, que tiene méritamente granjeada gran fama y por sí sola es digna de una visita a Pekín, tal es la extraordinaria cantidad de objetos maravillosos que pueden allí encontrarse a vil precio: he presenciado una venta en remate de porcelanas antiguas y por lo que me transmitía el guía deduje se concertaban en desaforado precio, pero las piezas, algunas de las cuales pude considerar de cerca con atención, eran realmente espléndidas por sus colores y dibujos, y se preciaban de provenir de los reinados de Kang Hsi y de Chien Lung; también fuí, llevando siempre al guía por compañero, a las ferias al aire libre cerca del templo Lung Fu Si, donde centenares de negociantes sacan a vender a la plaza y ponen en pregón toda clase de artículos; en la ciudad china, al lado de la tártara, las tiendas de sederías y de curiosidades pare-

cen atravesarle a uno el pie para que caiga y le trastorne la tentación. El espectáculo de las calles es tan lleno de interés, que en sólo un paso se detiene uno muchas horas; en la muchedumbre variadísima que camina por doquier a paso tendido, así como en un lienzo blanco cualquier mota se pone, destácanse los chinos ricos, pues, como signo visible de que pertenecen a clase acomodada, llevan jaulas de pájaros en la mano o en la de un coolíe, demostrando así que pueden hacer de su capa un sayo, disponiendo de tiempo sobrado para sacar a pasear a sus pájaros, sin temor de que se les vuelen... Las mujeres, por su parte, tienen otra manera de ser y se diferencian por sus trajes, pues la de raza china pura lleva la peor parte, ya que tiene sus pies deformados, anda como quien va sobre espinas, a veces apoyada en un largo bastón, está siempre ataviada con traje corto y se ve su pantalón atado en el tobillo, componiendo un peinado en que los cabellos aparecen recogidos en la nuca en forma de cola de urraca; mientras que la de la raza mandchú puede traer cuanto se le antoje debajo de su traje largo, que alcanza hasta los pies, y anda con los cabellos arrollados alrededor de una pequeña tablilla de madera colocada en lo alto de la cabeza; parece como si el color nacional, para los trajes, fuera el eterno azul, desde el azul obscuro del nankín de algodón común, hasta el azul claro de los trajes de lujo y seda — como era invierno, muchos llevaban sus vestidos de seda adornados de pieles — y esos trajes se abren por el costado, pues vi así a una desabotonar el suyo; pero todos, hombres y mujeres, son altos, de buenos colores y de mirada desenvuelta. Pude escudriñar las cosas más escondidas de las diversas ciudades, embutidas la una en la otra, hasta la prohibida, donde se hallan los palacios imperiales, con lagos hermosísimos y pagodas asombrosas, y su "colina de carbón" famosa. Los templos son únicos: el del cielo, con su edificio central coronado — como se ciñe a un vencedor las sienes — por un enorme botón dorado, que de todas partes se ve, y recubierto por tejuelas de porcelana vidriada de un azul obscuro singular, es uno de los más curiosos: pero, desde el advenimiento de la república, se viene derriscando y quebrantando el esplendor que le diera la costumbre de trasladarse allí el emperador, con la corte, a invocar a sus antepasados y pedir ayuda y socorro al cielo mismo; para llegar donde están, tanto este templo como el de agricultura, es menester atinar con su huella en medio de grandes par-

ques cercados de muros. Sería imposible aquí rastrear siquiera el número de todos los templos, por más algunos tengan mucha vena para decir, como el de Lama, donde hay un enjambre de sacerdotes budhistas y reside "el Budha viviente"; o el de Confucio, con sus grandes estatuas sobre tortugas de piedra — la tortuga, que se hace topadiza por doquier, es uno de los cuatro animales sagrados de la China; — "la pagoda de la botella", que parece estar tapada por una especie de gran paraguas; el templo de la tierra, donde anualmente la dinastía imperial alababa a la majestad divina con grandes ceremonias... Esta ciudad es abundantísima y exuberante y rica en leyendas y recuerdos relativos a cada templo, palacio o monumento: no podré olvidar el interés con que, al estar cerca de sentirse las 8.30 p. m., — hora en que el guardián de la "torre de la campana" debe tocar a ésta, — abría emocionado los oídos para oir ese maravilloso sonido, que muda los tonos alegres en tristes, y cuya pureza singularísima se debe a que, al fundir el metal, se precipitó en él, como piadoso sacrificio filial en aras del éxito buscado, la hija del fundidor, despeñándose sin volver más en sí y sin que de ella quedara rastro alguno, pero, como el premio sigue al filo de la muerte, su cuerpo, por extraña amalgama con el metal, ha dejado enriquecido y ennoblecido a éste con una resonancia única en el mundo... He hecho una visita a esa maravilla que se llamó palacio de verano y que hoy, en medio de sus ruinas, llena de estupor y éxtasis con sus jardines, sus construcciones y la variedad inmensa de toda clase de refinamientos: en la típica y florida fraseología china se comprende todo esto debajo del nombre de "la montaña de las 10.000 edades", y no se economizó gasto para que hubiera en él con eminencia las gracias y dones, cuanto de hermoso se pudiera concebir: existe allí, en una altura desde donde se extienden los ojos a un vastísimo panorama, edificado en la ladera misma de la colina y escondido entre artístico y tupido boscaje, como si buscara rincones para morar consigo a solas, un pabellón precioso, cuya conservación es admirable y en el cual acostumbraba la emperatriz ir a tomar el te, no apartándose jamás de su lado sus damas favoritas, y aquel sitio ideal, que la imaginación fácilmente puebla de mentiras con las escenas más fantásticas, y que ningún extraño podía antes pensar en contemplar de lejos siquiera, dada la etiqueta extraordinaria de la corte, hoy se huella con mucha gala y lozanía, y puede allí so-

fiarse despierto con lo pasajero de las grandezas del mundo, cuando en este imperio secular y con una dinastía que parecía inconmovible hace apenas un par de años, ahora no queda rastro de nada reservado y al misterio se lo lleva la avenida con ímpetu furioso; pero, con todo, es un admirable lugar para dejar correr libremente a la "loca de la casa", y tener envidia del arte infinito con que los monarcas chinos supieron tomar los puntos más hermosos que tenían, para descansar y quizá para soñar!

Uno de los recuerdos más vivos que tengo de Pekín, es el de haber asistido con gran frecuencia a su primer teatro, el Wen Ming Cha Juan, único al que pueden ir mujeres y donde se ve a personajes con sus familias; mi guía chino resultó muy entendido en achaques de bambalinas y le lucía lo que sabía; me conducía temprano, pues la representación comienza a las doce del día y termina a las nueve de la noche, y salía por fiador de que se daban piezas muy interesantes. La parte destinada al público está distribuída en compartimientos cuadrados horizontales, pues no hay sillas y cada cual se acomoda a su gusto doblando sus piernas, y se ponen a tomar te y a fumar; el escenario está algo elevado y en él no hay tras que andar a la rebusca de decoraciones, pues no las hay, pero se sitúan los músicos a un costado, porque hay frecuentes cantos. Las explicaciones del guía me permitían seguir facilmente las diferentes piezas, pues apenas se ve el fin de una se oye un agudo sonido de címbalo y comienza la otra sin entreacto alguno, pero, como si los actores tuvieran una cortina y velo delante, van por turno adentro para cambiar sus trajes y al mismo tiempo la concurrencia deja de ser lo mismo que era, renovándose parcialmente como si fuera un teatro por secciones. Muy presente tengo que una de las piezas, según se me dijo de pe a pá, se componía de un prólogo, en el que se exponía el argumento, y de 4 actos: en el primero, se desplegaba la metáfora que lleva el texto, en el segundo y tercero, la acción se desenvolvía y el tema llegaba a su madurez, y en el cuarto vino el desenlace, que terminó con el castigo y expiación del crimen. Los actores — pues no hay sino hombres, siendo las partes femeninas desempeñadas por aquellos — arrojan en sus hombros gran peso de trabajos y son de una resistencia formidable: verdad es que, de tiempo en tiempo, aparece un coolíe en las tablas con tazas de te y cada actor cobra así más ardiente vigor, pero, — me decía mi guía — el público sabe que, para medir los puntos del humor

que calza, debe considerar al sirviente como invisible; en una escena, en que entraban en la representación militares, apareció una tropa de caballería pero sin caballos y sólo con látigos, imitando la acción de montar y desmontar para que la ilusión fuera perfecta y pintara mejor las cosas que vió en la imaginación. Los trajes son riquísimos y con bordados que me parecieron admirables: se me dijo que en este punto se suma y compendia todo el lujo de cada actor. El público mira y oye con suma atención, estando siempre muy en sí; fuera de la parte dividida en cuadros, hay otra abierta, donde se da franca la entrada al pueblo. El espectáculo era para mí sumamente interesante porque equivalía a una pantomima, desde que no entendía con comprensión y claridad lo que se decía o cantaba, pero la perfección mímica de la representación era tal que podía hacer concepto cabal del argumento y engolfarme en su desarrollo, aun sin las explicaciones oficiosas del guía. Y como éste hay una serie de otros teatros en Pekín: mas, en toda ciudad china las funciones teatrales son constantes, porque las compañías sólo tienen que confiar en su indumentaria y de la misma penuria saben hacer caudal para quedar airosos, desde que todo lo demás está suplido por la imaginación del auditorio; pero acontece que ese amor al teatro es uno de los grandes medios educativos, pues siempre los argumentos son sacados de la historia imperial y como el pueblo bajo goza del privilegio inmemorial de asistir gratuítamente, se empapa de las tradiciones y leyendas nacionales.

Por más que lo deseo, debo aquí romper el hilo de mis recuerdos de Pekín y renunciar a hacer descripción de mi pintoresca excursión a la gran muralla, — que es una obra colosal y por la cual, en el camino de Nanku, he dado pasos muy medidos y compuestos, como si fuera una ancha avenida, — pues mi conferencia va convirtiéndose en una representación de teatro chino, que comienza a mediodía y termina al anochecer... Tomé allí el lujoso tren que va a Mukden, para unirse al transiberiano que lleva a San Petersburgo, París y Londres, pero se me puso en medio como muro la ciudad que fué teatro de las más heroicas batallas de la reciente guerra ruso japonesa, en aquellos sangrientos meses de comienzos de 1905. Desde el Yamato Hotel he querido andar al sabor de mi paladar el campo de batalla, en el cual no ha habido señaladas mudanzas, y he visto, ya construído, el sencillo pero elocuente monumento que a sus muertos ha elevado

el Japón: estaban los rusos haciendo otro tanto con los suyos, pero su monumento es mucho más rico y elaborado. Por más que las autoridades sean nominalmente chinas, esta parte de Mandchuria está en la zona de influencia japonesa y la intervención de éstos es en todo visible. Aparte de lo típico de la ciudad, el antiguo palacio imperial de la dinastía mandchú guarda debajo de llave y sello tesoros valiosísimos: entre éstos, una colección de porcelanas que es una maravilla por lo abundante, completa y por su estado de perfecta conservación.

Subí en Mukden al tren de la Mandchuria sud, recientemente entregado al servicio público y, por Antung, fuí a la península de Corea, que atravesé de N. a S. deteniéndome varios días en la capital Seoul; la independencia coreana de entre las manos se les ha escapado y ahora es una simple colonia japonesa, pero se emprende la peregrinación de aquel país con simpatía profunda, pues su población, de un temperamento tranquilo y triste, parece llevar en su aspecto el luto resignado por su reciente decapitación internacional y sufre con paciencia la vara del rigor. Desde que se penetra a Corea quédase absorto de ver la uniformidad de la vestimenta: las clases comunes van vestidas de blanco y sólo las superiores pueden emplear telas de color, no percibiéndose casi mujeres; sus tipos son curiosos, porque los que llevan traje de color presentan rasgos finos, su estatura es elevada y sus vestiduras son amplias, mientras que los de traje blanco son más burdos y de rasgos más toscos, con mandíbulas salientes y la nariz achatada; no se ven casi industrias y los campos aparecen cultivados de un modo primitivo, siendo curioso que no se observen plantaciones de te, mientras que en China y Japón es esta la bebida nacional. Es Seoul una de las ciudades más simpáticas, y a diario salía del Sontag's Hotel para dar un paseo por la alegre ciudad y andar por sus calles, y tomaba afán por mirar a las gentes, sobre todo las de traje de color, con sus curiosísimos sombreros de cerda de caballo, engomada y extendida en forma de cono, con alas a los costados: singular indumentaria llevada con una gravedad majestuosa, pero a cuyo estilo y traza no creo fácil acomodarse. Los palacios, otrora imperiales, son interesantes, sobre todo el antiguo, al cual da vueltas un extenso parque y en el que se incluye una serie de construcciones, únicas por su situación y carácter: es lástima que los japoneses no los conserven

como debieran, pues algunos, como el encantador pabellón de descanso de la emperatriz asesinada en 1895, se borra, deslumbra y mengua, por su estado de ruina, lo que mueve a compasión por ser verdaderamente idílico por su situación y distribución. Recuerdo cierta excursión, bajo una lluvia torrencial, al monasterio Tschanganso, templo de la paz eterna: pocas cosas he visto más románticas y llenas de poesía.

Por fin, tras un viaje en que parecíamos horadar las peñas y los montes, atravesamos el estrecho de Fusan en el vapor *Koma-Maru,* y llegué a Shimonoseki, en el Japón, donde me esperaba el excelente guía, de antemano pedido a la Welcome Society, institución japonesa utilísima, presidida por el marqués Hachisuka, y que facilita a los viajeros todo cuanto es humanamente necesario para que, mirando a otra luz las cosas, puedan conocer bien el país en las mejores condiciones. Llegué en el mes de mayo, la estación en que florecen los cerezos y en que se celebran fiestas populares florales que son encantadoras: he recorrido el país entero, después de navegar la región estupenda de sus mares interiores hasta Kobe, para detenerme en Osaka, la ciudad más industrial de la región; he pasado días y días en Kyoto, donde conocí a japoneses distinguidísimos, que se empeñaron en hacerme penetrar en la esencia misma de su vida nacional; he ido hasta el santuario de Nikko y he residido en la capital Tokyo, antes de trasladarme a Yokohama, para dirigirme de ahí a las islas Hawaii. Guardo como oro en paño un recuerdo esplendoroso del Japón: tras tanto pasar de tierras y mares, visitaba el país después de recorrer el Oriente y el Extremo Oriente, y haber peregrinado por las comarcas más exóticas y fascinadoras para el turista, de modo que mi atención podía explicablemente encontrarse saturada y tornarse más difícil la admiración por lo que viera: sin embargo, hizo tal impresión en mi corazón el país de hadas del "imperio del sol naciente", me hirió tan de cerca y vivamente, que no me resolvía a alejarme de allí y sólo el duro deber me obligó a poner término a mi permanencia: el ambiente es tan poético, tan seductor, que no se resiste a él y todo empalidece en el recuerdo cuando se rememora lo allí visto y observado, pues es como acometer rostro a rostro a la belleza; queda el ardiente deseo de volver, y se siente con mayor aflicción la desdicha de haber conocido tan tarde sus encantos, pues en la juventud debe ejercer una fasci-

nación irresistible, sobre todo para quien logre dominar el idioma porque la eterna conversación en triángulo, por intermedio del intérprete, produce el efecto de un balde de agua helada cuando la interlocutora es cualquiera de esas graciosísimas japonesas, muñecas deliciosas y mujeres de una atracción y de una seducción no igualadas por la de raza alguna, pues traen su alma hecha un cielo portátil... Imposible es, en breves rasgos, dar idea siquiera de las bellezas naturales, de los monumentos, templos y ciudades, de sus fiestas y teatros, y menos de la amabilidad incomparable de hombres y mujeres: porque es preciso no contentarse con la simple excursión del turista, que ve la superficie de las cosas, sino que es menester penetrar en la intimidad de sus costumbres, para lo que basta la llave de oro de la introducción a personas de cierta posición social, pues éstas se desviven por hacerle conocer todo, y vienen como caídas del cielo para invitarle y llevarle á todas partes, señalarle todo lo que puede interesarle, y parece como si se complacieran en envolverlo en una atmósfera tal de seducción, que se concluye por considerar aquella existencia como superior a la occidental, más llena de atractivos, de goces, de placeres. La población, con sus trajes nacionales, es de una gracia inimitable, y tan parece bañarse toda de regocijo y alegría que el viajero se siente con ella contagiado.

En Osaka, en medio de aquel millón de japoneses, entre los cuales casi no se encuentra un extranjero fuera del personal del magnífico Osaka Hotel, a cada paso se detiene uno y arrima a los bazares y recorre los talleres y casas de negocios, pero allí lo que más halaga y regala es su teatro, sobre todo el de muñecas, que goza de celebridad mundial. He asistido diversas veces a esos espectáculos, que debía juzgar con el criterio de quien concurre a una pantomima, ya que lo hablado o cantado me resultaba vedado, y cada vez he tocado con la mano un nuevo encanto: tomaba siempre un palco alto, para poder dominar la sala, dividida en pequeños cuadrados donde se sitúan las familias y toman te, comen y fuman, porque la representación comienza a las 11 de la mañana y dura hasta las 6 de la tarde; desde el escenario hasta la parte opuesta de la sala hay dos tablados paralelos, a cierta altura de los espectadores y por allí caminan los actores durante la representación y como parte de la acción de ésta, de modo que se produce la ilusión de que todos — actores y espectadores — entran en juego y les cabe a los unos tanta parte como

a los otros; cuando se trata de un actor favorito arrojan flores sobre el angosto tablado, como homenaje a su arte; la iluminación abarca al escenario y a la sala a la vez, y los techos — sobre todo en las épocas de fiestas florales — están enramados con flores y vistosas guirnaldas, en profusión tal, que parece el teatro entero aderezado con doseles. En las representaciones del teatro de muñecas, éstas, de tamaño natural, vistosamente vestidas y personificando cada una al personaje típico — galán, amada, etc. — tienen detrás de sí a un actor encapuchado de negro, en el cual, por convención tradicional, no se repara, pero es quien hace accionar y mover a la muñeca: el realismo de la representación es tal que las víctimas se cubren de líquido rojo imitando sangre, y la mímica es tan a lo vivo que se experimenta la sensación de que realmente se hieren y matan. La música y el coro están ocultos a un costado, y en el otro se halla un nicho giratorio donde se sienta el lector, quien tiene por delante el texto de la pieza y la recita cambiando la entonación de la voz, dándole todo el colorido dramático posible, mientras que las muñecas se mueven y realizan mímicamente las palabras de aquél; cada tantos minutos el nicho gira y aparece sentado otro lector, que sigue la recitación donde la deja el anterior, lo que se hace para que se turnen y no se fatigue la voz ni se aminore el efecto de la declamación. En los teatros de actores vivos, las piezas son igualmente de un gran realismo, y, me decía el guía, no hay propiamente texto porque el actor principal las modifica a veces, si bien con templanza y moderación, durante la representación misma, imaginando diálogos y escenas en que los demás actores deben hacer con perfección el papel que les cupiere, lo que da al drama un aire de vida verdadera, que no se encuentra en el teatro europeo, donde los actores repiten simplemente el texto del autor. He asistido, tanto en Osaka como en Kyoto, a dramas y comedias que, aun no entendiendo el idioma, me producían una impresión enorme, pues los actores hacían muy al vivo su figura y resultaba ilusión representativa de la verdad, ostentando aquellos trajes riquísimos, de brocato de oro y telas preciosas. Durante las escenas es frecuente ver a los ayudantes, vestidos de pies a cabeza con capuchones negros, — para advertir al público que los considere como invisibles — entrar y ayudar a los actores a modificar su indumentaria, con una rapidez tal que el desarrollo de la acción no sufre con tan ingenua intromisión. Llamóme la atención que, en todas las piezas

vistas en los teatros de Osaka, Kyoto y Tokyo, el desenlace fuera siempre trágico y se retira el espectador bajo la impresión de la desgracia final, mientras que en China sucede lo contrario, triunfa siempre la virtud y el público lleva la sensación de que el vicio es castigado; pero casi todas las piezas japonesas vistas eran dramas heroicos, de carácter histórico, en las cuales se ensalzaba a la lealtad. En realidad, debo decir que los actores japoneses se descubren y se echan más de ver como maestros consumados en su arte, sobre todo en lo que tiene colorido trágico; su sola mímica me causaba escalofríos.

Durante el mes de los cerezos, los templos — maravillas de arte por sus altares de laca de innúmeras capas, por sus biombos de pinturas hermosísimas, y por los mil otros detalles que los convierten en verdaderos museos — son teatro, en los parques que los rodean, de fiestas populares y de bailes típicos, que traen consigo un efecto extraordinario. El culto japonés por las flores está íntimamente arraigado en el alma popular: cada mes tiene un nombre de flor, y los templos acostumbran arreglar sus parques de tal modo que sucesivamente vayan floreciendo a la vez por secciones, y cada vez que reviven los árboles y ríen los prados se celebra una fiesta popular, que congrega a la población al rededor de los altares budhistas o shintoístas, con bailes alegóricos e instalando profusamente locales volantes de te para solaz de la concurrencia: todo entonces se enriquece y toma vida, pues cuando los árboles están en flor todas son esperanzas, hierve la sangre en las venas y la tierra se viste de hermosura. Me tocó asistir primero a las festividades de la sakura, la flor rosada del cerezo, y alcancé todavía la de la fuji, la vistosa wistaria: las fiestas populares que con tal motivo se dan en los parques, y los bailes, en los teatros, son admirables; recuerdo un paseo, en ricksha, por la avenida este del Sumidagawa, en Tokío, con su doble hilera de cerezos en flor, y realmente era imposible pedir un espectáculo más hermoso en parte alguna del mundo; y, en Kyoto, presencié el baile Miyako Odori, que supera al más suntuoso ballet de los teatros europeos, no sólo por la profusión de bailarinas, sus adornos, sus transformaciones en figuras diferentes, sino que ejercitaban el baile con decencia, si bien meneaban los pies como si fueran de pluma; pero, además, presentaba todo ello una armonía y un conjunto tal de arte supremo, conservando la única tonalidad de la flor del mes, que daba mayor realce a

la decoración de la sala, en sus costados, en el techo, en guirnaldas colgantes, y todo, dentro de igual tonalidad, producía una ilusión insuperable.

Los templos japoneses, tanto los elaborados y suntuosos del rito budhista como los más sencillos, pero quizá por eso mismo más imponentes, del rito shintoísta, incitan a grande admiración y causan maravilla. Los shintoístas no tienen, fuera de la estatua de la diosa Amaterasu, sino el espejo simbólico de metal y la caja misteriosa donde se encuentra encerrado el espíritu de la deidad: no hay culto ritual ni sacerdocio propiamente dicho, pues el shintoísmo es la religión más pura e ideal posible, sin preceptos éticos ni doctrinarios, sin dogmas, pero basada en la deificación de los héroes y de los grandes hombres, como en el respeto de las fuerzas ocultas de la naturaleza; he asistido a ceremonias impresionantes en templos shintoístas y sólo he visto a los dignatarios, vestidos de amarillo, repartir ramas del árbol sagrado del sakaki, pero la muchedumbre de fieles revelaba una alegría singular, a pesar de tratarse de una conmemoración funeraria: rasgo este típico, porque el japonés mira a la muerte con ojos simpáticos, desde que cree en la vida eterna, y no le causa dolor los que se van sino que envidia, por el contrario, la bienaventuranza de que gozan. Mientras tanto, en los templos budhistas también he podido asistir a una ceremonia religiosa y me ha llamado la atención la pompa del culto, las vestimentas de sus sacerdotes, su ritual sagrado, porque tenía analogías sorprendentes con las funciones solemnes de las iglesias católicas, en que actúan obispos y numerosos sacerdotes: hasta en la liturgia y en los cantos me hacía el efecto de oir algo como un eco lejano de algún *tedéum* oficial. Pero así como en China los templos aparecen como abandonados, cubiertos de polvo y con no pocas de sus imágenes en pésimo estado de conservación, en el Japón todos son resplandecientes, brillan con lujo extraordinario y son objeto de un cuidado minucioso: no estriba, pues, el peso de esta razón en la esencia del culto sino en el temperamento de los pueblos. Y el temperamento japonés es eminentemente artístico, sano, verdadero: desde su indumentaria, en que todo se armoniza para producir la impresión de la belleza, hasta sus fiestas, sus costumbres, su idiosincrasia misma, todo vence nuestra admiración y entendimiento, y está allí subordinado al criterio del arte, que busca hermosear la vida, llenarla de alegría, satisfacer

las emociones más elevadas como los gustos más complicados, y apartar de la existencia todo lo que es fealdad.

Hasta en los detalles más nimios el arte es sugestivo. Así, he asistido en el renombrado Maple Club de Tokyo a la ceremonia del te, en una comida a que fuera invitado por un distinguido médico japonés, que había congregado a las geishas más celebradas de aquella capital: no podré olvidar con qué infinita gracia se procedió por una de éstas al ritual complicado de aquella ceremonia, desde encender el fuego en minúsculo brasero, quemar allí el incienso, preparar el finísimo y aromático polvo verde a que reducen las hojas de te, mezclarlo con agua hirviendo y revolverlo con el pequeño *cha-sen* de bambú, para servirlo en taza de una pequeñez ideal, y de la cual sólo debía uno sorber tres tragos, para pasarla a los demás asistentes; mi amigo japonés, hombre ya de edad, me instruía en los detalles de la ceremonia, y, después de ésta, al son del samisén las geishas bailaron como sólo se sabe bailar en el Japón; por último vino la comida, traída en preciosas cajitas de laca y, por todo cubierto, los dos palillos de marfil para llevar a la boca los trozos de pescado, de legumbres, de arroz, por fin. Reducen, pues, todo al mayor grado de perfección y parecen tener todas las virtudes y excelencias, sin faltarles una... Una noche, en Kyoto, el guía — arqueólogo y conocedor profundo de las costumbres de su país, y quien me acompañó constantemente desde mi desembarque en Shimonoseki hasta mi embarque en Yokohama, de modo que recordaré siempre las atenciones del excelente J. Memezawa — se empeñó en llevarme al típico barrio Yoshiwara, con motivo de una fiesta que allí se celebraba y que cada día va teniendo más séquito y autoridad; llegamos, entrada ya la noche, cuando la iluminación resplandeciente ponía delante de los ojos, en las amplias calles, a una multitud locuaz, alegre, vestida con esos vivos colores a que tanto se encariñan los japoneses; la procesión se iba acercando poco a poco y entraba en su composición una enorme cantidad de mujeres jóvenes y de niños entremezclados, llevando cada una de aquéllas un gran paraguas abierto, que agitaban revolviéndolo de modo que los colores se juntaban y confundían de un modo curiosísimo, produciendo un efecto singular: mi guía me explicó el curioso simbolismo de aquello, diciendo significaba que es la mujer veleta que a cualquier viento se mueve; a los costados, en las aceras, había dos filas de japonesas

arrellanadas en sillas que parecían querer poseer para siempre, pero una más abajo que la otra, combinando admirablemente los matices de sus *kimonos* y sobre todo los de su amplio *obi,* con ese maravilloso efecto con que se pega el azogue al oro y le busca, y teniendo como techo especial, a todas vistas hermosísimo, una fila de farolillos japoneses encendidos y unidos con guirnaldas de la flor rosada de cerezo: en una de las filas, cada musmé tenía un samisén y tocaba en él, cantando en coro las de la otra fila... En una palabra, aquel espectáculo, mirado con atención y reverencia por un gentío enorme, pero en el cual centelleaba la alegría amable, sin un grito destemplado, sin un gesto que a nadie incomodara, sin que se viera un solo vigilante para guardar el orden, formaba un conjunto tan curioso, tan teatralmente hermoso, que llevaba los ojos de todos tras su resplandor... Otra vez fuimos en Tokyo a presenciar el torneo anual de luchadores, en un circo que contiene varios millares de espectadores y allí... Pero ¿a qué seguir? Imposible sería poner término al tropel confuso de recuerdos, aun cuando deliberadamente prescinda de museos, institutos, templos, palacios y parques: necesitaría más de una conferencia sólo para especificar y nombrar por sus nombres cuanto la memoria atesora sobre la vida japonesa, pues no dejé cosa por intentar conocer, desde bailes y comidas, hasta reuniones en casas particulares cuyos jardines deliciosos, con sus árboles enanos y paisajes que parecen colosales en un pequeñísimo espacio, dejan al viajero sin saber qué admirar más, pues el interior de las casas es un encanto por las artísticas decoraciones florales, para lo cual la japonesa parece tener dedos de hada y poner el adorno y distinción por su antojo. Hasta se olvida la incomodidad de tener que sacarse los botines en la puerta de la calle y penetrar en una casa donde se halla una alegre y elegante reunión, llevando simplemente medias, lo que da a la indumentaria occidental un ligerísimo y poco agradable tinte de ridículo; pero los repetidos y elaborados saludos, casi hasta el suelo, hasta conducirlo a sentarse en los *zabuton* o almohadones, en los cuales hay forzosamente que cruzar las piernas, y brindarle después aquellas minúsculas y repetidas tazas del caliente y traicionero saké, lo tranquilizan a uno por completo, mientras se nos ponen delante las geishas y bailan al son del poético samisén o, corriéndose una sobre otra las paredes de papel que dividen las piezas, se descubre a las visitas la cantadora

aplaudida, y del fondo de todo resaltaba una fiesta musical encantadora... Decíame discreta y bien intencionadamente en Tokyo un caballero japonés, — educado en Alemania y a quien fuera presentado en el Seiyoken Hotel, invitándome después a su casa — que la mujer japonesa, de la cual hace mucha cuenta el turista sólo por su aspecto pintoresco, es en mucho superior a la occidental como dueña de casa y compañera del marido, pues posee a la perfección el arte de agradar, se desvela en darle contento a aquél, tanto que anda uno al sabor del paladar del otro, y concentra todos sus esfuerzos en hacer que sólo se note la faz placentera de la vida, pues consigo trae dulzura y suavidad, observando estrictamente el código femenino del Onna Daigaku, que ha logrado hacer de ella el ser más feliz y más capaz de hacer feliz al hombre, tan vive a su voluntad; hízome de su señora, la *oka-sama,* "la honorable dueña de casa" — el idioma nacional parece ser de una cortesía de la que no tenemos idea los occidentales — el elogio más caluroso, tanto más que la cotejaba con las europeas, a las que pudo conocer y tratar durante su permanencia en el viejo mundo: en su opinión, éstas apenas merecen el nombre de sombras comparadas con aquélla...

Pero noto que de nuevo peco de largo al dejar correr el recuerdo, y debo poner punto final: son tantos y tantos los incidentes que se agolpan a la memoria, que no cabría detenerme en ellos si alguna vez ha de terminar esta ya interminable conferencia.

Trataré de ser ahora brevísimo. En Yokohama tomé el vapor *China* para ir a las islas Hawaii y conocer a Honolulu. Antes de llegar a ésta y al atravesar el paralelo de los 180 grados, experimenté la singularísima sensación de vivir dos veces el mismo día, pues allí se corrige, por consenso universal, la diferencia de hora que se produce al dirigirse de O. a E.: si así no sucediera el calendario se perturbaría porque, al volver al punto de partida, no coincidirían las fechas de los días; por eso en aquel punto — la intersección de los 180 grados de longitud, con los 30 grados de latitud — se repite el día...

Los norteamericanos, que han anexado el archipiélago de Havaii, están convirtiendo a la ciudad de Honolulu en un verdadero paraíso terrenal, pues el clima y la belleza de la ubicación se prestan admirablemente para ello: desde el mar aparece como un anfiteatro ideal de jardines, en medio de una vegetación lujuriosa.

Su museo Bernice-Pouahi-Bishop contiene íntegra toda la cultura kanaka; su espléndido Aquarium es quizá el más completo del mundo; pero es la ciudad misma, con sus jardines deliciosos, lo que seduce y fascina, con una población indígena encantadora, y con las fiestas, paseos y saraos, que los que allí van a invernar a diario organizan. Recuerdo aun la manera, realmente emocionante, como despiden a los viajeros, pues es como arrancárseles el alma y partírseles el corazón: los amigos, y una gran concurrencia de espectadores, llenan el muelle a que atraca el vapor, llevando todos guirnaldas de flores olorosas; cada cual echa los brazos al conocido que se va, colocándole en el cuello una guirnalda, lo que envuelve al turista en un manto de flores, que la costumbre local veda sacarse mientras los que quedan le siguen con los ojos hasta perderle de vista; la música toca piezas alegres con gallardísimos pasajes de voz y garganta, y se oye por todos lados el grito cariñoso del *aloha,* que es como enviar mil saludos y dar con los labios la paz... También en el Japón había sido despedido por amigos con el dulce *sayonara,* que en algo recuerda a las *saudades* de nuestros vecinos brasileros; pero el *aloha* hawaiano encierra un concepto más amplio, abarcando no sólo la idea de "hasta la vista y sin adiós", sino el voto íntimo por la felicidad del que se ausenta y la súplica encarecida de no olvidar a quien de modo tal le hace salva real!

Y también debo así despedirme de mis oyentes; y terminar, porque días después llegaba a San Francisco, y emprendí mi larga jira por el Canadá y Estados Unidos, para regresar a Buenos Aires desde Nueva York, después de haber recorrido 36.440 millas en mi vuelta al rededor del mundo, parando en 50 hoteles y tomando 21 vapores... Sólo me resta pedir ahora disculpa al auditorio amable que me ha prestado una atención no merecida, y deplorar únicamente que, siquiera para que se me tome la excusa en cuenta, por más que haya querido sintetizar o recordar sólo la faz pintoresca del viaje, — aun a riesgo de dejar en el tintero lo más interesante — no me fuera posible ser más breve. Mil gracias, pues, señoras y señores.

ERNESTO QUESADA.

LA MANCHA HIPTALMICA

— ¿Qué tiene esa pared?

Levanté también la vista y miré. No había nada. La pared lisa, blanca y fría, estaba sólo oscurecida hacia el techo, efecto de la sombra.

Otro alzó a su vez los ojos y los mantuvo un momento inmóviles y bien abiertos, como cuando se desea expresar algo sin acertar con lo que precisamente se quiere decir.

— P... Pared? — formuló al rato.

Eso sí; torpeza y sonambulismo de las ideas, eso sí, evidentemente.

— No es nada — les dije — es la mancha hiptálmica.

— ¿Mancha?...

— ...hiptálmica. La mancha hiptálmica. Este es mi dormitorio. El dolor de cabeza, sin embargo... Mi mujer... Bueno; estábamos casados desde hacía siete meses, y anteayer murió. ¿No es eso?... Es la mancha hiptálmica.

Una noche mi mujer se despertó sobresaltada.

— ¿Qué tienes? — le pregunté inquieto.

— ¡Qué sueño más raro! — me respondió, angustiada aún.

— ¿Qué era?

— No sé, tampoco... Sé que era un drama; un asunto de drama... una cosa oscura y honda... ¡Qué lástima!

— Trata de acordarte, por Dios! — la insté, vivamente interesado. Ustedes me conocen, creo, como hombre de teatro...

Mi mujer hizo un esfuerzo.

— No puedo... no me acuerdo más que del título: La mancha tele... hita... hiptálmica! Y la cara atada con un pañuelo blanco.

— ¿Qué?...

— Un pañuelo blanco en la cara... La mancha hiptálmica.

—¡Raro!—murmuré, sin pensar un segundo más en descifrar aquello.

Pero diez días después mi mujer salió una mañana del dormitorio con la cara atada. Apenas la vi, recordé bruscamente, conociendo en sus ojos que ella también se había acordado. Ambos soltamos la carcajada.

—Sí... sí!—se reía.—En cuanto me lo puse, me acordé...

—¿Un diente?

—No sé; creo que sí...

Durante el día bromeamos aún con aquello, y de noche, mientras mi mujer se desnudaba, le dije de pronto desde el comedor:

—A que no...

—Sí, la mancha hiptálmica!—me contestó riéndose. Me eché a reir a mi vez, y durante quince días vivimos en plena locura de amor.

Después de ese lapso de aturdimiento, sobrevino un período de morosa inquietud, un sordo y mutuo asecho de disgusto que no llegaba, ahogado al fin en explosiones de radiante y furioso amor.

Una tarde, tres o cuatro horas después de almorzar, mi mujer, no encontrándome, entró en su cuarto y quedó sorprendida de hallar todo oscuro. Me vió en la cama, extendido.

—¡Federico!—gritó corriendo a mí.

No contesté una palabra, ni me moví. ¡Y era ella, mi mujer, entienden ustedes?

—¡Federico!—repitió.—¿Qué tienes?

—¡Déjame!—me desasí con rabia, volviéndome al otro lado.

Durante un rato no oía nada. Después, sí, los sollozos de mi mujer bajo el pañuelo hundido hasta la mitad en la boca.

Esa noche cenamos en silencio. No nos dijimos una palabra, hasta que a las diez me encontró en cuclillas delante del ropero, doblando con extremo cuidado, y pliegue por pliegue, un pañuelo blanco.

—¡Pero desgraciado!—exclamó desesperada, alzándome la cabeza.—¡Qué haces!

¡Era ella, mi mujer! Le devolví el abrazo, en plena e íntima boca.

—¿Qué hacía?—le respondí.—Buscaba una explicación justa a lo que nos está pasando.

—Federico... amor mío...—murmuró.

Y la ola de locura nos envolvió de nuevo.

Ya dentro del dormitorio, aquí, ví que se desnudaba. Desde el comedor le grité:

—¿A que no?...

—¡Hiptálmica, hiptálmica!—respondió riendo y apresurándose.

. . . . . .

Cuando entré me sorprendió el silencio considerable de la pieza. Me acerqué sin hacer ruido y miré. Mi mujer estaba acostada, el rostro completamente blanco e hinchado. Tenía atada la cara con un pañuelo blanco.

Corrí suavemente la colcha sobre la sábana, me acosté en el borde de la cama, allí, y crucé las manos debajo de la cabeza.

No había en el cuarto ni crujido de ropa ni trepidación lejana. Nada. La llama de la vela ascendía como asfixiada por el inmenso silencio.

Pasaron horas y horas. Las paredes, blancas y frías, se oscurecían progresivamente hacia el techo.... ¿Qué es eso? No sé...

Y alcé de nuevo los ojos. Los otros hicieron lo mismo, pero al bajarlos los detuvieron fijamente en mí.

—¿Usted nunca ha estado en el manicomio?—me dijo uno al rato.

—No, que yo sepa...—le respondí.

—¿Y en presidio?

—Tampoco, hasta ahora...

—Pues tenga cuidado, porque va a concluir en uno u otro.

—Es posible... perfectamente posible...—repuse, procurando dominar mi confusión de ideas.

Salieron.

Estoy seguro de que han ido a denunciarme, y acabo de tenderme en el diván. Como el dolor de cabeza continúa, me he atado la cara con un pañuelo blanco.

HORACIO QUIROGA.

Eduardo Talero

SOL CAMPESTRE

El sol es muy distinto, según se le contemple
Con humedad de lágrimas o con brillos de temple;
El no tiene conceptos de moral ni de ciencia
Y lo mismo perfuma la flor y la conciencia.

Para el sol es la vida la razón soberana
De existir, y lo mismo colora la manzana
Que el racimo y el labio y la nube teñida
Con el aúreo reflejo de su hornaza encendida.

Los clásicos le pintan sobre caballos blancos
Hiriéndoles con flechas mortíferas los flancos;
¡No saben! No conocen que hasta del pobre burro
Endulza la existencia su aurísono susurro.

No es el raptor de diosas etéreas y livianas,
Sino el humilde obrero de las vidas lozanas,
Es el que pone al gallo en la cresta frutillas
Y dora de las mozas las duras pantorrillas.

Es el amable viejo de los agricultores
Que no lo han infamado con místicos errores;
Para ellos no es el Júpiter tonante, ni el tirano
Que usa a nuestro planeta como circo romano.

Buen jardinero justo, a la brizna y la viga
Les da el mismo cuidado que a la flor y la hormiga,
Y su colmena de oro la misma canción usa
Para invisible insecto o para ilustre musa.

Es el íntimo amigo cuya vista de lampo
Filtra por las rendijas de la casa de campo,
Que enciende la mirada de perros y corceles
Y luego cabrillea festivo en los manteles.

Los labradores dicen que al dormir sobre el heno
Perciben el aroma de ese patriarca bueno,
Y que al hundir la horquilla en las doradas parvas
Le peinan y acarician las rubicundas barbas.

Todo lo transfigura su rayo de alegrías:
De los insectos hace fugaces pedrerías,
En diamantes convierte las hojas de las hachas
Y en red de oro los rizos de las rubias muchachas.

El sol de las campiñas es un buen compañero
Que al despuntar el alba despierta al gallinero,
Que en la espumosa leche riega sus iris finos
Y vuelca en sus cristales las perlas de sus trinos.

Con cepillo de plata limpia los naturales
Rasos de los ganados que llenan los corrales,
Y hecho llovizna de oro da grano a las gallinas
Y les hincha las crestas con ansias purpurinas.

El hilo de su plata con que la vida enhebra
Titila en las miradas del hombre y la culebra
Y es el mismo que ondula en el agua y el aire
Y es ritmo en las canciones y en la mujer donaire.

El vapor de los surcos y del robusto pecho
Sube al sol en un vaho inconsútil deshecho,
Para tornarse en esos celajes con fragancia
A rosal escondido y a mejillas de infancia.

No hay metal donde el juego de su luz no desate,
Ni charco en que los cielos azules no retrate,
Y hasta las bocas besa chispeando en las bombillas
De los mates que apuran los peones en cuclillas.

Para él la tierra vibra y se da el embeleso
De pedirle en el cáliz de cada flor un beso,
O de hacer que en cada árbol un abrazo le suba
Y cada ansia destile su humedad en la uva.

Por él hierven los mostos y estallan las botellas,
Por él gimen sin causa las pálidas doncellas,
Por él son ignorantes en el amor los sabios,
Por él se muerde el joven la grana de los labios.

Cuando lento tras lomas azuladas se pierde,
Dibuja sobre el fondo de la pradera verde
Siluetas de labriegos cuyas blancas camisas
Agigantan los bustos henchidos por las brisas.

Se oculta en sus alcobas: la noche y la penumbra,
Cuando al hondo misterio de la semilla alumbra;
Y así plasma y cincela la pujanza del toro
Como pinta ramajes y pájaros de oro.

En noches de intemperie y de desolaciones,
Cuando las almas tiemblan y crujen los tizones,
Despierta entre los troncos donde moraba ciego,
Y al despertar respira ramilletes de fuego.

Entonces al viajero nostálgico le invita
A ver en cada brasa una boca bendita,
Y a mirar en los rizos undosos de la llama
La suelta cabellera de la distante dama.

Para toda existencia ya cargada de angustias
Por las trémulas sombras de las ciudades mustias
No hay como el sol que torna las ásperas herrumbres
En los bruñidos bronces de solitarias cumbres.

Hasta para arroparnos con nieblas vaporosas
El sol nos las perfuma con sus lejanas rosas,
Diciéndonos que todo, hasta las horas grises
Son humo de su fuego, vapor de sus matices.

EDUARDO TALERO.

La Zagala, 1914.

LA MORAL DE TOLSTOI

A nadie volvais mal por mal.
Capítulo XII, 17. — *San Pablo a los romanos.*

El odio aumenta por el odio recíproco, y puede ser extirpado por el amor.
(Proposición XLII. Ética).

El que en todos sus actos se somete al dictamen de la Razón, se esfuerza cuanto le es posible en recompensar por el Amor o la generosidad el odio, la cólera, el menosprecio que los demás tengan para él.
SPINOZA. *(Proposición XLVI. Ética).*

El hombre generoso que perdona a su enemigo y que devuelve bien por mal es el ser sublime.
SCHOPENHAUER. *(Fundamento de la moral).*

Toltoï demuestra en su notable obra: "La salvación está en vosotros", que no es él el único que profesa la no resistencia al mal.

Sir William Harrison, el célebre defensor de la libertad de los negros en los Estados Unidos, formó en el año 1838 una sociedad de paz mundial y en la declaración de sus principios, aceptada por todos los miembros, se pronunció de la siguiente manera: "La historia de la humanidad está llena de pruebas, de que la violencia física no contribuye a la elevación moral, y de que las malas inclinaciones del hombre sólo pueden ser corregidas por el amor; que no se ha de contar con la fuerza del propio brazo para defenderse contra el mal, que la verdadera fuerza consiste en la bondad, la paciencia y la caridad, que solamente los pacíficos heredarán la tierra, y que los que a hierro matan, a hierro mueren".

Otro norteamericano, Ballou, dice: "La verdadera no resistencia es la única resistencia al mal. Si todos los hombres se abstu-

vieran de resistir al mal con el mal la dicha reinaría sobre la tierra."

Mucho antes que Tolstoï, Harrison y Ballou, ya habían patrocinado la idea de la no resistencia al mal dos colosos del pensamiento humano: Spinoza y Schopenhauer.

Tarea larga y difícil sería remontarnos hasta el origen de esta idea y descubrir quién fué su autor, porque muchos siglos antes de J. C. ya había sido profesada por Moisés y los profetas de Israel, y en su germen ya ha sido expresada por los Indos en los tiempos más remotos de la historia humana.

No obstante ser esta idea tan antigua, los sedimentos del odio recíproco formados por la constante lucha del hombre contra el hombre, de pueblos contra pueblos, de razas contra razas, llegan a un espesor tan enorme, que cada vez que se predica la idea de amor, nos parece extraña y nueva y es necesario que sea expresada por un Tolstoï o un Spinoza para que le prestemos atención.

Veamos cómo entiende Tolstoï la idea de la no resistencia:

Según él, la no resistencia no es una idea abstracta, ni sólo un mandamiento divino, sino también una regla práctica de conducta. Nos parece que el análisis de esta moral práctica ha de ser de un interés indudable.

La gran mayoría de los hombres piensa de una manera distinta a las ideas tolstoianas: "a la violencia hay que responder con la violencia; si se hace fuerza contra mi personalidad debo oponer mi fuerza propia; si es a mi clase, contestaré con la fuerza común de mi clase, si a mi pueblo, o nación, — con la fuerza del pueblo, o de la nación".

La historia de la humanidad entera está llena de esa lucha eterna entre hombres, grupos, clases, pueblos y naciones.

¿Cómo comprender entonces las palabras de Harrison, Ballou, Tolstoï, Spinoza y Schopenhauer, que la no resistencia conserva, mientras que la resistencia destruye, y que la única y verdadera resistencia al mal es no responder por el mal?

*

"No contestar al mal por el mal" es la consecuencia lógica del principio: "contestar al mal con el bien".

En nuestros actos somos guiados, voluntaria o involuntariamente, por un fin doble, el bien personal o el bien ajeno — el bien social.

Cuando el bien personal y social no estén en contradicción, cuando exista una armonía completa entre la persona y la sociedad, entonces no habrá lugar para problemas morales, los cuales son una parte integrante de nuestra época actual de injusticias y desigualdades.

El precepto: contestar al mal con el bien, se puede completar de la siguiente manera:

"Contesta al mal con el bien, porque es útil, no contestes al mal con el mal, porque es dañoso".

Tolstoï tiene un admirable cuento, "Historia verdadera", que puede servirnos como demostración de esta idea:

Ansenoff, joven comerciante, que viajaba a Nischni-Novgorod encontró en el camino a otro compañero y los dos pernoctaron en una posada. Durante la noche el compañero de Ansenoff fué asesinado. A la mañana siguiente, cuando se descubrió el crimen apareció el cuchillo sangriento en la valija de Ansenoff.

Este juró ser inocente, pero la prueba no dejaba lugar a dudas, le juzgaron y fué condenado al castigo de "knut" y trabajos forzados.

Después de pasar 26 años en la *catorga* (1), Ansenoff reconoce en uno de sus compañeros al culpable de su desgracia, el que, después de cometer el crimen, escondió el cuchillo homicida entre su equipaje y continuando su carrera de crímenes, había sido al final sentenciado por otro asesinato.

El criminal prepara la fuga del presidio, y Ansenoff lo sabe. El primer impulso en él es el de vengarse delatando a su enemigo mortal, pero después de una lucha muy complicada en el alma de Ansenoff, genialmente descrita por Tolstoï, los sentimientos de venganza son vencidos.

Esta no resistencia al mal por el mal produce tan gran efecto sobre el asesino que él mismo se entrega y confiesa su doble delito: cómo había asesinado al comerciante y cómo había hecho que Ansenoff apareciese culpable.

Acude a mi memoria otro cuento de Tolstoï:

El verdugo ahorca al mismo tiempo a un revolucionario y un campesino. En los últimos momentos de su vida el revolucionario injuria al verdugo y éste le contesta con una bofetada; el campesino antes de morir tan sólo pronuncia estas sencillas palabras:

---

(1) Trabajos forzados.

"no te da vergüenza, hermano mío!", cuyo sentido produce en el verdugo tan profunda impresión que le obliga a pensar y sufrir, los dos atributos que caracterizan al hombre.

La bondad y la grandeza de Cristo ante la muerte ejercen sobre el alma de Judas tal influencia, que el traidor, el más pérfido de los hombres, no puede soportarlos y se ahorca.

De sumo interés nos parece también un episodio de la célebre novela de Tolstoï, "Ana Karenine".

Ana, la mujer de Sergius Karenine, amaba al conde Wronsky que la correspondía, lo cual no era un secreto para el marido, quien según las costumbres de aquella época debía desafiar a Wronsky. Sólo con sangre se puede vengar la injuria que un amante hace al marido. Así pensaron todos alrededor de Wronsky, así pensó él mismo, que por su carácter de oficial del ejército tanto más creyó el lance inevitable; pero como éste no se producía, todos se sorprendieron de la pasividad de Karenine y buscaban la causa en lo que ellos llamaban su cobardía.

Ana se enferma tan gravemente que todos desesperan de su salvación.

Wronsky, loco de dolor corre a su lado, olvidándose por completo de la opinión del mundo, de Karenine, de sí mismo; en la habitación de Ana se encuentra con Karenine, — su marido, y éste último en lugar de aprovechar la ocasión para vengarse de Wronsky, no permitiéndole quedar cerca de Ana, le consuela al verle completamente desesperado.

Ana sanó, pero Wronsky no puede orgánicamente soportar la no resistencia al mal de Karenine e intenta suicidarse, disparándose un tiro.

Un ejemplo notable de la no resistencia que encierra un interés profundo y una rara belleza, encontramos en el "¿Quo Vadis?" de Sienkievitsch. Hay en esa admirable novela un fiel retrato de Judas: Chilón Chilonides.

Calumniador y traidor, hombre bajo y vil, que por dinero vendería a su propio padre, cobarde, feo, con un sello de traidor estereotipado en su frente, viejo, cínico y avaro, Chilón se presenta ante Nerón en el momento en que éste después de haber hecho incendiar a Roma temblaba bajo las acusaciones directas del pueblo, y le insinúa la idea monstruosa de que los incendiarios de Roma son los cristianos.

Esta idea salvadora para Nerón, prometíale además sensacio-

nes nuevas por la persecución de los cristianos, acusados de haber llevado a cabo un crimen del cual él era el autor y creador y Chilón es acogido con suma benevolencia.

Al siguiente día de su crimen, Chilón se hizo rico, poderoso y uno de los favoritos del Emperador.

Roma, caída en desgracia, desesperada, revoltosa, hambrienta, llena del sentimiento de venganza, se presta crédula a las calumnias de Nerón y con enorme placer satisface sus bajos instintos en los espectáculos de los circos, donde millares de cristianos, hombres, mujeres y niños son crucificados y devorados por animales feroces, son asesinados por gladiadores, son quemados vivos, y el pueblo romano aplaude esos crímenes como si sintiera alivio a sus dolores y a su miseria ante los dolores más grandes, inhumanos casi, de los mártires cristianos.

Chilón es testigo ocular de la obra de sus manos, y permanece siempre al lado de su amo triunfante, Nerón. En una fiesta brillante que organiza Nerón, aparece ante los espectadores un cuadro que supera todas las crueldades anteriores — antorchas de hombres y mujeres vivos, que agonizan en las llamas.

En uno de estos desgraciados Chilón reconoce a un cristiano, Glauco, a quien ha hecho mucho daño y quien le perdonó en circunstancias en que habría podido vengarse de él.

Tan pronto como le vió cayó Chilón aterrado, retorciéndose, y exhaló un grito, que más que un grito humano parecía horrendo graznido.

— ¡ Glauco ! ¡ Glauco ! — exclamó.

Era, en efecto, el anciano médico. Le miró desde lo alto del poste que ardía.

El sin ventura, tenía el rostro contraído por el dolor y estaba inclinado hacia adelante, como si quisiera ver por última vez a su verdugo, al hombre que le hiciera tan negra traición, al que le robara esposa e hijos, al que le entregara en manos de sus asesinos; al que después de perdonado en nombre de Cristo, todavía olvidó el perdón y tornó a entregarle a sus enemigos. Nadie había inferido a otro hombre agravios más terribles y sangrientos. ¡ Y ahora, cuando la víctima que perdonó al verdugo se abrasaba en aquel poste embreado, el verdugo venía a colocarse a sus pies !

Glauco no apartaba los ojos de Chilón; éste quiso huir, pero no pudo. Le parecía que una mano misteriosa le detenía, que en su interior estallaba algo, que sobre él pesaba una montaña de

plomo, que se acercaba el fin de su vida y que se borraban de su vista el César, la Corte, la multitud; sólo veía ya en torno el vacío tenebroso, en cuyo negro fondo continuaban brillando los ojos del mártir, que le emplazaban, mirándole al través del humo y del fuego.

Y Glauco seguía con la vista fija en él.

Los presentes adivinaron que algún misterio había entre aquellos dos hombres, pero no se rieron, porque el rostro de Chilón revelaba tan horrible sufrimiento como si aquellas lenguas de fuego devorasen su propio cuerpo.

De repente levantó las manos y exclamó con acento desgarrador:

—¡Glauco! En nombre de Cristo, perdóname!

Reinó el silencio, se estremecieron los espectadores de aquella escena y fijaron todos la mirada en el mártir.

Este movió lentamente la cabeza y con voz que parecía un gemido, pronunció las siguientes palabras:

—¡Te perdono!

Chilón cayó al suelo, aullando como un perro presa de terror; y hundiendo la frente en el polvo, se cubrió de tierra con ambas manos la cabeza.

Breves instantes transcurrieron.

Chilón se puso de pie. Tan transfigurado se alzó del suelo, que los augustanos creyeron que era otro hombre. Sus ojos despedían extraño fulgor y su rugosa frente parecía iluminada por la aureola de la inspiración o del éxtasis. El acobardado griego de pocos momentos antes estaba transformado; parecía un sacerdote que inspirado por un numen se dispusiera a revelar una verdad arcana.

Sereno e imponente, Chilón se volvió hacia la multitud, extendió su diestra y con voz vibrante que la oyeron no solamente los augustanos. sino la muchedumbre de espectadores, exclamó:

—¡Pueblo romano! Te juro por mi muerte, que las víctimas que aquí perecen son inocentes! ¡He ahí el incendiario! — Y con el dedo indicó a Nerón.

La idea de la no resistencia al mal por el mal la encontramos también en Goethe.

En *Goetz von Berlichingen* la hermana del héroe dice: "Los actos de mi hermano son nobles, sin embargo no quisiera que mis hijos siguiesen su ejemplo. No lo niego: para los perseguidos por

los príncipes él es más que un santo, pues su ayuda es evidente. Pero, ¿no mató él a dos comerciantes para salvar a un desgraciado? ¿Acaso éstos no eran también inocentes? ¿No se aumenta el mal común, cuando se quiere vencer el mal por el mal?"

Sin embargo, debemos mencionar un caso muy interesante y por cierto muy raro, cuando la bondad, como contestación a una injuria puede reaccionar peor que la mayor venganza. Ya en *Ana Karenine* hemos visto que Wronsky intentó suicidarse bajo la influencia del perdón de Sergius Karenine.

Hasta admitimos el caso cuando el hombre que medita bien sus actos, conscientemente responde con el mal por el mal, para no producir una reacción demasiado fuerte en el alma del ofensor.

*

La humildad y la sumisión del ofendido raras veces tendrán un efecto cuando los ofensores son más de uno.

La contestación en este caso con el bien por el mal no tendría las consecuencias morales que hemos mencionado más arriba.

Si Judas hubiera tenido un hermano o un amigo con un alma traidora igual a la suya, difícilmente se habría arrepentido.

Si los ofensores fueren tres, cuatro, un grupo, una clase, la multitud, estarían asegurados contra toda influencia moral externa.

Este hecho no pasó desapercibido para Tolstoï y en su filosofía deja mucho lugar para la determinación no sólo de la relación del hombre con el hombre sino también del hombre con la sociedad, el Estado, con los demás hombres en general, de lo que nos ocuparemos en otra oportunidad.

Pero, nos dirán, el hombre es egoísta, y los móviles de sus actos no son ni el bien, ni la perfección moral de los demás, sino el bien de sí mismo Aun admitiendo que la no resistencia al mal por el mal pueda tener una cierta influencia psicológica sobre el ofensor, ¿qué bien puede resultar de una ofensa para el ofendido? ¿No serán la sumisión y la no resistencia por lo contrario una decadencia, un rebajamiento del hombre y de su valor, de su amor propio y de su dignidad?

Ya la idea misma parece desde este punto de vista una injuria y estos sentimientos de orgullo y de dignidad personal bien comprensibles, hacen difícil la aceptación, hasta aún la discusión de las ideas de Tolstoï (y del cristianismo en general).

Sin embargo, Tolstoï merece ser oído. Lo sabemos muy bien que él mismo ha sido una personalidad en el amplio sentido de la palabra. No le faltaba ni amor propio, ni dignidad personal de hombre honrado. Como carácter era violento y apasionado.

Su alma no era sencilla, dulce, llena de amor y abnegación como la de Cristo, sino llena de pasiones, de aptitudes buenas y malas a la vez, de una multitud de contradicciones, por lo que Tolstoï se nos presenta nervioso, múltiple, insatisfecho de sí mismo, de su vida de familia, de su gloria, de su destino de vivir una sola vida.

Tolstoï era hijo de su siglo y adaptarse a la moral cristiana no era para él un acto sencillo, fácil, sino una lucha continua muy complicada y profunda que acaparó íntegro su ser y duró toda su vida.

Pero Tolstoï luchó no sólo consigo mismo; tuvo que soportar las discordias con su mujer, sus hijos, y sus amigos, los cuales le creían desviado de su camino verdadero, viéndole dedicarse a tareas religiosas, sufrió toda clase de persecuciones de la iglesia ortodoxa, que le excomulgó, por fin, del Estado, que le persiguió constantemente.

Tolstoï soportó todo eso por su gran amor a la verdad, pues sus mismos enemigos nunca dudaron de su completa sinceridad.

Y un hombre sincero, que busca la verdad y *razona* buscándola merece toda nuestra atención.

Escuchémoslo, pues:

Conocemos, dice Tolstoï, tres concepciones de la vida. Dos pasaron ya por la humanidad, y atravesamos hoy la tercera con el cristianismo.

He aquí cuales son estas tres concepciones:

1.ª Vida personal o animal.

2.ª Vida social o pagana.

3.ª Vida universal o divina.

Según la primera concepción, la vida del hombre está comprendida en su sola personalidad; el objeto de su vida es la satisfacción de su voluntad. Según la concepción que sigue, la vida del hombre está comprendida, no sólo en su única personalidad, sino en un conjunto y en una gradación de personalidades: la familia, la tribu, la raza, el Estado. El objeto de la vida consiste en la satisfacción de la voluntad de este conjunto de personalidades. Según la concepción tercera, la vida del hombre no está

comprendida ni en su personalidad ni en un conjunto y una gradación de personalidades, sino en el principio de la fuente de la vida: Dios.

Estas tres concepciones de la vida sirven de base a todas las religiones que existen o existieron.

El salvaje no reconoce la vida sino en él, en sus necesidades personales; la dicha de su vida sólo está concentrada en él. La mayor dicha para él está en la satisfacción más completa de sus apetitos. El móvil de su vida es su placer personal. Su religión consiste en hacerse favorable a la divinidad, en prosternarse ante dioses imaginarios que no supone sino con un fin particular.

El pagano social reconoce la vida no en sí solo, sino en un conjunto de individuos: la familia, la tribu, la raza, el Estado, y sacrifica su dicha a este conjunto. La gloria es el móvil de su vida. Su religión consiste en la glorificación de los jefes de grupos: antecesores, jefes de tribus, soberanos, y en la adoración de los dioses que exclusivamente protegen a su familia, a su tribu, a su estado.

El hombre de la concepción divina de la vida reconoce ya la vida, no en su personalidad, o en una asociación de personalidades, sino en la fuente de la vida eterna: Dios, y para cumplir la voluntad de Dios sacrifica su dicha personal, familiar y social. El móvil de su vida es el amor, y su religión es la adoración del principio de todo: Dios.

Toda la vida histórica de la humanidad no es otra cosa que un paso gradual de la concepción de la vida personal animal a la concepción social, y de ésta a la divina. Toda la historia de los pueblos antiguos, que duró millares de años y termina en la historia de Roma, es la historia del reemplazo de la concepción social y nacional. La historia del mundo, desde la época de la Roma imperial y de la aparición del cristianismo, es la historia, que aun hoy atravesamos, del reemplazo de la concepción nacional por la concepción divina.

Esta última concepción (y la doctrina cristiana que de ella se desprende) dirige nuestra vida y sirve de base a toda nuestra acción, tanto práctica como científica.

No conozco en las obras filosóficas de Tolstoï otro lugar en que haya expresado tan bien, tan sumariamente su concepto del Universo. En esta forma definitiva y positiva vemos resumidas y aclaradas las ideas penosas que le dominaron toda su vida.

Tolstoï como Schopenhauer, como cada hombre que piensa algo más que en el día siguiente, buscaba incesantemente la solución a los problemas eternos: "¿Para qué vive el hombre?" "¿Qué es la vida?" "¿Realmente es preciso vivir?" Estas ideas en una época de su vida le llevaron a la desesperación, al deseo de suicidarse.

Tolstoï encontró su salvación en la fe, en la Resurrección de la imagen ideal y pura de Cristo.

Pensamos en otra oportunidad referir cómo se formó en Tolstoï la idea de Dios, tema de mucho interés, pues su Dios no es el Omnipotente, el Juez, el Dios de un pueblo, de una raza, ni tampoco el Redentor divino; su Dios es la bondad, creada y nutrida por su lúgubre Madre — el Dolor.

Si Tolstoï tiene razón y realmente vivimos en la época cristiana, entonces ejercer el bien no es un esfuerzo, o un precepto moral, es el mismo modo de vivir, la única razón del ser y de la existencia humana.

¿Pero tiene algún sentido el concepto de una vida universal de Tolstoï? Contestamos afirmativamente, atribuímos a la idea de Tolstoï un profundo interés filosófico:

Lazos fuertes ligan al hombre con su familia, su clase, su pueblo, con la humanidad. Ya menos evidentes se nos presentan las relaciones del hombre con el Pasado, y nos parece que existe un límite infranqueable entre el hombre y el Porvenir.

Pero debe haber una relación causal entre el hombre y el Pasado infinito y el Porvenir sin límites!

La razón debe admitir esa relación entre el hombre y el Universo, como lo admite para cada ser viviente, para cada cosa, y aun para los átomos mismos.

Con la muerte no se acaba todo. El filósofo quiere ver más allá de la muerte, quiere penetrar en el Infinito y si no llega a conquistar verdades experimentales, satisface con sus bellas imágenes las necesidades más íntimas del alma humana, que son tan naturales y tan lógicas, como las exigencias de la pura razón.

¿Cuál es la relación entre el hombre y el Universo?

"Puede uno imaginarse, dice Tolstoï *(La verdadera vida)* que nuestro cuerpo de hoy, representado como un ser aislado y al que amamos con preferencia a nuestros semejantes, fué en otro tiempo, en una vida anterior e inferior, sólo una reunión de cosas amadas, es decir, que el amor las había reunido en un solo todo, y él es que se hace sentir en nosotros, en nuestra vida individual de

hoy. Podemos igualmente suponer que nuestro amor, por lo que nos es tangible, nos reunirá en la vida futura en un ser único que estará tan próximo a nosotros como hoy lo está nuestro cuerpo".

Tolstoï se olvidaba *del odio,* o tal vez lo consideraba como cosa pasajera que desaparece con todo lo que es mortal en el hombre.

Empédocles, 450 años antes de J. C., daba más importancia al odio, le creía eterno y enseñaba: "el universo se compone de pequeñas partículas (átomos), de los cuales unos presentan el amor y otros el odio".

¿Cuál de los dos tenía razón? En vano buscaremos la verdad!

Sin embargo, nos parece difícil explicar mejor la necesidad de ejercer el bien de lo que lo hizo Tolstoï, pues si nos dijeran que el hombre hace el bien para sí mismo, para su propia conservación, contestaríamos que la vida humana es un grano en el infinito del espacio, y un momento en el infinito del tiempo y no puede tener un valor en sí misma. Si nos dijeran que el hombre ejerce el bien para su clase, su pueblo, la humanidad entera, tendríamos la misma respuesta: ¿Acaso la humanidad es eterna? ¿No nació en el último período de la vida de la tierra cuando esta ya contaba centenares de millones de años? ¿Y acaso no desaparecerá algún día esa humanidad con su dolor y su dicha, con lo que es en ella pequeño y grande, detestable y elevado, feo y bello?

Pero, si nos dicen: el Amor es la Naturaleza misma, Dios, tan eterno como el Universo, y nosotros tenemos la dicha de ejercerlo voluntariamente, encontramos esa contestación, conformes con ella o no, amplia y lógica; y admiramos a esos hombres sublimes como Tolstoï que buscaron la respuesta a los problemas arduos en su propio ser, que experimentaron con su propio dolor.

*

Nos queda todavía por referir un caso cuando el ofendido es la *sociedad,* y el ofensor una o varias personas. ¿Puede acaso la sociedad tolerar el crimen?, o más todavía, ¿es imaginable que la sociedad conteste en este caso con bien al mal?

Un adversario de las ideas tolstoianas (y cristianas en general) indudablemente verá en el problema mismo una demostración más evidente de lo absurdo de esas ideas.

Se trata de un problema muy delicado, por cierto. Veamos como lo discute Tolstoï.

Es en su última novela inmortal, *La Resurrección,* donde Tolstoï en la persona de Nechlindoff estudia el problema y llega a las siguientes conclusiones:

Hay cinco clases de criminales. A la primera pertenecen las víctimas de un error judicial, y forman el 7 %. La segunda clase comprende a aquellos que han cometido delitos en circunstancias excepcionales: en un arrebato de cólera o cegados por los celos. En el tercer grupo se encuentran los sentenciados por desobediencia a la ley. La cuarta clase se compone de todos aquellos que han sido encarcelados por delitos políticos o religiosos y por fin la quinta clase está formada por los que cometen delitos contra la propiedad.

Es interesante saber que el célebre criminalista alemán von Lizt encuentra justificada tal división. "Tipos criminales" y "Criminales de nacimiento" los desconoce Tolstoï y critica a Lombroso y a Ferri, a Maudsley y a Tarde, de cuyos escritos, dice, sacó como única consecuencia, un amargo escepticismo.

Este 'tipo criminal" ha sido admirablemente descrito por otros dos grandes escritores rusos, Dostoiewsky y Melschin. Los dos autores, que por delitos políticos fueron durante largos años condenados a trabajos forzados, tuvieron la ocasión de estudiar a los criminales de cerca y ambos llegaron a la conclusión que sólo a uno por ciento se puede calificar como criminales natos.

No entraremos en discusión sobre estas ideas. Sólo diremos: cuando los hombres sean hermanos desaparecerán los errores judiciales, los crímenes políticos y religiosos, los contra la ley y la propiedad; no habrá entonces diferencia de razas, de grupos, de clases; entonces reinará el amor, pero no como religión sino como medio ambiente natural y lógico para el desarrollo de todas las fuerzas intelectuales del hombre: su corazón y su cerebro, su fantasía poética y creadora que les lleva a la adivinación del Universo, y su razón tranquila y serena que descubre mundos nuevos hasta en el mismo átomo; de todas sus aptitudes, de su inteligencia y de su conciencia a la vez.

Y la marcha incesante hacia la luz y la verdad nos atestiguan que estas aspiraciones algún día dejarán de ser sueño y se realizarán en una forma brillante y lúcida.

M. Kantor.

GLOBOS DE ENSAYO

Formalistas.

Tienen la manía de circunscribirlo todo. Si se trata de un partido político, nos encontramos con una disciplina intolerable. Si de una agrupación cualquiera: hay una carta orgánica y autoridades que le restan vida. Si de una escuela: tenemos reglamentos, horarios y programas definidos, — negación de la cultura que se desea. Si de una revista de letras: los artículos o composiciones tendrán que ser inéditos, su autor debe firmar, estará prohibido reproducir una vieja doctrina en sus términos clásicos, habrá mil y una limitaciones trazadas para más honor y eficacia y conducentes a todo lo contrario.

Esta es una característica del hombre civilizado: desconoce el método de la Naturaleza; procura dictar la forma a que se acomodará la cosa; quiere que el resultado sea causa; que gobierne lo que es subordinado. Así niega la riqueza del mundo; cree que para librarnos de la miseria tenemos que construir con esfuerzo. No ha visto que la creación de todas las cosas es un proceso de deseo, pero no de codicia. Las cosas se forman solas, conforme a las leyes del mundo. Y los caprichos de la mente tienen la utilidad de todos los errores: la ulterior y más clara inteligencia de lo verdadero.

El núcleo de cualquier cosa es una necesidad humana primordial; en redor, y por simple polaridad, se dispondrán las partes y evolucionará el conjunto hasta llegar a su forma natural y necesaria. Pero, en todo producto de la Civilización, cuesta descubrir la raíz, a tal punto está enmarañada y sofocada por cúmulo de artificios. El hombre civilizado con su cultura toda convencional, carece de verdadero entendimiento; jamás podrá salir de su estupidez, sin salir de su civilización.

¡Pobres!

¿Qué decir de los intelectuales que se quejan y maldicen de la falta de ambiente? Su intelecto carece de vida propia; es un mecanismo más o menos curioso o extraordinario, cuando se voltea la manivela, o cuando la lamparilla o el magneto dan la señal de marcha.

Son los que imaginan que el pensamiento es un motivo teatral; que el pensador — o el escritor — es una especie de cómico o trágico que debe ocupar un escenario, para interesar de algún modo al público y recibir la justa recompensa. Si el teatro está vacío o si el público es obtuso, ¿qué harán tantos y tan buenos actores en la escena? Muchos tendrán que reñir, otros sobrellevar la rechifla o el vacío, hasta retirarse culpando a que vivimos en un simple mercado y ni siquiera tenemos una buena plaza pública.

Algunos cifran nuevas esperanzas en que "podría hacerse el ambiente" — al fin, ¿qué es lo que hoy no se fabrica? — ¡Dios nos libre!

Digo que no hay país más favorable al desarrollo de la cultura que aquel en que falta preocupación y honor para tal asunto.

El deseo de conocimiento — como el deseo de belleza — es una realidad tan pura, que no puede vivir y crecer mezclada con ninguna especie de vegetación extraña; y lo más extraño a tal deseo es la necesidad de recompensa o la busca de un resultado.

El verdadero escritor o artista no es producto de las invitaciones de sus contemporáneos; tiene su raíz en sí, se basta a sí mismo, *hace* por necesidad, *es* por fatalidad, y tan por fatalidad que no existe castigo humano o natural que pueda anularlo; ni siquiera quitarle un ápice de su fuerza. Si es Martín Fierro, dirá: "lo que al mundo truje yo, del mundo lo he de llevar".

Las manos son artífices, y el cerebro ha crecido imitando las manufacturas; sus estudios son elaborados, no naturales. Pero nunca faltan los Millet, los Whitman y los Wágner, que ensayan la expresión más directa y más inevitable, rechazando el amaneramiento, las inutilidades y los rellenos.

También los que se quejan de falta de ambiente son inutilidades y rellenos.

Otra literatura.

La novela, el poema épico y el drama — por grande que haya sido y pueda ser su belleza — son, quizá, formas propias de una humanidad infantil; destinadas a ser finalmente absorbidas en el poema lírico-religioso.

También creo en el desarrollo de un género hasta hoy poco definido, que tendría por asunto la experiencia diaria; algo como el *diario íntimo* de algunos escritores, pero no reservado, ni tratado de un punto de vista personal, sino convertido en conversación. Debo aclarar esta palabra: pues no llamo conversación a la antipática *causerie,* ni a un pasatiempo más o menos agradable, más o menos comadrería, o despunte de gustos particulares, sino al deseo de expresar y comunicar lo más digno de ser expresado, sin ir a buscarlo en consideraciones ajenas a lo que en el día le está pasando al escritor. El hecho diario enriquecido por su significado profundo, enriquecido por las luces del recuerdo y de la esperanza, visto y sentido a través de toda la historia humana, sabiendo que en un día cualquiera de cualquier hombre está contenido todo el universo. Una especie de correspondencia epistolar del escritor con el mundo; el escritor publica páginas y el mundo le contesta con hechos, para que los lea y de nuevo responda.

Esta novedad es un poco difícil; los lectores soltarían con indignación o risa de ver un ciudadano que se atrevía a presentarles magnificados los incidentes con la lavandera o las gracias del bebé. ¿Y en qué revista o periódico se podrían publicar tales infelicidades, faltas muchas veces hasta de extensión? ¡Sería una desvergüenza inaudita! ¡En qué abismo de inepcia se hundiría la cultura, si se quisiera reemplazar muchos estudios eruditos, sabiamente construídos, sin una laguna ni un lunar, honor de las letras y de la patria, con la impudicia de las veinticuatro horas del día? Como chacota, podría admitirse en un periódico chistoso.

Y sin embargo, este género debe llegar; — toda vez que un individuo prefiera decir lo que él piensa, más bien que lo que pensaron otros.

Firma.

Un hombre tiene siempre demasiados motivos de esclavitud. ¿Por qué no me libraría yo de mi firma? Firmando se compromete uno sin necesidad: se ata por la aversión que provoca o, lo que es peor, por el elogio. Lo confunden a uno con sus obras, y más grave todavía, se ve uno arrastrado a un grado más de orgullo necio. La firma, sin lo que hay en ella de pura costumbre o necesidad, es ridícula ofensa para con la humanidad; es como decirle a toda ella: "Esto que aquí ves, no tú, sino yo, lo hice". Por otra parte, un nombre ilustre paraliza y ciega a quienes lo reverencian. En cuanto a mí, no puedo sufrir que vengan a molestarme con ninguna persona u obra asombrosa o siquiera estimable. Si con afectuosidad y cordialidad, o con entrañable amor o entusiasmo se pondera, lo encuentro muy justo y agradable; pero si se alaba en carácter de juez, para distinguir planos de elevación y separación, encuentro ahí una malevolencia detestable, — y un tremendo disparate, pues todo lo que se ha visto y adorado, es por lo mismo inferior y no debe interponerse ante lo que no se ha visto ni se verá nunca.

SWEET HEART.

EL FABRICANTE DE BABUCHAS DE BUJARA

LEYENDA PERSA (1)

Vivía en Bujará el Sheij Mohammed ebn Hassán, y si bien sus versos no eran malos, mejores aún eran sus babuchas, pues habéis de saber que Mohammed era poeta, pero sea que la sabiduría de Allah (que es gran grande y misericordioso) no le hubiese iluminado, o que su mal destino le hiciera permanecer en la oscuridad, lo cierto es que para no morirse de hambre, veíase obligado a trabajar todo el día en el oficio de fabricante de babuchas, y tanto trabajaba y de tan poco tiempo disponía, que era vergonzoso oirle recitar las cinco oraciones, pues mal y muy de prisa las decía.

De noche, y a la luz de un pobre candil, escribía Mohammed sus composiciones, y después de releídas llegaba a saberlas de memoria; mas tan exóticas eran que ninguno quería oirlas y el pobre Mohammed se las recitaba a sus babuchas, y he aquí, que entre golpes de martillo y tirones de la correa del tirapié, allá salían de su boca cuartillas y más cuartillas de versos.

Cierta vez, en que acababa Mohammed de hacer su frugal colación del mediodía, detúvose a la puerta de la tienda un desconocido. Venía éste montado en blanca mula, apeóse y después de entrar le saludó diciendo:

—¡Que la misericordia de Allah sea contigo! Contestó Mohammed en igual forma y disponíase a mostrar al desconocido sus babuchas, cuando éste le dijo:

—Disculpa buen hombre, no vengo a comprarte babuchas y sí a que me digas donde hay un albéitar que pudiese herrar mi mula.

Contestóle Mohammed que tres calles más abajo, a la vuelta

(1) De un libro en preparación: *Las Leyendas del Ramadán.*

de la plaza, frente al gran bazar, allí encontraría al albéitar que necesitaba. Ofrecióse galante a acompañarle, lo que el desconocido aceptó gustoso, pues, según él era esa su primer visita a Bujará.

Llevaban ya caminado largo trecho, cuando el forastero, que parecía haber notado el aire pensativo y meláncolico de Mohammed, preguntóle:

—¿Qué te pasa, por qué estás tan triste? ¿Es que los vecinos de Bujará no compran tus babuchas? ¿Te hallas mal dispuesto con el Cadi de tu distrito, o quizá te atormenta el recuerdo de algunos ojos negros?

—Nada de eso, mis babuchas son las que más se venden en Bujará; mi amistad con el Cadi no puede ser más cordial, pues rara es la semana, que una vez por lo menos, no almorcemos juntos y juntos digamos la oración del mediodía. En cuanto a ojos negros que me preocupen... te equivocas, porque mi corazón sólo palpita por una cosa que es la poesía; pues has de saber, señor, que también hago versos.

—¡Ah! ¿Con que eres poeta?

—Así me llaman con sorna mis vecinos y se dice en Bujará que el mejor empleo que se les puede dar a las babuchas de Mohammed es el de usarlas como látigo cuando éste recita sus composiciones.

—¿Y son tan malas?

—¿Malas, señor? ¡Qué han de ser! En ellas canto la belleza de las rosas del Meshed y los amores de Josrú... mas, he aquí la casa del albéitar, —y dió dos golpes con la aldaba.

Hizo trato el forastero para que su mula fuera herrada, y disponíase Mohammed a regresar a su tienda, cuando al hacer una ceremoniosa genuflexión y desearle al desconocido que la bendición de Allah le acompañase en su viaje, éste le dijo:

—Díceme el albéitar que tal es la faena que hoy tiene, que no podrá herrar mi mula hasta un poco antes de la oración de la tarde. ¿Quieres, pues, que platiquemos estas pocas horas juntos? Me recitarás tus versos y te escucharé complacido, porque Allah que es clemente y misericordioso, que da plumas a los pájaros, brillo a las estrellas y perfume a las flores, me ha dotado de alma sensible para todo lo bello y yo, como tú, también hago versos.

—Mira, señor, —contestó Mohammed—que al decir de las gentes, un par de mis babuchas vale más que cien de mis versos.

Pronto te irás de Bujará y mejor es que lleves el recuerdo de las buenas babuchas de Mohammed y no el de sus malos versos.

Echaron a andar calle arriba, y al poco rato llegaron a la tienda. Sentóse el forastero frente a Mohammed y éste, entre puntada y puntada comenzó a recitar sus versos con voz clara e impregnada de cierta tristeza. Al concluir la última estrofa, levantóse el desconocido y poniéndole amistosamente sus manos en los hombros, le dijo:

— Escúchame Mohammed: tus versos no son malos, tampoco son ellos bastante hermosos para consagrarte; le faltan armonía y esa profusión de metáforas que se sucede en ellos, envuelve las imágenes oscureciendo los conceptos de tal manera que llegan a hacerse incomprensibles. Has descuidado en la composición de tus estancias, las reglas establecidas por nuestros buenos poetas. Si tú me permites voy a hacerles pequeñas correcciones. Mañana salgo para Ghazna donde haré que le sean presentadas al Sultán; ponle ahora tu firma en la última página y deja que lo demás corra por mi cuenta.

Gustoso accedió Mohammed a lo que el forastero le pedía. En su febril imaginación veíase ya admirado por sus vecinos y oía correr su nombre de boca en boca, no como Mohammed el fabricante de babuchas, sino como el poeta, el elegido por Allah para cantar la gloria de sus guerreros.

— Dime, señor, — díjole al desconocido. — ¿Podría este esclavo tuyo saber como te llamas?

— Mi nombre es Abul Kasem, pero me llaman Firdusi y soy de Tous.

— ¡Cómo! Eres Firdusi "el paradisíaco", cuya fama extiéndese por toda la Persia y cuyos versos tanto gustan al Sultán? ¡Y te has dignado escuchar esas malas estrofas de labios de este ignorante, a quien la propia ignorancia ha hecho atrevido!

— Cálmate, Mohammed, que tus versos no son tan malos y pronto serán apreciados por tus conciudadanos que no se mofarán más de tí. Ya es hora de partir. ¡Qué Allah te proteja!

— ¡Que él te acompañe! — respondióle un tanto emocionado Mohammed.

Y allá fué Firdusi, "el paradisíaco", en dirección a la casa del albéitar llevando un voluminoso rollo de manuscritos bajo el brazo.

Desde ese día Mohammed no vivió tranquilo. No sólo descuidó

sus babuchas, que a medio concluir yacían en un rincón de la tienda, sino que su inspiración parecía estar exhausta. Nada nuevo había compuesto desde esa tarde en que presentóse en su casa el desconocido viajero que resultó ser uno de los poetas más celebrados de la época.

Dos semanas pasaron, y dos semanas de sufrimiento fueron para Mohammed. El tinte rosado de sus mejillas había desaparecido, mostrando, en cambio, una palidez cadavérica, que hacía resaltar, aun más, los pómulos agudos; oscuro círculo rodeaba sus ojos, y su mirada antes vivaracha y avizora, vagaba ahora incoherente en el espacio. Pasábase los días absorto en profundas meditaciones, sentado en el rincón más oscuro de su tienda y apoyada su pálida cara en las palmas de las manos, hasta que una tarde, una silueta proyectó su sombra en el dintel de la puerta: era nada menos que el Cadi del distrito. Dirigióse hacia donde Mohammed estaba, y después de muchas genuflexiones hízole entrega de cien monedas de plata y un manuscrito firmado de puño y letra por el mismo Sultán Mahamud en el que éste le felicitaba por su composición pidiéndole, al mismo tiempo, aceptase como un recuerdo esa bolsa.

La voz de la celebridad de Mahommed había cundido por el barrio: allí estaban el mercader de aceites, el albéitar, y los vecinos más caracterizados del distrito; aun el mismo Jatib encargado de los servicios de la mezquita en los días de las grandes fiestas, y tantos otros que solían burlarse de Mohammed haciendo mofa de sus composiciones. Allí estaban todos felicitándole por su triunfo, y no faltó quien dijera: ¡El premio es justo, me lo esperaba, tenía que suceder!

Desde aquel día, nadie fué más solicitado en el barrio que Mohammed, todos le admiraban y disputábanse su amistad, y, hasta hubo alguien, que quiso — siguiendo la costumbre persa de que todo poeta use un sobrenombre — llamarle "anwari" (1).

No hubo fiesta a la cual no fuese invitado; ya no podía trabajar en paz. Su tienda veíase a todas horas invadida por sus amigos y vecinos que venían a escuchar y admirar sus versos. Siempre que Mohammed concluía de recitar las últimas estrofas, una lluvia de exclamaciones le inundaba felicitándole, mas, ya fuera simplemente por alabar la sabia y recta disposición del Sultán,

(1) El luminoso.

o porque en realidad los nuevos versos fuesen malos, lo cierto es que nunca faltaba quien dijese: "Mira, Mohammed, los versos que has tenido la gracia y bondad de recitarnos y que tan dulces parecen, bien pobres son comparados a aquellos que por inspiración de Allah enviaste al Sultán y que éste tuvo la deferencia de premiar".

Cada vez que Mohammed oía exclamaciones de esta índole, la expresión de su rostro cambiaba enteramente; ya no quería recitar más. Su voz se llenaba de congoja y más de una vez, lágrimas que trataba de ocultar, empañaron sus ojos. ¿Qué motivaba esta honda tristeza? ¿Qué nube venía a ensombrecer el límpido cielo de su alegría?

Es que la gloria alcanzada por las poesías que envió al sultán no le pertenecía. Las correcciones fueron tantas, que muy poco, casi nada, había quedado del manuscrito que él, Mohammed ebn Hassán, entregó en día no lejano, a un desconocido que resultó ser Firdusi de Tous, a quien llamaban "el paradisíaco".

La pena causada por esos honores, que él en el fondo de su conciencia comprendía no merecer, fué consumiendo su existencia, y hace ya muchos años, una noche como ésta, la postrera del Ramadán, cuando el Imán daba aldabonazos en la puerta de la tienda de Mohammed para anunciarle la hora de tomar la última comida lícita, no obteniendo contestación a sus repetidos golpes, entró y halló el cuerpo inerte de Mohammed ebn Hassán llamado por algunos "el luminoso"...

Aquí concluye su historia, mostrando como Allah (que es omnipotente, grande y justo), si bien sabe premiar las virtudes, también sabe castigar los pecados, pues pecado era la vanidad de Mohammed que en paz descanse, y al que Allah tenga en su misericordia!

C. Muzzio Sáenz Peña.

POESIAS

Arte.

Eres el manto plegadizo y terso
que encubre el impudor de la Natura;
la luz que pulimenta y transfigura
la salvaje beldad del universo.

A tu conjuro mágico el disperso
acorde, se hace escala; arquitectura
y estatua el mármol; la cromía insegura
del iris, cuadro; y el sollozo, verso.

Enorme luminar, los soñadores
como insectos circundan tus fulgores;
y eres — del Ideal en el camino —

la línea divisoria del arcano
donde acaba la ciencia de lo humano
y empieza el *más allá* de lo divino!

Copa vacía.

Un lustro se alejó. No queda nada
de tu edad infantil. Ya no deslíes
la tristeza en mi alma congelada;
que ya no me acaricia tu mirada,
ni benévolamente me sonríes.

El cascabel vivaz de tu alegría
— quizá de tu hermosura el mejor gaje —,

ha mucho que trocaste por la fría
gravedad estudiada que crecía
a la par con la falda de tu traje...

Ya corolas de nieve no deshojas,
ni imaginario mal te da tristeza,
ni guardas de un breviario entre las hojas
junto a versos de amor, las flores rojas
que eran manchas de sangre en tu cabeza.

No presientes mis pasos cual solías
cerca del templo todas las mañanas,
y no están ya, como en mejores días,
mis diez y ocho años cual diez y ocho espías
vigilando en la noche tus ventanas.

Pasaron tus miradas amorosas,
se fueron mis sentidos madrigales,
ya no huello yo espinas,... ni tú rosas...
y tú ya no persigues mariposas
ni yo ilusiones ¿ves? ¡somos iguales!

De tu edad infantil no queda nada;
está marchita mi pasión de antaño,
y en tanto proseguimos la jornada,
tú, de la vida ya desengañada,
yo, queriendo engañar el desengaño...

JORGE BAYONA POSADA.

Bogotá.

"IL SOGNO DI ALMA"

En el teatro Colón, que tan caro paga nuestro público, nunca se favoreció como se debía la producción nacional. Mientras su escena se brindaba con toda prodigalidad a cualquier elucubración lanzada al mundo por los poderosos editores de Milán, su conquista era para nuestros autores una quimera. Los pocos que aquí se han dedicado a cultivar la música de teatro han debido resignarse siempre ante un desdén, que convertía la aspiración en un calvario, tanto más doloroso porque a menudo se veía que el templo puesto tan lejos de las aspiraciones era conquista fácil para los mercaderes de allende el Atlántico.

Pero no hay deuda que no se pague ni plazo que no se cumpla, y esta temporada la empresa del Colón ha cumplido con su deber moral, obligada más que por sus sentimientos por la cláusula del contrato de arrendamiento que impone el estreno de una obra de autor nacional cada temporada.

No podemos menos que festejar el acontecimiento. Era tiempo ya de que la empresa del Colón, a la que tantas concesiones hacemos, nos hiciera siquiera una. No siempre el Colón ha de ser la Jauja de "divos" y divos más o menos injustamente elevados y pagados... Y la influencia de esa "concesión" que se ha hecho ha de producir sin duda muy buenos resultados. Hay aquí infinidad de artistas con cualidades; devotos del estudio y llenos de ansias de trabajo que han debido renunciar a la producción por no tener alicientes; por saber que sus composiciones no saldrían jamás de tertulia familiar. En los teatros de ópera reinan despóticos los artistas que prefieren exhumar la más lamentable antigualla antes que favorecer un autor del pueblo que tanto los beneficia. Nuestro, sólo pueden aceptar el dinero...

Los músicos podrán en lo sucesivo entregarse a la tarea con esperanzas. El teatro Colón parece que será propicio a sus ansias

de gloria y nuestra producción artística no sólo será representada por las obras de prosa...

A una composición del señor López Buchardo ha tocado la suerte de iniciar la era feliz y la Fortuna ha protegido decididamente su estreno. No puede pedirse acogida más entusiasta que la que se le ha dispensado. El público del Colón, que no se entusiasma ni con la pasión de "Tristán e Isolda", que se muestra siempre glacial, reservado, inconmovible, no se sabe si por temperamento o porque quiere presumir de público que no se deja conquistar facilmente, ha aplaudido con un entusiasmo excepcional. Jamás se ha visto en el Colón tanta vehemencia ni tanta insistencia en el aplauso. Ni el más poderoso agudo de Titta Ruffo — una de las admiraciones "artísticas" más grandes del público del Colón — ha obtenido acogidas tan entusiastas como cualquier acto de "Il sogno di Alma". El autor salió a escena a mitad del primer acto, luego siete veces al final de cada uno y salieron los intérpretes y el libretista y la gente seguía aplaudiendo sin cesar, hasta que alguien hubo de pensar en la necesidad de sacar a los padres del autor para satisfacer tanto entusiasmo... Lope de Vega, que según la historia ha sido el autor más festejado ha debido sentir celos, si es que en su residencia actual se cultiva también los viles sentimientos que tanto influyen en los que aún andamos en este pícaro mundo.

Sería inocente atribuir todos esos aplausos a la sugestión o el encanto de la obra. Sin mucha perspicacia se pudo advertir que el público se entregaba a esas vehemencias respondiendo a sentimientos que no le sugería ni el libro ni la partitura. Se saludaba al autor, que es joven, que es distinguido, y que sobre todo es argentino. Se trataba de un paladín de nuestra música que bajaba a la liza y nuestro público demostró eficazmente que eso de que nadie es profeta en su tierra era aquí una infamia y que sentía vivamente la solidaridad patriótica.

Todo eso es realmente simpático y merece ser aprobado. El aplauso es la base de las heroicidades y el señor López Buchardo, que es joven, necesita ser alentado. Hay que fomentar sus ansias de gloria, su amor al trabajo.

Pero nosotros no podemos entregarnos al comentario que sugiere una pasión o una simpatía o un sentimiento desligado por completo del que sugiere la obra en sí. Nos toca analizar una obra de arte y nada más peligroso para uno de esos exámenes

que la pasión. Por algo se transige con las feas... Y no es patriotismo, como han entendido algunos colegas, dedicarse a cantar himnos al joven maestro. En arte hay que estar más allá de los sentimientos regionales y se debe devoción a la Belleza. No sabemos tampoco del beneficio de esas mentiras, porque las obras de arte no se juzgan fuera de aquí por lo que decimos sino por lo que son. Se intenta, en verdad, una fácil mentira que sólo puede engañar al autor.

Y al autor no se le debe engañar; se le debe hablar con sinceridad, con dignidad, felicitándole por lo bueno que ha hecho, señalándole la ruta feliz y marcándole los defectos de su obra para que los corrija, los evite y no vuelva a caer en ellos. ¿Que es amargo? ¿Que la verdad es acíbar, que hacernos ver nuestros pecados es doloroso? Para el mediocre sí. Sólo los mediocres — como los tenores — se sienten perfectos. Pero el hombre inteligente sabe que nada es perfecto, que es humano errar, y que todos se equivocan. Equivocarse no es pecado mortal, en cambio lo es cuando por vanidad se insiste en el error... Todos los grandes hombres no fueron ungidos al primer intento. Muy al contrario. Todos los que llegaron a ser eminencias se templaron con el dolor, con los infortunios, con la adversidad, que es la que más enseña, la que da más bríos, porque cada gran hombre parece que necesitara los grandes aguijones. Recuérdese los grandes músicos, ya que de músicos hablamos, y se verá que la vida artística fué un calvario cuando se lanzaron en ella porque entraban como demoledores de malas fórmulas, como renovadores, como perfeccionadores. Y aquellos que no lucharon y que por amoldarse a lo consagrado se ganaban los elogios no tuvieron más que el éxito efímero de esas gentes que adulaban. Y sus obras pasaron a modestas modas de ropería.

Y esta cuestión del elogio y de la crítica merece especial atención en este país donde vivimos de improvisaciones y de mentiras. A cada instante inventamos hombres, sin duda porque no los tenemos y si los hay no los conocemos. En todas las cosas de este país se observa infinidad de tipos lanzados a la circulación y adorados no se sabe por cuales razones. A poco que se escarbe en nuestras eminencias se encuentra la triste realidad, el "bluff", el ídolo creado por sugestión. Nuestras eminencias suelen ser, en su mayor parte, como el Putois del cuento de Anatole France, pura fantasía, cuestión de mentiras, de imaginación, de falseda-

des que sostienen falsedades... Y en el terreno del Arte más quizás que en la política. Obsérvese, por ejemplo, nuestro teatro nacional y se verá que tenemos más autores que especies de trigo, y que cada una de esas personalidades es pura ficción. Vivimos en plena reciprocidad de bombos. "Hazme genio y te haré", es el lema de nuestros luchadores de arte. Y los diarios, caídos en manos de los mismos "campeones" son fábricas de reputaciones hechas a base de autobombos o bombos de amistades. El que no saca el elogio, la patente de talento por amistad con el cronista, lo saca por el director del diario, por el compañero, por la hermana, por la novia, por la tiple...

Así está el teatro nacional y los Lope de Vega — en cuanto a fecundidad — siguen improvisándose. Y, francamente, poco honor hacen al prestigio de nuestra literatura estos genios de fabricación casera y por contacto.

En otras manifestaciones de arte sucede lo mismo. La pintura y la escultura tienen genios y consagrados como los del teatro nacional y la música no ha escapado de esa "moda" y se ha visto dedicar y aceptar a composiciones de jóvenes lilas los elogios que correspondían a sus trajes, a sus peinados, a sus corbatas...

Con "Il sogno di Alma" hemos caído en el mismo exceso. "Il sogno di Alma" vale más por lo que promete que por lo que es. Y esto va por la música. El libro no promete nada porque el doctor Prins no está en edad de regenerar su literatura.

El libro de "Il sogno di Alma" es un libro bastante tonto. Su asunto y su desarrollo sólo estarían bien en un cuentito infantil de Calleja. Se ha querido acusar de él a Sem Benelli, pero no podemos creer en la participación del autor de "La cena delle beffe" en nada más que en las cuestiones gramaticales.

El asunto puede sintetizarse así:

La pastora Alma que tiene amoríos con el pastor Herio, se duerme después del clásico duo y mientras duerme bajan unas nubes — de escenografía — que la ocultan y nos muestran lo que sueña. Los tres cuadros siguientes son una realización de las fansías de la pastora que se ve transportada a un palacio casi árabe, donde hay corte con un príncipe que la enamora y donde las bailarinas bailan con vestidos sicalípticos, dando la nota más interesante de la noche. Al último, como era natural, la pastora despierta, las nubes vuelven a conducirse como un ascensor y volvemos al duo del primer acto.

La concepción no puede ser más simple y la realización escénica no beneficia en nada el valer de la obra. Los cuadros se suceden sin interesar, sin emocionar. El interés del libro es el que le dan la escenografía y la coreografía. "Il sogno di Alma" es hermano directo de cierta producción que en el género chico explotan con más éxito y más habilidad los señores Perrín y Palacios.

La tarea del joven López Buchardo no ha sido en verdad fácil. ¿Qué música se le pone a semejante libreto? No hay más que pasión para un duo... Todo lo demás ha debido ser música descriptiva; una música que debía sugerir al espectador la impresión de la pastora que sueña y tiene aventuras soñando... La poesía del libro no la hemos podido sentir. El interés tampoco. El cielo nos ha negado un alma de costurera susceptible a impresionarse con la facilidad de una placa fotográfica... El patriotismo tampoco alcanza a crear una emoción, un interés y una poesía donde no hay más que evocaciones más o menos "miliunanochescas"...

Un músico que conociera los efectos del teatro, de esos capaces de poner en música la guía del teléfono, quizá hubiera hecho algo interesante con "Il sogno di Alma", pero el señor López Buchardo es joven, inexperto en lides teatrales y el libro ha quedado sin salvarse. El joven López Buchardo ha hecho cantar a su orquesta, pero su canto es una cancioncita siempre superficial, sin emoción, sin vigor, es una música que no quiere ser y que no puede evitarlo, hija de recuerdos massenettianos y puccinianos...

El señor López Buchardo conoce la literatura musical. Ha estudiado la retórica del arte de componer. Pero no basta saber armonía y contrapunto para hacer una obra de arte. La obra de nuestro connacional nos recuerda esos versos bien medidos y bien rimados que sólo nos acarician el oído. La idea y la emoción apenas se asoman...

La música del joven López Buchardo por querer ser delicada es femenina. Hasta en ciertos ímpetus no alcanza a tener energía, virilidad y suena siempre a cancioncita de opereta lánguida y superficial. Tiene algunos pasajes bonitos, tiene momentos de un lirismo que puede rivalizar con el de Puccini, pero eso y los bailables no son suficientes para constituir una obra de arte ante la cual debamos exclamar: "De rodillas. Llegó nuestro Mesías..." El señor López Buchardo es todavía una gran promesa.

Otro grave inconveniente de la obra del señor López Buchardo

es su falta de originalidad. Siempre suena a cosa muy oída y hay momentos de una analogía desoladora. Hasta los oídos menos avezados han advertido en el segundo acto frases hermanas o parientas cercanas del canto de las flores de "Parsifal" y de las ondinas del "Crepúsculo de los Dioses"... No se puede exigir el nuevo verbo musical a un músico joven que recién sale de sus connubios con los grandes maestros, pero tampoco puede tolerarse esa imitación servil. Hay que tomarlos de modelo pero tratando de que al imitarlos no se les reproduzca. Todos los artistas en literatura y en música han sufrido esas influencias, pero todos, cuando han sido "algo", además de poner algo propio marcaban rápidamente su independencia. Puede copiarse la forma, no la esencia de una composición...

Y prescindimos de la cuestión música nacional. El asunto no la toleraba, y ponerla con el del señor Prins hubiera sido una incongruencia. Además, hay que buscar la belleza y las buenas ideas antes que los nacionalismos. Por otra parte, nuestro "folk lore" no es muy rico y nuestras pasiones no tienen un léxico especial.

El joven López Buchardo — lo repetimos — es un bello proyecto de gran autor. Es joven, estudioso, sabe cosas musicales y tiene cierta dosis de sentimiento. Pero es malo declararlo eminencia, como se ha hecho. Hay que hablarle con franqueza, para que trate de evitar recaer en los defectos señalados, para que cambie de musa, que la que tiene es muy cursi, para que luche contra las influencias que lo esclavizan, para que estudie y luego evite dejarse engañar por las exterioridades de un asunto y confunda escenografía con poesía. Es necesario que sepa que su éxito del Colón ha sido un éxito en el que entró más la simpatía personal que su obra.

Y perdone el joven López Buchardo estas líneas, que aunque noblemente inspiradas no le pueden ser gratas. Recuerde que los niños mimados llegan a hombres llenos de defectos y que solemos bendecir las rudas reprimendas de nuestros padres cuando dejamos de ser niños.

JULIO F. ESCOBAR.

NOTAS Y COMENTARIOS

NUESTRO SEPTIMO ANIVERSARIO

Celebramos con este número nuestro séptimo aniversario. Siete años de existencia, venciendo tantos obstáculos como los que el ambiente presenta a empresas de la índole de la nuestra, nos dan derecho a enorgullecernos de NOSOTROS. Desde muchos decenios atrás, la República no había tenido una publicación de carácter exclusivamente literario, que viviese tan largo tiempo. Por eso mismo, porque eso prueba que ya existe aquí un núcleo compacto de opinión capaz de sostener una iniciativa desinteresada, de índole puramente intelectual, nos reafirmamos una vez más, con más tenacidad que nunca, en la voluntad de no cejar en la empresa hasta haber asegurado en forma estable y definitiva el porvenir de NOSOTROS. Mentiríamos si dijésemos que la lucha y las zozobras han concluído, y todos comprenderán además cómo el momento presente, de honda inquietud moral y grave preocupación material, hace más ardua esa lucha y más frecuentes esas zozobras. Pero precisamente la misma dificultad de la empresa nos alienta a proseguir en ella, pues tenemos la convicción de que nada bueno y útil se ha hecho jamás por nadie que haya desmayado y cedido ante los primeros contratiempos.

La dirección de NOSOTROS cree haber cumplido las promesas hechas en repetidas ocasiones a sus lectores: la acogida que ellos y la prensa le dispensan, lo prueba. También cree haber mantenido la promesa hecha a sus colaboradores, de que NOSOTROS estaría abierta a todas las opiniones honesta y altamente expresadas, sin subordinarse a doctrinas o afiliarse a camarillas de especie alguna. Esta es la parte de su programa en cuya realización ha puesto más especial empeño, y a pesar de todos los inevitables malentendidos piensa que al hacer triunfar en sus páginas el principio de la libre discusión de las ideas y de los hombres que las encarnan, ha hecho obra buena y necesaria.

Sólo le queda a la dirección agradecer al público que ha rodeado a la revista con su calurosa simpatía, y a la prensa en general que generosamente nunca le ha escatimado el aplauso.

Juan Jaurés.

Ha muerto el más alto representante contemporáneo de la humanidad que espera el advenimiento de días mejores, días de más Amor, más Verdad, más Justicia, más Belleza. Ha sido asesinado simultáneamente con el estallido de la tragedia europea, como es apagada por el delincuente la luz denunciadora, cuando va a cometer el crimen. Nada nuevo podríamos agregar en estas breves líneas de condolida protesta, a lo que se ha dicho sobre el torpe delito y la víctima ilustre, si bien nos reservamos hablar extensamente en el próximo número de este noble paladín de la causa del Futuro. Unase en este instante nuestra voz a la de la conciencia universal, para reprobar la violencia en la solución de los conflictos entre los hombres, la violencia que ayer hirió en el bando contrario a Francisco Ferdinando de Austria — y la consecuencia de esa muerte ha sido la guerra europea — y hoy hiere en nuestro bando a Jaurés. Los que no lamentamos aquella muerte nos hemos merecido ésta. Ojo por ojo... La misma lógica inflexible explica ambos crímenes.

Dositheo M. López y Evaristo Gismondi.

Dos compañeros de la prensa que han fallecido en el mes que acaba de terminar.

Dositheo M. López honró nuestro periodismo con la integridad de su carácter y la alta conciencia que tuvo de sus deberes. Su vida no fué fácil. Sufrió mucho, y conoció la enfermedad, la miseria, el desamparo, la injusticia. Sin embargo supo abrirse paso, gracias a su constancia y a su decisión, y alcanzó por fin el premio de sus desvelos y de sus sufrimientos: el respeto y el afecto de cuantos lo trataron. Nunca se consagró a una causa que no fuera noble y justa. Militó en el partido radical cuando creyó que de él podía esperarse algo; se separó con otros muchos cuando lo vió desorientado y sin meta; prestó luego su apoyo al partido socialista, cuando creyó que sus servicios podían favorecer la causa del bien y de la verdad, y muere sin haber dejado rencores tras

de sí, rodeado en su marcha hacia la tumba por los conmilitones de la víspera y los de la hora presente, por los compañeros de *La Prensa,* diario en el cual trabajó durante muchos años, y los de *La Nación,* en que había entrado últimamente; por los radicales y los socialistas; por todos, en fin, los que lo conocieron, cualesquiera fuese su posición y sus ideas.

— Evaristo Gismondi perteneció durante algunos decenios a la redacción de *La Prensa,* cuya crónica musical hizo con cultura e inteligencia. Su desaparición ha dejado un sentido vacío en nuestro mundo teatral y hecho perder a la crítica de arte argentina uno de sus distinguidos cultores.

Viajeros.

Leopoldo Lugones está de nuevo entre nosotros. La guerra lo ha decidido a dejar el Viejo Mundo y volver a la patria. Sea bienvenido, pues su acción aquí, así se ejerza en el periodismo, en las letras o en el estudio severo, si consagrada a la única causa digna, la Verdad, ha de ser de positiva utilidad para todos, por venir de un hombre de ideas.

— Regresa en cambio a España, Roberto Levillier, a continuar, con misión del gobierno, sus investigaciones sobre la historia colonial, en los archivos de Indias. En breve, como resultado de sus trabajos, piensa hacer imprimir los siguientes volúmenes de documentación:

Antecedentes de la política colonial en las Provincias del Río de la Plata (en dos tomos); *La correspondencia de los oficiales reales de hacienda* (primer tomo); *La correspondencia del Cabildo de Buenos Aires en la época colonial* (tres primeros tomos).

Prepara además dos libros originales que ha de dar pronto a luz, el uno sobre la psicología del pueblo argentino, y el otro, una colección de notas y observaciones personales.

"Una vuelta al mundo".

Ha aparecido elegantemente editada en un opúsculo de 84 páginas, la brillante conferencia que con el título que encabeza estas líneas dió el doctor Ernesto Quesada en el Consejo Nacional de Mujeres el 27 de Mayo ppdo., y se ha publicado luego en este número y en el anterior de NOSOTROS.

A los lectores dé Nosotros que deseasen poseer en edición aparte este instructivo y ameno trabajo del ilustrado publicista argentino, advertimos que el opúsculo está en venta en la administración de esta revista y en las principales librerías, al precio de un peso moneda nacional.

Nosotros.